



# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

## Números publicados del volumen LII

Enero-Febrero 1997 ♦ Núm. 552-553

### De España, hoy

- ♦ Ensayo ♦ Poesía ♦ Narrativa ♦ Teatro ♦ Política ♦ Economía
- ♦ Arte joven ♦ Universidades ♦ Comunicación ♦ Geografía y género
- ♦ Cumbres iberoamericanas y educación
- ♦ **Ilustran:** Fernández Saus, Martín Villanueva y Ruiz de Infante
- ♦ México y la Unión Europea



Marzo-Abril 1997 ♦ Núm. 554-555

### ♦ Ilustra: Saúl Kaminer

- ♦ Sergio Fernández: Semblanza de Marlene Dietrich
- ♦ Héctor Mendoza: Las gallinas matemáticas ♦ Carlos Monsiváis: Un siglo de difusión cultural ♦ Poemas de Campos, Casar y Deniz
- ♦ Textos de Bartra, Dallal, Tovar y otros



Coordinación de Humanidades

**UNIVERSIDAD  
DE MÉXICO**  
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Director: Alberto Dallal

*Consejo editorial:* Raúl Benítez Zenteno, Rubén Bonifaz Nuño, Alberto Dallal, Juliana González, Humberto Muñoz, Enriqueta Ochoa, Herminia Pasantes, Manuel Peimbert, Ricardo Pozas Horcasitas, Josefina Zoraida Vázquez

*Coordinador editorial:* Octavio Ortiz Gómez

*Corrección:* Amira Candelaria Webster

*Publicidad y relaciones públicas:* Rocío Fuentes Vargas

*Administración:* Marco Antonio Pérez Ortuño

*Diseño y producción editorial:* El Equilibrista, Diseño Gráfico y Servicios Editoriales, S.C.

*Oficinas de la revista:* Insurgentes Sur 3744, Tlalpan, 14000, México, D.F. Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F. Teléfonos: 606 1391, 666 3496 y FAX 666 3749. Corresponsabilidad de Segunda Clase. Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212. *Impresión:* Impresora y Editora Xalco, S.A. de C.V., Juan A. Gutiérrez, núm. 41, Col. Moctezuma, 15500, México, D.F. *Distribución:* Publicaciones Sayrols, S. A. de C. V., Mier y Pesado 126, Col. del Valle, 03100, México, D. F. y revista *Universidad de México*. Precio del ejemplar: \$15.00. Suscripción anual: \$150.00 (US\$90.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de cuatro mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86.

Correo electrónico (E-mail): [reunimex@servidor.unam.mx](mailto:reunimex@servidor.unam.mx) Internet: <http://www.unam.mx/univmex>

## Índice

	◆ 2 ◆	<b>Presentación</b>
ALBERTO RUY SÁNCHEZ	◆ 3 ◆	<b>La poesía teje los hilos de los sueños</b>
PATRICK JOHANSSON K.	◆ 5 ◆	<b>El saber indígena o el sentido sensible del mundo</b>
RICARDO POZAS HORCASITAS	◆ 8 ◆	<b>Utopía</b>
FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.	◆ 9 ◆	<b>La Universidad Nacional y los fastos alemanistas</b>
MANUEL CRUZ	◆ 13 ◆	<b>Vendedor de palabras</b>
HUGO ARÉCHIGA	◆ 15 ◆	<b>La ciencia en México ante el siglo XXI</b>
ENRIQUETA OCHOA	◆ 20 ◆	<b>Órbita del tiempo</b>
PEDRO ÁNGEL PALOU GARCÍA	◆ 28 ◆	<b>Octavio Paz: melancolía de la crítica</b>
LUIS CARLOS EMERICH	◆ 31 ◆	<b>Laura Quintanilla y sus historias terminales</b>
ERNESTO DE LA TORRE VILLAR	◆ 39 ◆	<b>Reflexiones acerca de la historia</b>
CÉSAR CANSINO	◆ 44 ◆	<b>La <i>ciudadanización</i> del IFE: fantasías y realidades</b>
ALBERTO VITAL	◆ 47 ◆	<b>Humor bajtiniano en Borges y Calvino</b>
MARCELINO CEREJIDO FANNY BLANCK-CEREJIDO	◆ 50 ◆	<b>De cadáveres, vampiros y vampiresas</b>
CARMEN BOULLOSA	◆ 53 ◆	<b>En el nombre del padre, del hijo y de los fantasmas</b>

### LA EXPERIENCIA CRÍTICA

SANTIAGO GENOVÉS	◆ 59 ◆	<b>Meditaciones y acciones</b>
ARTEMIO LÓPEZ QUIROZ	◆ 61 ◆	<b>Tópica literaria en la poesía novohispana</b>
GABRIELA VALLEJO CERVANTES	◆ 64 ◆	<b>Modernismo y modernidad en el México de 1900</b>
	◆ 66 ◆	<b>Colaboradores</b>

# Presentación



**T**iene a olvidarse que aquello que genéricamente denominamos cultura incluye el conocimiento y la sabiduría generados por grupos sociales que, durante lapsos históricos determinados y concretos, detentan la experiencia, los medios y los lenguajes correspondientes a “este saber las cosas” que involucra a la comunidad entera. Gracias a estos núcleos o células humanamente creativas, las culturas nacionales e internacionales van profundizando y ampliándose, incorporando certezas que —aun en estado de símbolo o de franca práctica cotidiana— permiten a los grupos sociales cohesionarse y simultáneamente asumir una armónica actitud ante el todo que los rodea. Tampoco es esta sabiduría adicta exclusivamente a cuestiones y elementos formales y artísticos. La práctica social inmediata constituye asimismo un tipo de cultura, la cual identifica, expresa y señala la naturaleza y la conducta de los grupos y los agrupamientos sociales. Tal el caso de la sabiduría indígena, evidente en los variados conglomerados autóctonos, diseminados a lo largo de todo el territorio nacional, que la historia acertadamente nos ha enseñado a llamar culturas indígenas. Magnífica y operativa desde los tiempos prehispánicos, esta sabiduría existe y contiene, desde entonces, elementos que han impregnado a esa suma de actitudes, lenguajes y valores nacionales y —¿por qué no calificarlos así?— espirituales que hacen peculiar y en algunos aspectos inhabitual a esa cultura territorial y estructuralmente más amplia, llamada cultura mexicana. Tan respetable y vasta es esta sabiduría —por ejemplo, en el cuidadoso y respetuoso aprecio comunal e institucional que se tiene por los ancianos, personajes que, por otra parte, todavía danzan vigorosamente una o dos semanas antes de morir— que apoya y rebasa de manera sorprendente nuestros modos de decir, de comer, de considerar el cuerpo humano, de establecer negociaciones comerciales y políticas, etcétera, en una época cuyos acontecimientos notables y terribles, inclusivos y globalizadores, nos obligan al reconocimiento multicultural y nos señalan teórica y prácticamente la obligación universal de establecer el diálogo y aceptar la existencia de grupos, culturas y hasta naciones que no nos son afines. La sabiduría de los indígenas mexicanos de todas las épocas ha sido objeto de profundos estudios de las humanidades y las ciencias sociales de nuestra Universidad. Así lo demuestra el enorme caudal de materiales generados por acuciosos y sistemáticos investigadores de la institución a lo largo de su existencia entera. En su conjunto, son estos materiales un reconocimiento a la presencia milenaria de los indígenas de hoy y de hace siglos que nos han mostrado más caminos y enseñado más aspectos de la existencia que los que en la actualidad se registran, se enumeran y se ponen abiertamente en práctica. ◆

# La poesía teje los hilos de los sueños

ALBERTO RUY SÁNCHEZ

**A**l ser recordados, los sueños siempre fascinan o perturban. Y de ese vínculo agitado con nuestros sueños hacemos poesía. Para algunos, los sueños mismos son poesía. Para otros son la verdad más profunda. La filósofa María Zambrano decía que si los sueños no fueran un despertar, una forma de despertar, hubieran pasado inadvertidos siempre. Lo cual nos lleva a creer en la existencia de mundos paralelos (en el continente de nuestras realidades imaginarias), mundos hacia los cuales cruzamos a través del sueño. También podemos pensar que si soñar es una forma de despertar, de ser más lúcidos, es porque en los sueños está la clave profunda de nuestra alma. Y mientras miles de personas se dedican a buscar la clave de sus sueños, para otros, como Roger Caillois, en éstos no hay clave posible porque no son sino “un desorden de simulacros sin secreto”. Tan perturbadores, sin embargo, que lo llevaron a escribir un libro llamado precisamente *La incertidumbre que nos viene de los sueños*.

Perturbadores han sido siempre los sueños propios y los ajenos. Especialmente los sueños de otras culturas. En las crónicas de los misioneros cristianos del siglo XVII que recorrían lo que ahora es el sureste de México, en Chiapas, hay varias menciones a la importancia que los indígenas daban a sus sueños. Los misioneros la consideraban excesiva y la veían como un obstáculo para su evangelización. Curiosamente, a miles de kilómetros de distancia, en el extremo norte del continente, los jesuitas que trabajaban con los indígenas iroquois se quejaban de lo mismo. Llegaron a creer que los dioses de los iroquois eran sus sueños. Más de cien años después, misioneros cuáqueros describían el mismo fenómeno. Les molestaba la obediencia absoluta de los iroquois a sus sueños.

Pero las órdenes de los sueños nunca son descifradas fácilmente. Con frecuencia es necesario un intérprete ritual que tiene la facultad de identificar los símbolos y de vincularlos con la persona que sueña, con su idea de destino y su pertenencia a la comunidad. Los sueños vienen en oleadas de imágenes similares a sus recuentos míticos, a sus canciones, a su poesía.

Hace poco más de veinte años, en el pequeño pueblo de Magdalena, en Chiapas, una mujer tuvo un sueño que transformó la vida de su comunidad: una deidad vestida de blanco con un traje ritual indígena, identificada por ella como La Virgen, la despertaba para pedirle que tejiera de nuevo el manto ritual, el huipil ceremonial, que todas habían olvidado cómo hacer. Se trata de una túnica que lleva del cuello a la cintura varias líneas de imágenes bordadas meticulosamente. En esas líneas hay un relato, que las mujeres describen como un poema, cada línea un verso. Ella fue a la iglesia, donde, gracias a la costumbre centenaria de cubrir a las estatuas de los santos más milagrosos con este tipo de huipiles, pudo observar varias obras y, “siguiendo también las imágenes de sus sueños”, pudo aprender de nuevo a bordar las historias sagradas sobre sus telas.

Después lo enseñó a otras mujeres de su pueblo. Ahora esa enseñanza forma parte de las funciones fundamentales de su comunidad. La aparición de lo sagrado entre los suyos tiene en sus tejidos una vía privilegiada. El tejido es ahora un equivalente de los antiguos tatuajes que transformaban el cuerpo de los humanos uniéndolo con el cuerpo de los dioses, como en un sueño divino.

Cuando una mujer de Chiapas se pone un huipil ceremonial, automáticamente crea alrededor de su cuerpo un espacio sagrado, un ámbito de excepción donde es posible la lectura intensa de una composición de imágenes bordadas. Composición medida, como la poesía. Hablar de poesía, para estas mismas mujeres indígenas, es hablar de las “canciones tejidas”, de los bordados de palabras que crean ese espacio de excepción donde surge de pronto lo sagrado en medio de las cosas de todos los días.

Exactamente eso que, en otro horizonte, Pier Paolo Pasolini llamaba “la aparición del Centauro” para nombrar el surgimiento súbito de la poesía como una dimensión sagrada y mágica que los poetas provocan, con su composición ritual de palabras, en medio de la vida cotidiana, racional y profana. La misma aparición de la poesía que James Joyce anotaba en su

“Diario de Epifanías”: como el rayo de sol entrando de pronto en la semipenumbra de su cocina en el Friule.

Una poeta indígena del pueblo de San Juan Chamula, en Chiapas, Lexa Jiménez (traducida de la lengua tzotzil por Ámbar Past), tiene como tema de su poesía la aparición de la luna para enseñar a hilar y a tejer a las mujeres. “Antes hacían los hilos como ahora hacemos nuestros hijos. Los hacían ellas mismas con la fuerza de su carne.” Como recuerdo y símbolo vivo de aquella aparición, en el pueblo conservan, según este poema, “el telar de la luna, su huipil y su machete”. Dice Mircea Eliade que en varias culturas “lunares” el oficio de tejer explica al mundo. La luna hila al tiempo y a las existencias humanas. Según él, en estas mitologías lunares donde el mundo es creado de nuevo periódicamente, hay un vínculo entre los destinos de los humanos y el trabajo femenino que se debe realizar casi a escondidas, lejos de la luz solar. Trabajo nocturno y secreto, como los sueños.

El tejido es el texto de los sueños. Su poesía. Y en los sueños está la espiral ascendente de hilos, la escalera que une a los hombres con los dioses y con su destino. Por los sueños se accede al supramundo y se desciende también al inframundo. Por los sueños saben los humanos cómo tejer su vida, cómo darle sentido y trascendencia. El poeta chileno Ludwing Zeller, que vive en Oaxaca, retoma en su poema “Tejedor zapoteco”, el tema del destino entretejido con el hombre mismo que teje y con sus instrumentos. “Crecí en este telar, mis huesos lo apuntalan desde siempre.” Más allá de la voluntad de sus manos, la “fantasmal lanzadera” silenciosa del tiempo le hace tejer “el secreto diseño que en los días ha de tener mi muerte”, esa “oscura madeja” que desovillamos.

Entre trama y urdimbre mi destino.  
Los rostros invisibles  
del futuro ignorado que es sólo maraña de raíces  
que cantan, debajo de la tierra que es eterna.

El poeta, nuestro contemporáneo tejedor de sueños, indagando su “maraña de raíces”, tiene eso que llaman un “sueño lúcido”: tiene cierta conciencia de que está soñando. Sabe que pone una parte de sí mismo en su texto (palabra que significa trama, tejido). Y que esa parte es expresión profunda de su alma. Tanto de lo que ésta anhela como de lo que es. Así lo intuye D. H. Lawrence en su poema “Todo lo que el hombre hace”, donde muestra su impresión de que los humanos dan vida a sus obras poniendo en ellas una parte de la suya:

...Y una mujer navajo,  
al tejer  
en su tapiz el dibujo de sus sueños,  
debe dejar al final un hilo suelto  
para que su alma pueda salir, regresar a ella...  
Y en el dibujo finalmente desatado,  
como huella de serpiente en la arena,  
el alma deja la marca de su paso.

En muchas culturas, el alma abandona al cuerpo mientras éste duerme, y los sueños son las experiencias que ella tiene en ese mundo paralelo. De manera similar, para algunos poetas su obra crece en un mundo paralelo. La poesía es el sueño que nos hace despertar en esa otra realidad, de forma delirante, que por medio de su caos aparente nos habla con enorme sutileza y profundidad de nosotros mismos. El sueño nos despierta hacia nosotros, como podría decir María Zambrano. Llevada a uno de sus extremos, esta afirmación puede implicar que en esa otra realidad paralela llevamos a cabo actos que, no sólo iluminan sino que también delinear, definen nuestra vida cotidiana. El crimen del sueño que se paga durante el día.

Así, hace algunos años, cerca del pueblo de Álamos, en el desierto de Sonora, al norte de México, en las ruinas de una vieja mina de plata, fue descubierto un cofre de madera y hierro. Los dos hombres que, con los ojos inyectados por la codicia, rompieron a golpes sus candados, recibieron en la cara un olor penetrante y agresivo que los puso a dormir durante tres días.

Todo ese tiempo, dice la leyenda, mientras sus cuerpos yacían al lado del cofre abierto, una nube somnifera escapaba lentamente de su interior. El primer día permaneció densa sobre los hombres, como vigilando sus sueños. Luego se fue diluyendo entre las débiles corrientes de aire de la mina. Uno de ellos soñó que una mano oscura se había apoderado de su cuello asfixiándolo. Y lo encontraron muerto al tercer día. El otro soñó que sus propios brazos dejaban de obedecerlo y le cubrían la boca y las narices tratando de ahogarlo mientras dormía. Y también lo encontraron asfixiado. Las mujeres que me contaron esta historia, en el mercado de Álamos, están seguras de que si ellos hubieran tenido sueños de salvación y no de muerte, habrían sobrevivido. “Los mataron sus sueños”, aseguran.

El cofre ahora se encuentra, cerrado de nuevo con sus candados, en el Museo Costumbrista del lugar decorando la reconstrucción del tiro de una mina. Algunos dicen que en su interior guarda un enredo de sueños peligrosos. Otros que no hay nada en él, que si se abriera de nuevo nada ocurriría. Dicen que la única pesadilla sería ver a los hombres hurgando de nuevo en el cofre como hurgando con codicia en sus propios sueños. Como en el poema del mexicano José Gorostiza:

Nada ocurre, no, sólo este sueño  
desorbitado  
que se mira a sí mismo en plena marcha  
presume pues su término inminente...  
y sueña que su sueño se repite,  
irresponsable, eterno,  
muerte sin fin de una obstinada muerte,  
sueño de garza adormecido a plomo  
que cambia sí de pie, mas no de sueño... ♦

# El saber indígena o el sentido sensible del mundo



PATRICK JOHANSSON K.

**A**mérica fue ubicada pero no ha sido descubierta todavía”, decía Oscar Wilde a finales del siglo XIX. Esta afirmación concernía evidentemente al sustrato humano del continente y expresaba, en última instancia, la profunda ignorancia que prevalecía entonces respecto al *otro* indígena poblador de aquellas tierras. Esta frase conserva su vigencia referencial hoy día, ya que nunca se ha buscado descubrir a este otro indígena sino destruirlo o en el mejor de los casos integrarlo a los mecanismos de la sociedad occidental, en los que se trituraron su cultura, sus valores y, en general, todo cuanto representa su razón de ser.

Rechazados, marginados, los indígenas también rechazan la sociedad occidental y expresan verbalmente este rechazo con una palabra y un sintagma nominal que designan dicha sociedad: *coyome* (coyotes) y *gente de razón*. El primer término, algo despectivo, expresa el carácter astuto y depredador del mestizo en su relación con el *macehual* o indígena, mientras que el segundo establece una oposición de índole cognitiva entre el mundo occidental y las comunidades nativas. El segundo apelativo no es de ninguna manera laudatorio ya que no expresa lo *razonable* del mestizo sino que traduce, de manera probablemente inconsciente, el patológico e hipertrófico desarrollo de los factores racionales del conocimiento occidental en detrimento de sus aspectos sensibles. El saber occidental se desarraigó del subsuelo sensible para constituir su prometeica, eficiente y enajenante cognición. Como lo decía Pascal, “el corazón tiene sus razones que la razón (occidental) desconoce”; esta ruptura brutal entre el saber implícito afectivo que atañe a la totalidad del ser y las elucubraciones frías y explícitas propias del conocimiento *racional* constituyen probablemente el obstáculo más serio para la comunicación entre indígenas y no-indígenas.

Saber y sentir representan en el mundo occidental moderno nociones que se excluyen mutuamente. En efecto, desde los albores del primer milenio antes de Cristo hasta nuestros días, la cognición se ha desprendido paulatinamente de la gravedad sensible para alojarse en un reducto intelectual inexpugnable, donde se barajan entidades abstractas que confieren al hombre una

posición de demiurgo poseedor de un prometeico y peligroso poder sobre las cosas. El científico moderno debe aislar objetivamente el hecho por conocer y despojarse imperiosamente de cualquier veleidad subjetiva que pudiera brotar de su interioridad sensible. La cognición occidental moderna se atascó en los páramos del intelecto, y lo que nos viene del mundo exterior debe pasar por el estrecho embudo de nuestra lógica específica para ser comprendido. Esto contrasta notablemente con el saber indígena, el cual se rehúsa a prescindir de la rica savia sensible que irriga la arborescencia estructurante de su cognición.

Para poder explicar y justificar en términos cognitivos el saber indígena conviene realizar primero un anamnesis cultural y remontarnos diacrónicamente hasta ese momento de la evolución en que “nació” el hombre mediante la aparición de la *función simbólica*.

## ***1) La aparición de la función simbólica o el nacimiento del hombre al mundo***

Como lo evidencian tanto los mitos mesoamericanos como otros pertenecientes a los más distintos ámbitos culturales del mundo, el hombre sitúa *in illo tempore*, en la atemporalidad del mito, un caos (o un paraíso) que precedió al advenimiento de la luz existencial. *In oc yohuayan in ayamo tona...*<sup>1</sup> “Cuando todavía era de noche, cuando no había luz todavía”, los seres vivían en la ataraxia *bio-lógica* de una vida *preconsciente*. El ser *co-incidía* con el mundo, el ser *era* el mundo, manteniendo el verbo en la atemporalidad de su forma existencialmente no conjugada.

La cognición representaba entonces un conjunto de respuestas genéticamente heredadas o instintos, que regulaban la interacción del sujeto con su entorno natural sin que la *demanda* cognitiva desequilibrara todavía el orden (o *desorden*) de las cosas.

<sup>1</sup> *Códice florentino*, libro VII cap. 2, facsímile elaborado por el Gobierno de la República Mexicana, Giunta Barbera, México, 1979.

En el curso de la evolución, después de miles de años de interacción entre el genotipo<sup>2</sup> y el medio, apareció el fenotipo<sup>3</sup> característico de la humanidad: la *función simbólica*. Este acontecimiento constituye, según la expresión del filósofo francés Merleau-Ponty, “el nacimiento del hombre al mundo”, su irrupción en el ámbito existencial. De hecho, con la aparición de la función simbólica, el hombre salió de su noche somática como el niño sale del vientre de su madre, fue *expulsado* de la cálida intimidad materna (donde preveía la *inmediación* de los instintos) a la luz existencial. Es preciso recordar aquí la etimología latina de ‘existo’: *ex-sisto*, la cual entraña precisamente la idea de *salida*.

Este exilio del hombre en la diurna dimensión existencial y su reacción adaptativa se revelan también en los mitos comunes a la humanidad. El ser que *era*, en la plenitud unitaria que sugiere el verbo, se desdobra ahora en ser que *es* y ser que *se ve* en el acto de ser. La irrupción de una luz cognitiva (aunque todavía algo crepuscular) en la noche preconsciente rompe la unidad del ser y establece asimismo los fundamentos ontológicos de la dualidad. A partir de este *momento*, que duró probablemente cientos de años, dos respuestas culturales, vectorialmente divergentes, buscarán zurrir el desgarre ontológico.

Por un lado, y como lo comprueban tanto el psicoanálisis moderno como el análisis de algunos mitos cosmogónicos mesoamericanos, el ser exiliado en la dimensión existencial busca regresar a la intimidad materna (paradisiaca) de la que fue expulsado, y rechaza la existencia. Esta pulsión regresiva<sup>4</sup> se manifiesta culturalmente mediante distintos mitos y ritos. En el ámbito náhuatl precolombino las eras sucesivas que anteceden al sol de movimiento, *nahui ollin*; los cuatro retrocesos de Tecuciztécatl delante de la hoguera que lo debe de consagrar como el astro rey, y la *regresión* de Xólotl a las aguas intrauterinas de la madre tierra constituyen la expresión mítica de dichas pulsiones regresivas.<sup>5</sup> En el mismo mundo náhuatl, pero en el ámbito ritual, se observan todavía en la época de la conquista ritos dionisiacos que manifiestan claramente una obnubilación de la conciencia y un descenso por la fibrosa y nocturna dimensión somática del ser mediante la ebriedad motriz de un género de danza conocido como *netotiliztli*.<sup>6</sup> Al obnubilar la conciencia, polo diurno de la dualidad, el indígena redime a esta última y vuelve mediante su cuerpo a coincidir con el mundo en una unidad *original*.

<sup>2</sup> Genotipo: conjunto de factores hereditarios constitutivos de un individuo o de una colectividad.

<sup>3</sup> Fenotipo: conjunto de características que se manifiestan en un individuo o en una colectividad, y que expresan la interacción de su genotipo con el medio.

<sup>4</sup> Pulsión: impulso que se sitúa en el límite de lo orgánico y lo psíquico y que tiende a canalizar tensiones entre el ser y el medio exterior.

<sup>5</sup> Cfr. Patrick Johansson K., “Análisis estructural del mito de la creación del sol y de la luna en la variante del *Códice florentino*”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, vol. 24, México, 1994.

<sup>6</sup> Actualmente, el nahuatlismo *mitote* connota un cierto desorden en un acontecimiento festivo o de carácter social.

Por otro lado, el ser existente se asume como tal y se adapta progresivamente a los nuevos determinismos de su *ser-aquí*. Además de los aspectos meramente instrumentales o tecnológicos, otros mitos y ritos nahuas precolombinos expresan también culturalmente la relación *progresiva*<sup>7</sup> del hombre pensante con el mundo.

## 2) “Pienso luego existo”

La salida del hombre de su noche somática mediante la aparición de la función simbólica determina una escisión de la unidad preconsciente y establece una distinción radical entre vida y existencia. Esta distinción se expresa claramente en el pensamiento náhuatl precolombino a través de los términos *yoliztli* (vida) y *nemiliztli* (existencia). De hecho, *yoliztli* representa lo *biológico*, lo vital, e incluye a la existencia y a la muerte. Estas dos fases son para los antiguos mexicanos los dos *latidos* del ciclo vital: una contracción sistólica existencial y una dilatación diastólica letal que hacen vivir al mundo.<sup>8</sup> El mito de la *Creación del hombre* manifiesta en el terreno narrativo esta dinámica: Quetzalcóatl, cargado con los huesos, tropieza en el inframundo, cae y provoca el esparcimiento de los huesos (diástole), dando asimismo un origen mítico a la finitud del hombre. Recoge luego los huesos en una envoltura (*quimilolli*) con carácter matricial e inicia una

<sup>7</sup> El progreso o *pro-gresión* se opone aquí a la *regresión* e implica una vectorialidad evolutiva sin connotación ética alguna.

<sup>8</sup> Cfr. Patrick Johansson K., “Latidos del tiempo náhuatl”, en *Ciencia y Desarrollo*, vol. XXII, núm. 128, mayo-junio 1996, CONACYT, México, 1996.



estructuración (sistólica) existencial cuya primera fase culmina con el nacimiento.

Ahora bien, si consideramos la noción náhuatl de 'existencia', que se expresa a través del vocablo *nemiliztli*, es interesante constatar que dicha palabra expresa también, en su modalidad sustantiva, el concepto de 'pensamiento'. En el campo verbal, observamos que 'pensar', *nemilia*, se compone del radical *nemi* (existir) y del morfema aplicativo *-lia*. Literalmente pensar es "proceder al acto de existir". Esa estrecha relación etimológica entre el acto de existir y el hecho de pensar corrobora lo antes dicho y permite establecer un planteamiento ontológico náhuatl precolombino formalmente idéntico al postulado cartesiano, pero muy distinto en su significado profundo: "Pienso luego existo". En la perspectiva indígena esta expresión no constituye una prueba ontológica como en Descartes, sino que fundamenta precisamente la relación dialéctica entre la parte diurna existencial y la totalidad vital: es porque pienso que existo, pues si no pensara sería (en términos biológicos) pero no existiría, puesto que sólo el hecho de pensar confiere a esta fase de la vida el carácter de *existencial*.

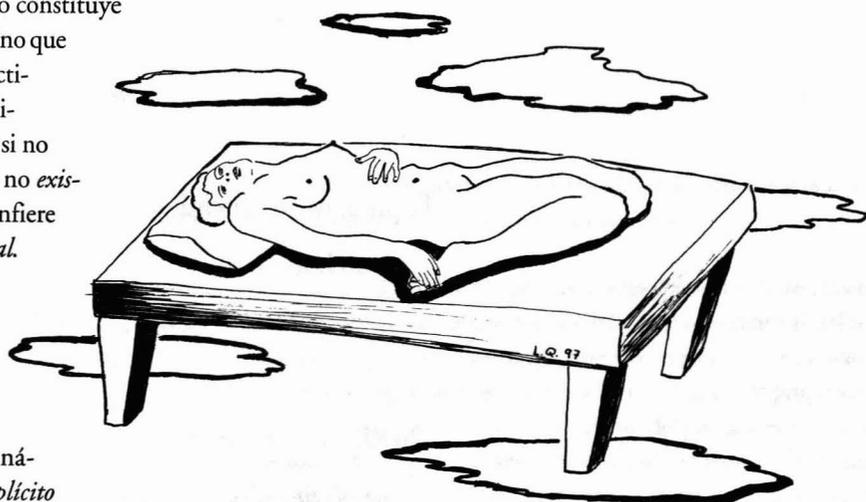
### 3) Mati: 'saber' y 'sentir'

Si pensar es existir, o viceversa, en los términos que hemos establecido, la sabiduría náhuatl no reduce a este espacio cognitivo *explícito* la totalidad de su *percepción* culturalmente estructurada del mundo. De hecho el verbo náhuatl *mati*, 'saber', significa también 'sentir'. Esta convergencia semántica en un mismo vocablo de dos nociones distintas para el mundo occidental, muestra un anhelo de totalidad en la que las abstracciones cognitivas no se desprenden del "subsuelo" sensible que las fundamenta. Saber es sentir: si el indígena no *siente* en carne propia (o en el terreno del inconsciente colectivo) lo que *sabe*, no lo sabe realmente. Los *datos* teóricos de la ciencia moderna que permiten al hombre occidental *imponerse* prácticamente a la materia no constituyen para el ser indígena un conocimiento pleno ya que le falta el arraigo sensible. En el mundo precolombino una trama mítico-religiosa *sensible* vincula las producciones más etéreas de la inteligencia indígena (los cálculos astronómicos, por ejemplo) a los impulsos vitales. El saber indígena es *orgánico* y la trama cultural que lo expresa establece homologías estructurales entre las elucubraciones intelectuales y la percepción sensible. El curso solar, por ejemplo, es el modelo de un "andar" existencial cuyos momentos fuertes determinan el ritmo *bio-cultural* de la sociedad indígena: el nacer (este), la culminación existencial (cenit), el fin de la existencia (oeste) y la culminación ósea de la tanatomorfosis (nadir).

El cenit del ciclo existencial representa también en el ámbito cognitivo el apogeo del saber. A una evolución intelectual debe suceder una involución afectiva: el conocimiento indígena

na, como el sol en su curso aparente,<sup>9</sup> no puede escapar a la gravedad sensible del mundo. La expansión cognitiva indígena correspondiente a la evolución se realiza a partir del centro afectivo ubicado en las profundidades del ser total y cualquier trascendencia hipertrofica del hombre en relación con el mundo que amenace con librarlo de esta gravedad sensible transgrede el marco axiológico náhuatl.

Un ejemplo de este rechazo de una inteligencia prometeica que pudiera alterar la relación culturalmente *simbiótica* que une al indígena con el mundo lo constituye el mito del encuentro de Quetzalcóatl y Tezcatlipoca en Tula. Entre los múltiples niveles de interpretación figura la oposición entre los anhelos de



trascendencia del hombre, encarnados por el dios luminoso de la *toltecáyotl*, y el numen telúrico-nocturno, representante de una simbiosis afectiva con el mundo. En dicho mito, el primero tiene que huir frente a lo que pueden parecer las artimañas del segundo, pero que de hecho expresan la opción colectiva de un pueblo en la dimensión cognitiva sensible y difusa del mito.

Al exacerbar los vectores trascendentes de la cognición, el hombre moderno acentúa más cada día su enajenación intelectual y, paradójicamente, anda a la deriva en la corriente evolutiva supuestamente progresiva. El indígena, al contrario, busca zurrir el desgarre ontológico que produjo la aparición de la función simbólica, redimir el abismo que separa al sujeto conocedor del objeto por conocer y, mediante un saber sensible, coincidir de nuevo con la totalidad del mundo.

Sabiduría a la vez excelsa y ponderada la del indígena que trasciende la misma trascendencia, frena en la medida de lo humanamente posible una evolución cognitiva con carácter hipertrofico y espera que surja de sus raíces<sup>10</sup> la verdad suprema del ser. ♦

<sup>9</sup> En este planteamiento consideramos el curso solar de manera empática con la cosmogonía indígena, es decir, en una relación geocentrista.

<sup>10</sup> La palabra náhuatl para 'raíz', *nelhuayotl*, entraña de hecho el radical *nel(i)*, 'verdad'.

# Utopía



RICARDO POZAS HORCASITAS

*Para Ilán Semo  
que no ha perdido  
la cualidad  
de ver los sueños*

El presente se extiende  
como horizonte  
frente al mundo.

Un dilatado instante  
arrasa de golpe  
el peso  
de los tiempos.

Sobre el lomo  
de los hombres  
se ha quedado  
sin formas  
el olvido.

# La Universidad Nacional y los fastos alemanistas



FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.

Sin duda alguna, uno de los grandes logros del controvertido régimen presidido por el licenciado Miguel Alemán Valdés (1946-1952) fue su apoyo decidido a la consolidación de la Universidad Nacional Autónoma de México como semillero del personal técnico y administrativo que precisaba el México moderno que afanosamente buscaba construir la nueva generación civil que llegaba al poder en la postguerra. Atrás quedaban los revolucionarios “prácticos” que, con base en su experiencia vital y social, trataron de remediar los males seculares de nuestro país a través de la lucha armada o de la conducción de ingentes masas populares que exigían se hicieran realidad las promesas revolucionarias. Ahora conducía al país un civilizado equipo de universitarios, representantes de una generación urbana, clasemediera, tecnócrata y escéptica en términos religiosos, como correspondía al país moderno e industrial que querían erigir.

La mejor prueba del apoyo del primer presidente civil de la era postrevolucionaria a su *Alma mater* fue la construcción de la Ciudad Universitaria, magnífico ejemplo de la madurez arquitectónica —y estética— de los profesionistas y artistas mexicanos. El sueño de una ciudad especialmente dedicada a las actividades universitarias venía desde los tiempos del rectorado de José Vasconcelos, pero no se concretó hasta este periodo, cuando el país se lanzaba a conquistar el futuro con un entusiasmo y una confianza que, vistos en perspectiva, asombran por su desbordado optimismo. La meta de estos años fue el crecimiento económico, sustentado en el principio ético de mejorar integralmente la calidad de vida de la población. Como expresó en su discurso de toma de posesión el licenciado Alemán, su programa de gobierno se proponía:

El enriquecimiento del país, la lucha contra la pobreza y la abolición de la miseria; el impulso de la salubridad nacional, la elevación del saber y la cultura en todos sus grados; el mantenimiento de las reformas sociales en favor de la clase laborante, las garantías al esfuerzo de toda empresa progresista, el fortalecimiento

de las libertades humanas y los derechos políticos y una administración de justicia expedita y honrada.<sup>1</sup>

Para el gobierno alemanista era importante que el crecimiento económico corriera al parejo del desarrollo integral del ser humano y, por ello, era necesario mejorar y extender la educación a todo el pueblo, aunque durante el sexenio nunca se proporcionó a este rubro más de nueve por ciento del presupuesto.<sup>2</sup> No se abandonó la esperanza liberal en la acción redentora de la educación, la que, junto a la creación de infraestructura, era necesaria para homogeneizar y unir económicamente a la población y el vasto territorio de la República. Por eso, “la educación es y será la que tenga que dar la solución a la mayor parte de los problemas que aquejan a México”.<sup>3</sup>

La Universidad Nacional, fundada por don Justo Sierra en 1910, sufría frecuentemente crisis, producidas tanto por su calidad de representante del *ancient regime* como por los revueltos tiempos revolucionarios. En 1929 le fue concedida la plena autonomía, lo que significó la ausencia de subsidio estatal; la necesidad de atenerse a sus propias fuerzas ahondó los conflictos hasta 1945 cuando, con motivo de la promulgación de la Ley Orgánica redactada por Antonio Caso, pasó a ser un órgano descentralizado del Estado. Éste asumió la obligación de financiar la mayor parte de sus actividades y de respetar la autonomía —que significa la capacidad de la Universidad para gobernarse por sí misma, bajo sus propios lineamientos y condiciones— y la libertad de cátedra. A partir de esta fecha se inauguró un periodo de prosperidad, estabilidad y creciente importancia política y social de esta institución en el devenir histórico de nuestro país, situación que provocó comentarios de quienes

<sup>1</sup> *Los presidentes de México ante la nación. 1821-1966*, t. iv, Cámara de Diputados, México, 1966, p. 358.

<sup>2</sup> James W. Wilkie, *La Revolución mexicana (1910-1972). Gasto federal y cambio social*, FCE, México, 1978, p. 196.

<sup>3</sup> Declaración de Miguel Alemán, *Excelsior*, 4 de marzo de 1949.

señalaban que la llegada de los letrados reeditaba la época de los “científicos” porfiristas. Ejemplo de ello es un editorial de la revista *Hoy*, a cargo del periodista José Pagés Llergo, donde se lee que, a dos años de iniciado el “gobierno de los licenciados”, el pueblo todavía espera los beneficios de su sabiduría: “Cierto que surgieron bajo el clima de la Revolución, pero sería estúpido afirmar que crecieron al amparo de ella. Productos de una Universidad destroncada de la realidad de México, aprendieron en libros lo que sólo enseña la experiencia.”<sup>4</sup> Por cierto, las críticas iban dirigidas hacia algunos secretarios de Estado, no hacia la totalidad del gabinete ni, por supuesto, hacia el titular del Ejecutivo.

A pesar de que el *Alma mater* del licenciado Miguel Alemán contó con la benevolencia gubernamental durante su sexenio, no todo fue miel sobre hojuelas en las relaciones de la academia con el poderoso de turno. Si bien es cierto que las autoridades universitarias contaron con su apoyo para la construcción de la Ciudad Universitaria, también lo es que la Universidad sufrió diversas arremetidas con el fin de doblegar la resistencia de sus autoridades y obtener así el cabal cumplimiento de los designios oficiales. Ejemplo de ello fue la destitución del rector Salvador Zubirán: había sido nombrado para tal puesto por la Junta de Gobierno en marzo de 1946; dos años después fue obligado a renunciar por medio de una violenta algarada estudiantil encabezada por estudiantes de derecho. Durante su rectorado se estableció el profesorado de carrera, se efectuó una exitosa “Campaña de los diez millones” para recolectar fondos, se dio un decidido impulso a la construcción de la Ciudad Universitaria y se institucionalizaron las bases de su futuro desenvolvimiento. Su exigencia de rigor académico, así como el aumento de la colegiatura—que se incrementó de 180 a 200 pesos—caldeó los ánimos entre los educandos.

Desde que la Universidad obtuvo la autonomía eran frecuentes los disturbios estudiantiles y el consiguiente cambio de autoridades casi cada dos años, con la inestabilidad que ello producía en la institución. El doctor Zubirán sucedió, en forma interina, al licenciado Genaro Fernández MacGregor, quien adujo motivos de salud en su renuncia a la Rectoría. Jesús Silva Herzog, miembro de la Junta de Gobierno en aquel entonces, escribió que quizá la destitución del doctor Zubirán se debió a que se negó a otorgarle el doctorado *honoris causa* al presidente norteamericano Harry S. Truman, quien visitó nuestro país en marzo de 1947. El rector de la UNAM consultó el asunto con la Junta de Gobierno, y se resolvió no dar cumplimiento a la petición presidencial.<sup>5</sup> El Ejecutivo mexicano, en su visita de reciprocidad al vecino país un mes más tarde, recibió los doctorados en derecho de las universidades de Columbia y Kansas. El doctorado de marras fue otorgado por la Universidad de Guadalajara. El licenciado Alemán, astuto como era, aguardó la ocasión

para pasarle la factura al rector Zubirán, quien salió del país a fines de abril de 1948, con lo que puso fin a la persecución en su contra.

A pesar de este penoso incidente, las relaciones entre el Estado y la Universidad Nacional de México fueron óptimas durante el periodo. En junio de ese mismo año la Junta de Gobierno designó rector a Luis Garrido,<sup>6</sup> reputado penalista, hombre culto y verdadero humanista, quien llevó las riendas de la institución hasta febrero de 1953, cuando presentó su renuncia. Punto culminante de su rectorado fue la celebración del IV Centenario de la fundación de la Universidad (el 21 de septiembre de 1551, por medio de Cédula Real, se fundó la Real y Pontificia Universidad de México, similar a la de Salamanca) y la ceremonia de la Dedicación de la Ciudad Universitaria, el 20 de noviembre de 1952.

El rector Garrido presidió un largo periodo de paz universitaria, el primero que se vivía desde hacía mucho tiempo; sin embargo, como es natural, se dieron algunas desavenencias durante su rectorado, como la renuncia de dos miembros del Patronato Universitario en diciembre de 1949: Gustavo P. Serrano y Carlos Sánchez Mejorada, quienes, alarmados por la precaria situación de las finanzas universitarias, pidieron se efectuaran mayores economías en la aplicación del presupuesto; también consideraron necesario aumentar las colegiaturas y ampliar las fuentes de financiamiento. El Consejo Universitario en pleno apoyó al licenciado Garrido con el argumento de que ya no era posible apretarse más el cinturón: los sueldos de los académicos y del personal administrativo eran muy bajos, y el mismo rector no cobraba los mil pesos mensuales a que tenía derecho por gastos de representación. Además, el citado déficit había sido causado por la devaluación de la moneda, ocurrida el año anterior.<sup>7</sup>

Las fastuosas celebraciones del IV Centenario de la Universidad fueron un buen pretexto para entonar loas a nuestros eximios gobernantes. Éstas dieron inicio el 19 de septiembre de 1951 con un homenaje de la intelectualidad mexicana al primer mandatario, de quien se enfatizó su carácter de revolucionario y universitario ejemplar. Más de doscientas instituciones de cultura de todo el país se dieron cita en el Palacio de Bellas Artes para ensalzar su cruzada en pro de la superación integral de los mexicanos. Ejemplo de su labor a este respecto era la exitosa culminación de la Campaña Nacional de Alfabetización, la creación del Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas y del Patronato Nacional de Construcciones Escolares (cuyos esfuerzos cristalizaron en la edificación de más de tres mil planteles), la fundación de numerosos institutos tecnológicos (en Chihuahua, Saltillo, Mon-

<sup>6</sup> Escribe Silva Herzog a este respecto: “En los diarios capitalinos apareció en los días siguientes el *curriculum vitae* del nuevo rector, que se puede y se debe calificar de brillante: un profesor de prendas excepcionales a la vez que un intelectual de primer rango.” Silva Herzog, *op. cit.*, p. 99.

<sup>7</sup> El presupuesto universitario para 1949 fue de quince millones de pesos, pero se gastaron 18 160. El presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, Carlos Torres Manzo, apoyó al Consejo Universitario en su litigio con los renunciantes (*Novedades*, 31 de diciembre de 1949).

<sup>4</sup> *Hoy*, núm. 579, 27 de marzo de 1948, p. 7.

<sup>5</sup> “Zubirán nos hizo caso y no hubo doctorado para el verdugo de Hiroshima y Nagasaki”. Jesús Silva Herzog, *Una historia de la Universidad de México y sus problemas*, Siglo XXI, México, 1990, p. 95.

terrey, Guadalajara, Durango, Ciudad Madero, Orizaba y Celaya) y la dotación de modernos laboratorios al Instituto Politécnico Nacional (IPN), junto con la construcción de la flamante Ciudad Universitaria (*of course*). Como parte del homenaje, se encareció la erección del pabellón de México en la ciudad universitaria de París, destinado a dar alojamiento a los estudiantes mexicanos de posgrado residentes en aquella ciudad, y la creación del doctorado en Derecho,<sup>8</sup> y de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, así como la fundación de la Escuela de Capacitación de empleados de prisiones. Aprovechando el viaje, también se le reconoció al Ejecutivo la celebración del Primer Congreso de Academias Nacionales de la Lengua Española—reunión que no contó con la asistencia de la representación de la España franquista, pero sí con la de Filipinas—, efectuado para conmemorar un aniversario más de la muerte de Miguel de Cervantes. En esos años se crearon el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Nacional Indigenista, los museos de Artes e Industrias Populares y el Nacional de Artes Plásticas; asimismo, se celebró la primera exposición de arte mexicano en Europa, la que corrió a cargo de Fernando Gamboa.

La UNAM, el IPN y el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) organizaron el solemne acto, que presidieron, junto con políticos y secretarios de Estado, Salvador Novo, el anteriormente citado Fernando Gamboa y Silvio Zavala. El líder del magisterio, Jesús Robles Martínez, aseguró al licenciado Alemán: “En ningún momento el fallo de la posteridad le será adverso, porque ha realizado en todos los órdenes de la actividad del Estado una obra sin paralelo.” En su turno, el rector Garrido apuntó que el homenaje era un acto de “estricta justicia”:

Podemos declarar de modo rotundo que durante su gestión ha recibido la enseñanza mexicana el mayor auge de su no interrumpida prosperidad. Alemán no ha olvidado un solo momento que es un universitario y un intelectual. Ha dotado al pueblo que democráticamente lo eligió de una evidente prosperidad material y una prosperidad espiritual, madurada en las mejores obras.<sup>9</sup>

Los festejos por el IV Centenario de la Universidad duraron varios días. El 20 de septiembre se celebró la Asamblea Extraordinaria de la Unión de Universidades Latinoamericanas, reunión que contó con la representación de cincuenta y tres universidades latinoamericanas, así como de algunas de sus homólogas europeas y estadounidenses. Se inauguró asimismo la asamblea del Consejo Interamericano Cultural de la Organización de Estados Americanos (OEA), que versó sobre la manera de atacar el problema del analfabetismo en la región, y el Congreso Científico Mexicano, dedicado a analizar lo que se había efectuado en nuestro país en los últimos cincuenta años en favor del desarrollo de estas disciplinas.

El momento culminante de los festejos tuvo lugar el 21 de septiembre, declarado día de fiesta nacional, motivo por el cual cerraron las dependencias públicas.<sup>10</sup> En la mañana de ese día, en el patio de la Facultad de Filosofía y Letras, en Mascazones, tuvo lugar el homenaje de la Universidad a sus fundadores. Ante la estatua de fray Alonso de la Vera Cruz desfilaron los togados, quienes le depositaron una ofrenda floral en presencia del cuerpo diplomático y de rectores de universidades de los estados de la República y del extranjero. El coro de la Escuela Nacional de Música entonó, en latín, el *Magnificat* de Hernando Franco, compositor del siglo XVI. El doctor Antonio Gómez Robledo tuvo a su cargo la síntesis histórica de la Universidad durante cuatro centurias, lo que realizó en un lapso de cincuenta minutos ¡en latín! Samuel Ramos hizo lo propio con la vida de Alonso de la Vera Cruz, “pionero de la filosofía en México”, pero en español. Por la noche, en Bellas Artes, tuvo lugar la sesión solemne—de rigurosa toga—. Tomaron la palabra Jean Sarrail, rector de la Universidad de París, Jaime Torres Bodet, a la sazón director de la UNESCO—lo que no dejó de ponderarse: un mexicano dirigía la máxima instancia cultural en el mundo—y don Luis Garrido. Este último defendió la celebración contra las críticas que señalaban que, propiamente, la Universidad había sido fundada por Justo Sierra en 1910:

Esta fiesta no es la apoteosis de cosas viejas, arcaicas, frente a los nuevos ambientes y medios de vida. Aspira a recordar que hace cuatro centurias, en estas vastas tierras americanas, se encendió la luz de la cultura, y desde entonces, como antorcha inextinguible, la Universidad ha iluminado los caminos de la Patria, compartiendo sus dolores y alegrías, dando ejemplos de abnegación, lecciones de moral y la constante incitación de poner el saber al servicio de México, y de utilizar los conocimientos en bien de la humanidad.

No dejó pasar la ocasión de anotar que, cuando en la Nueva España se acogía “la simiente de la civilización occidental”, en las naciones hoy poderosas “reinaban aún el silencio y la barbarie”. A su vez, el director de la UNESCO expresó:

Un aniversario, señores, es siempre una cita con el destino. La Universidad Nacional Autónoma de México acude a esta cita con entusiasmo y lealtad. Un pasado ilustre la induce a superarse. Un inmenso futuro le aguarda en esa Ciudad Universitaria, cuyas obras vemos con pasmo. Sobre el paisaje austero elegido para su construcción, los edificios de esa ciudad del mañana son el mejor testimonio de la fe que el pueblo y el gobierno de México depositan en los valores del espíritu.<sup>11</sup>

<sup>8</sup> “Creado bajo los auspicios del doctor Alemán, el primero de sus titulados, no como merced inspirada por la gratitud, sino por su propio merecimiento” (Garrido *dixit*). *El Nacional*, 20 de septiembre de 1951.

<sup>9</sup> *El Nacional*, 20 de septiembre de 1951.

<sup>10</sup> En el decreto presidencial alusivo a tal fecha se lee: “El abolengo cultural de tan importante casa de estudios amerita que el acontecimiento se celebre con el concurso de todos los habitantes de la República.” *El Nacional*, 20 de septiembre de 1951.

<sup>11</sup> *El Nacional*, 22 de septiembre de 1951.

En la ocasión se otorgaron veintitrés doctorados *honoris causa*; seis se concedieron a mexicanos: Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet, José Vasconcelos, Enrique González Martínez, Ángel María Garibay y Manuel Gamio. Entre los extranjeros destacaban el citado Jean Sarrailh, Norbert Wiener, John Dewey, Paul Rivet, Alfred V. Kidder y Otto Struve, entre otros. Al día siguiente el presidente de la República visitó las obras de la Ciudad Universitaria e inauguró los V Juegos Deportivos Estudiantiles; posteriormente se trasladó al puerto de Acapulco, para permitir descansar después de tanto festejo a Palas Atenea.

Luis Garrido terminaba su rectorado en mayo de 1952; el secretario de la Presidencia, Rogerio de la Selva, llamó a los integrantes de la Junta de Gobierno para solicitarles, por instrucción presidencial, se le reeligiera a Garrido para que se mantuviera en el cargo hasta el término del sexenio. Todos estuvieron de acuerdo; “en aquellos momentos no sabíamos que la reelección condicionada de Garrido se relacionaba con la solemne ceremonia de la Dedicación de CU, el 20 de noviembre”.<sup>12</sup> Otra vez se echó la casa por la ventana (aunque las obras estaban concluidas sólo en ochenta por ciento). A la ceremonia concurrieron, de toga y birrete: los rectores de universidades de los estados y el cuerpo diplomático en pleno, así como quince mil estudiantes universitarios de todo el país, amén de invitados especiales de todo el mundo. Carlos Novoa, presidente del Patronato Universitario y director del Banco de México, declaró en la ocasión que el presidente Alemán “quiso reunir en una misma fecha resplandeciente la revolución política, la revolución industrial y la revolución espiritual de México”.<sup>13</sup> Acotó que no se trataba tan sólo de la edificación de un nuevo recinto, de una nueva casa para la Universidad: “Forjar el alma importa para nosotros mucho más que amueblarla, porque se trata del alma de las juventudes de México, sin las cuales no tendría sentido esa noción de futuro en que se trasunta nuestro afán de patria.”<sup>14</sup>

La ceremonia de la Dedicación fue parte de las festividades realizadas para despedir al licenciado Miguel Alemán de la primera magistratura del país; punto culminante de las mismas fue la develación de su estatua en la Ciudad Universitaria. La escultura, que lo representaba togado y con un libro en la mano, fue obra de Ignacio Asúnsolo, quien la tuvo que modificar porque el perfil tenía un vago parecido al de José Stalin. A mediados de junio de 1951 se había constituido el Comité Universitario de Homenaje al Señor Presidente de la República, presidido por el doctor y senador Alberto Trueba Urbina; este comité fue el responsable de la ejecución de tan brillante idea.

En sus memorias, el ex presidente Alemán asienta que la construcción de la Ciudad Universitaria era un viejo sueño acariciado por todos los universitarios, pero que le había correspondido a él hacerlo realidad, algo de lo que se consideraba muy afortunado. Afirma que se hizo porque se pudo hacerla, con toda la dignidad y la grandeza que correspondían a una obra de esta

categoría; se invirtieron en su construcción cerca de ciento cincuenta millones de pesos, sin perjuicio para la economía nacional.

En su momento, hubo expectación por lo que los obreros, arquitectos, ingenieros y artistas mexicanos llevaban a cabo: “La edificación de una ciudad enteramente destinada a la formación profesional de sus nuevas generaciones”.<sup>15</sup> Como observa un estudioso de estos temas, en el conjunto arquitectónico se logró la integración plástica de arquitectura, pintura y escultura: “Es indiscutible que representa un momento de gran creatividad arquitectónica, en correspondencia con la marcha del país. Hoy ya no se proyecta de la misma manera ni con los mismos recursos plásticos. Aquel momento quedó atrás.”<sup>16</sup> También quedaron atrás los cálculos sobre la población estudiantil que podría albergar: el cupo se calculó en treinta mil estudiantes, cincuenta por ciento más de los que existían en ese momento.<sup>17</sup>

Se tuvieron que construir importantes vialidades para enlazar la nueva sede de la Universidad con el resto de la ciudad; a pesar de lo anterior, cuando se efectuó el traslado, en 1954, muchos estudiantes y profesores estaban renuentes a moverse hacia el sur, a pesar de la esplendente modernidad arquitectónica que se les ofrecía. Estas resistencias fueron salvadas; como escribe Carlos Monsiváis, “la Marcha hacia el Sur, el abandono del Primer Cuadro, es una expedición ética y estética. Es inmoral vivir como en el virreinato, es horrendo estudiar en donde no hay campus”.<sup>18</sup>

El evidente espaldarazo presidencial a la gestión de Luis Garrido haría pensar que éste aprovechó la alta estimación de la “generación universitaria” hacia su *Alma mater* para llevar agua a su molino. Al contrario, se coincide en señalar que se trataba de una persona recta, bien intencionada y que trabajó intensamente por la institucionalización y consolidación de la Universidad Nacional, a la que buscó ligar con sus congéneres latinoamericanos y de otras latitudes, especialmente de países con culturas similares a la nuestra, como España, Francia e Italia.

En el ámbito nacional, apoyó la creación de la Asociación Mexicana de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior. Fue periodista, ensayista, escritor, presidente de la Asociación Nacional de Abogados, de la Academia Mexicana de la Lengua, de la Academia Mexicana de Derecho Penal y durante más de quince años miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM; a mediados de la década de 1970 asentaba que en México habíamos “ganado en preparación técnica, pero no en adelanto moral. El problema de la justicia sigue en pie y la burocratización no tiene límites”.<sup>19</sup> Crítico de las “torres de marfil”, abogó siempre por la ligazón de la Universidad con la sociedad que le daba origen y sustento, y que era su razón de ser. ♦

<sup>15</sup> Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, Grijalbo, México, 1987, p. 320.

<sup>16</sup> Juan B. Artigas, “Los edificios de la UNAM”, en *Memoria del Segundo Encuentro sobre Historia de la Universidad*, CESU-UNAM, México, 1986, p. 145.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 146.

<sup>18</sup> *Los Universitarios*, tercera época, núm. 34, abril 1992, p. 7.

<sup>19</sup> *El Universal*, 1º de octubre de 1965.

<sup>12</sup> Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, p. 117.

<sup>13</sup> *El Nacional*, 21 de noviembre de 1952.

<sup>14</sup> *Excelsior*, 21 de noviembre de 1952.

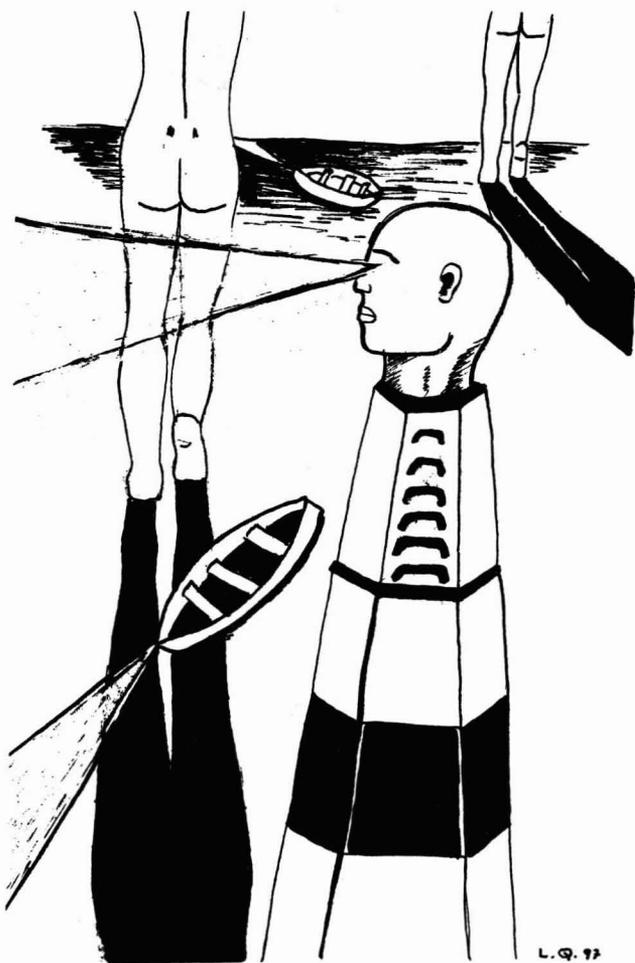
# Vendedor de palabras

## (Fabulaciones de un amante verboso)

MANUEL CRUZ

**N**o todo ha de ser siempre evocación o anticipo. También debe de haber fantasía, ficción, imaginación libre y extraviada por mundos y situaciones inventados. Bien está acudir a las citas habiendo pensado una nueva postura, o una puesta en escena sorprendente —una posibilidad para los cuerpos, en suma—, o recreándose en el recuerdo de una determinada noche por ver de repetirla. Pero últimamente me doy cuenta de que mi tendencia es a presentarme a nuestros encuentros amorosos con el modesto regalo de alguna palabra, de alguna frase o algún modo de decir, con la secreta esperanza de que su sola invocación lo transforme todo, haga que nuestro mundo, privado y cálido, quede iluminado con una nueva luz. Por eso te cuento esto. He acabado por descubrir mi más profunda, callada y antigua vocación. Ni contorsionista ni escenógrafo: sólo un modesto vendedor de palabras.

Así me fabulaba el otro día —la otra madrugada, en realidad: era en el duermevela de la nochevieja, cuando declinaba ya la agitación exterior—, como un vendedor de palabras, como un sencillo, aunque, eso sí, esforzado, representante —comercial, creo que le llaman ahora— de una multinacional del lenguaje con sede en Valladolid. Tú tienes un lugar en la fábula: eres mi cliente, la persona a quien intento convencer de la bondad de mi mercancía. Atiendes al público en una tienda que al principio mi imaginación no sabía definir, pero que luego, por su cuenta, ella misma terminó decidiendo que era una mercería (descubrí bastante más tarde, para mi vergüenza, que lo había pensado así con el objeto de que en mi historia no aparecieran otros hombres, para que sólo te relacionaras con señoras). Una extraña mercería de lenguaje, donde las viejecitas acudían, con el importe exacto en su diminuta mano apretada, a comprar un adverbio, o una preposición. Ahora, por fiestas, tenías más faena porque se vendían también otro tipo de cosas: tiempos de verbo completos, oraciones subordinadas (preferentemente de relativo), interjecciones..., pero como luego había que envolverlas para regalo, no salía demasiado a cuenta. Tú eras la hija de la dueña, que despachabas por la mañana, cuando yo podía pasar.



La verdad es que procuraba pasar cuando calculaba que estabas. No solía haber gente a esas horas en la tienda, y cuando, al abrir la puerta de la calle, sonaba la campanilla colocada en la entrada, oía tu voz que desde el fondo anunciaba “¡ya voy!”. Salías un poco azorada y, al verme, tu expresión cambiaba en un sentido que siempre me inquietaba. Te alegraba y te disgustaba al mismo tiempo que fuera yo (“¡ah!, es usted”, decías invariablemente). Terminé dando con la interpretación que me tranquilizaba para



tu ambigüedad: te alegraba verme pero te disgustaba la situación del encuentro.

“¿Qué me trae hoy?”, “Justo lo que usted necesita”, solía ser, casi sin modificaciones, nuestro diálogo. Que a veces se completaba con un “poco, pero bueno” por mi parte. Efectivamente, era poco, aunque he de reconocer que no siempre bueno. Ponía el maletín sobre el mostrador y desplegaba el género, las frases que presuntamente eran la novedad de la temporada. Todavía recuerdo la primera que te ofrecí: “Nunca estuve con un hombre que me hablara.” Tu reacción al verla fue muy poco expresiva. “Bueno, póngame un par: en este barrio no sé si tendrá mucha salida”, me comentaste, prudente. Yo intenté animarte: “Seguro que sí, la gente pide cada vez más estas frases, y piense que las señoras hoy en día...” “Bueno, bueno —me interrumpiste, un poco incómoda: no tenías ganas de darme ese tipo de conversación—, de momento con un par me apañó y, si acaso, ya le pediría alguna otra más adelante.”

Nunca te dije que en un cierto sentido era vendedor de un solo cliente: tú. Y no por desconfianza hacia los productos que llevaba. El catálogo era francamente completo, no me cuesta reconocerlo, con frases para casi todos los gustos (había una que me parecía particularmente hermosa: “Hoy mi cuerpo se acuerda de tu cuerpo”, de la que era autor un muchacho economista que trabajaba en la central). Pero el género que a ti te enseñaba a nadie antes se lo había enseñado y a ninguna otra persona estaba dispuesto a mostrárselo en el futuro. De haberlo hecho, se hubiera roto, hubiera saltado por los aires, astillado en mil pedazos, un instante fugaz e irrepetible, que se producía cuando leías lo que te ofrecía. Lo percibí con toda claridad otro día,

que resultó ser el último. El día en que tu rostro enrojeció y la vista se te nubló. Vi en tus ojos el deseo, y esa visión ha quedado grabada a fuego en mi memoria. Ocurrió cuando leíste esto: “Me persigue el recuerdo de tu sexo abierto, ofrecido, como una fruta, a mi deseo.” Era mía la frase, a qué ocultarlo. Me la había sugerido la contemplación del cuadro *El origen del mundo*, de Courbet. En realidad —al papel no se le puede mentir— no fue una sugerencia, sino una imposición de la propia imagen. Aquel cuerpo sólo podía ser el tuyo, y así debía ser tu sexo.

Tal vez hice mal, pero el caso es que te pregunté: “¿Le gusta?”, y, como tardabas en responder, intenté la torpe estrategia del hecho consumado: “¿Le pongo un par, como otras veces? En todo caso, siempre está a tiempo de devolvérmelas...” Tras unos instantes más de demora, que a mí se me antojaron siglos, recompusiste el gesto, te colocaste bien el mechón de pelo que había caído sobre tu cara, y me dijiste, con un aire forzosamente resuelto, que intentaba ser rotundo sin dejar de ser educado: “Mire, no le quiero hacer perder su tiempo; será mejor que no vuelva por aquí; el género que me ofrece está muy bien, pero no es para la clientela de esta zona.”

Jamás antes me había sentido tan excitado. Supe al instante que era una confidencia lo que me estabas haciendo. Una confidencia que tú creías que yo no percibiría, una confidencia a tu pesar. Era como si te estuviera viendo desnuda y fueras tú quien no se diera cuenta de tu propia desnudez. Me estabas revelando tu secreto. No ponías a la venta lo que te quedabas. Lo guardabas para tus momentos de soledad, en la trastienda, bajo la luz amarilla del viejo flexo, entre cajas llenas de adjetivos de diversas tallas —para señora, caballero y niño—. Entonces releías, sin cansarte, aquellas frases que me habías aceptado con fingida indiferencia, acaso sospechando que me pertenecían, y fantaseabas para tus adentros una situación: que estábamos juntos y acababas conmigo. Me vencías con tu voz. Me hacías desfallecer con tus palabras (esas palabras que sólo tú sabes, y sólo tú has oído). Luego, te dejabas morir, leyendo las mías.

\*\*\*

He descubierto demasiado tarde mi error. Como en aquellas novelas policíacas en las que el condenado a la última pena cae en la cuenta, un momento antes de ser ejecutado, de la trampa que se le tendió, del sutil y complicado engaño de que fue objeto, así yo he entendido finalmente mi condición de mero brazo ejecutor, de simple amanuense de tu deseo. La verdad era otra, si cabe más dulce. Tú te dabas cuenta de tu desnudez —te diste cuenta siempre— y te complacías en que yo la contemplara. Sabías que sólo yo podía haber escrito aquellas frases; tenías la certeza de que era así como te imaginaba y, claro está, como te deseaba. Tú en cambio deseabas otra cosa: deseabas mi deseo. Y lo alimentabas de la única forma en que eso se puede hacer. Inventándome y dejándome que te inventara. Pero me voy sin entender del todo por qué me prohibiste que volviera a tu tienda. Quizá porque aquel instante de rubor y de niebla amenazó, con su realidad, el relato en el que querías vivir. ♦

# La ciencia en México ante el siglo XXI

HUGO ARÉCHIGA

Con mezcla de entusiasmo y escepticismo, el mundo occidental se apresta a franquear el umbral de su tercer milenio. El siglo XXI es motivo común de discursos y promesas. Se pondera lo realizado y se hacen preparativos para la nueva era. Así ha sucedido en anteriores tránsitos interseculares, sólo que la sociedad llega al actual sin las grandes esperanzas de otros tiempos, desconfiando de todas las ideologías. Las heredadas de siglos anteriores han producido resultados decepcionantes y no se vislumbran otras mejores. El fin de los colonialismos territoriales ha sido el principio de nuevas formas de sujeción económica. Las revoluciones liberadoras han devenido en burocracias opresivas. Las conquistas de mejores condiciones para los trabajadores han engendrado sindicalismos paralizantes. El término de la guerra fría, gran acontecimiento internacional del fin de la centuria, ha significado para muchos el desplazamiento del sistema socialista por un capitalismo salvaje que deja poco espacio para la esperanza. El neoliberalismo, nuevo rostro del antiguo darwinismo social, ha sustituido al intervencionismo estatal en la economía y, al acentuar las desigualdades, está resultando demasiado agresivo para el tejido social. La injusticia, la violencia y la criminalidad continúan rampantes y aun exacerbadas, y un amplio sector de la humanidad manifiesta su frustración en adicciones y actitudes cínicas.

Llegamos al fin de siglo sin que las sociedades logren definir la mejor forma de organizarse. El nacionalismo, fuente de identidad colectiva, se debate entre las tendencias absorbentes y uniformadoras de la globalización, y las disgregantes de las reivindicaciones étnicas, religiosas y sociales de los pequeños núcleos que reclaman respeto y apoyo a formas ancestrales y diversas de convivencia. Los organismos internacionales, foros de las quejas y aspiraciones de los débiles, han sido impotentes para impedir que se acentúen las diferencias entre pobres y ricos. Las nobles metas de *educación para todos* o *salud para todos* siguen inalcanzables.

La democracia, aspiración de los movimientos sociales de las dos últimas centurias, ha realizado avances, pero también ha

mostrado sus limitaciones. La sabiduría de los conglomerados electorales ha quedado en entredicho en múltiples ocasiones, en provecho de rufianes carismáticos o en detrimento de acciones a largo plazo, necesarias pero impopulares. No se ha descubierto un camino real que conduzca a ella sin tropiezos. La decepción se manifiesta en amplios y frecuentes virajes en las preferencias electorales, enmarcados en un insuperable abstencionismo. Sin embargo, sigue vigente el *dictum* churchilliano que la califica como un mal sistema de gobierno, sólo que todos los demás son peores.

No entraremos, pues, en el próximo siglo en vuelo de certidumbre ilusionada, sino escalando penosamente varias pendientes, desechando lastres y aprovechando oportunidades, moviéndonos entre múltiples transiciones, sean de formas de producción o de organización social, demográficas o epidemiológicas. La resultante de esta multitud de vectores será la que determine el ritmo de avance en el nuevo siglo.

Pero si los desencantos son justificados y patentes, también es verdad que se han alcanzado importantes avances. Lo más cercano a una esperanza en el panorama finisecular es el credo en la ecuación de que a mejores niveles de educación corresponde una mejor calidad de la vida y de la convivencia, tasas más altas de productividad y mayores oportunidades de prevalecer en el complejo mundo moderno. La educación, la ciencia y la técnica se consolidan como las grandes palancas del progreso. Han puesto al servicio de la sociedad caudales inmensos de energía, han erradicado antiguas plagas, han prolongado y mejorado la calidad de la vida humana. La visión racional del mundo que genera la ciencia atempera tendencias destructivas y acentúa la cooperación en menoscabo de la confrontación. Se ha avanzado en la educación general y los grupos socialmente débiles tienen más fácil acceso a oportunidades de desarrollo que en los siglos precedentes. La enseñanza es, en suma, la gran puerta de ingreso a la superación personal, económica y social. Por ello, la competencia por desarrollar sistemas educativos, científicos y tecnológicos se manifiesta en este momento en todo el orbe y adquiere alto valor estratégico en la totalidad de los países.

Así, la nueva centuria llega entre grandes adelantos científicos y tecnológicos, como la exploración del espacio, el genoma humano, el cerebro y la mente humana, además de otros logros espectaculares en cibernética, telecomunicaciones, microelectrónica y nuevos mate-



riales, así como en el combate a la enfermedad.

Todo ello mejora ciertamente la calidad de la vida, pero también entraña nuevos riesgos. El desarrollo industrial genera graves desequilibrios, transgrede normas éticas, contamina el ambiente, pasa por encima de la dignidad humana y, en suma, plantea continuos retos a la sociedad, que ha de limitar sus excesos mediante instrumentos éticos y legales elaborados con base en el conocimiento apropiado de los avances científicos y tecnológicos, cuyas consecuencias habrá de regular. Ningún país es ahora viable sin el adecuado desarrollo de esas capacidades para enfrentar los desafíos de la modernidad industrial.

Además, el lucro asociado a la producción industrial acentúa la bipolaridad económica de la sociedad. No todos se benefician con los adelantos. Persiste la amenaza de que las ventajas sean cada vez mayores para algunos y menores para el grueso de la humanidad. Las tensiones sociales no disminuyen, más bien parecen aumentar. La producción industrial deviene en arma de dominación. La bipolaridad este-oeste, que ocupó el escenario internacional durante la segunda mitad del siglo actual, ha girado hasta inscribirse en el eje norte-sur; es decir, no ya entre socialismo y capitalismo, sino entre países ricos y pobres. Aquéllos, con sistemas económicos basados en el conocimiento y beneficiarios de las grandes utilidades provenientes del valor agregado de la innovación tecnológica. Estos últimos, condenados a la ignorancia y la improductividad, incapaces de escoger su propio destino. Tal bipolaridad se pone de relieve no sólo entre países, sino también entre grupos de una misma nación. La propia dinámica de la sociedad industrial la hace depender de la competencia, basada en la constante invención. Los conocimientos y las habilidades que confieren utilidad a un operario o profesionista en un

sistema de producción se desgastan rápidamente y deben renovarse a corto plazo, so pena de caer en la obsolescencia. Hay legítima preocupación ante la inminencia de una sociedad llena de individuos *desechables*.

¿Cómo llega México al actual tránsito intersecular? Como otras naciones, la nuestra está sujeta a una transición en múltiples aspectos. El país se industrializa, la producción manufacturera ya desplazó a la agricultura y a empresas extractivas como la mayor fuente de divisas; pero, en su mayor parte, se trata de producción de baja tecnología y, por tanto, de escaso valor agregado. Nuestra economía figura entre las primeras veinte del mundo por su magnitud, pero ocupa un lugar mucho más bajo por su infraestructura tecnológica. En lo social, México se encuentra inmerso en el penoso y prolongado parto de un sistema democrático, que muy probablemente llenará la agenda nacional en los próximos años. El acceso a la información es cada vez más amplio, pero ello impone la necesidad de educarnos mejor para asimilar el caudal abrumador de datos obtenidos por múltiples medios.

La población urbana ha aumentado espectacularmente de 12% a principios de siglo a más de setenta por ciento en la actualidad. En lo demográfico, la esperanza de vida ha experimentado un notable aumento desde los 27 años en 1910 hasta más de 72 en la actualidad, lo cual nos acerca al nivel de los países industrializados. La natalidad y la mortalidad infantil y perinatal han disminuido considerablemente en México —aquella en relación directa con los progresos de la educación de la mujer—, pero aún son mucho mayores que en las naciones más prósperas. El perfil epidemiológico ha cambiado significativamente en el último medio siglo. Se han erradicado algunas de las enfermedades más graves; en la actualidad, las causas principales de muerte son las mismas que en los países industriales, pero las causas de enfermedad más frecuentes son aún las de poblaciones con importantes deficiencias sanitarias. La educación básica ha mejorado sustancialmente. Mientras en 1910 sólo 23% de la población estaba alfabetizada, hoy lo está cerca de noventa por ciento. Sin embargo, la deserción en las escuelas primarias llega a cuarenta por ciento, nuestro sistema de educación superior —como veremos luego— tiene serias limitaciones y sólo una proporción inferior a uno por ciento de la matrícula corresponde a estudios de posgrado. Así pues, terminamos el siglo con una escolaridad muy inferior a la de estados industrializados con los cuales el nuestro habrá de competir en los años por venir.

En suma, estamos a la mitad del camino, en una carrera en la que podemos avanzar o rezagarnos. Todo ello impone la necesidad de realizar esfuerzos considerables para eliminar vicios ancestrales a la vez que conservamos y perfeccionamos aquello capaz

de reservarnos un mejor lugar en la aldea global de la próxima centuria, como el impulso a la ciencia.

¿Cuál es el estado actual de nuestro sistema de ciencia y tecnología y qué perspectivas pueden advertirse en él? Hace más de medio siglo, se emprendió un vigoroso esfuerzo para fortalecerlo. Se crearon así los primeros centros de investigación en la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Politécnico Nacional, luego ampliado con el Centro de Investigación y Estudios Avanzados, se establecieron instituciones de investigación en las áreas de la salud y la energía, se contruyó la Ciudad Universitaria y se establecieron unidades del Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología (CONACYT) en diversos lugares del país. Además se dispuso de algo fundamental: la creación de plazas de profesores e investigadores de tiempo completo. Estas importantes iniciativas, acompañadas de otras menores, surgieron sobre todo entre 1938 y 1981. En ese lapso, se erigieron las entidades nucleares de nuestro desarrollo científico y tecnológico actual y se profesionalizó la investigación científica. Los últimos dos decenios han sido de escaso avance que, comparado con lo ocurrido en otros países, se convierte en franco rezago. A la década perdida de los ochentas ha seguido, con un breve paréntesis de tres años (1991-1994), la crisis de los noventas. En este periodo ya no se ha creado ningún centro importante de investigación y la expansión de los existentes ha sido en lo general muy modesta. En particular se ha alentado la creación y el fortalecimiento de pequeños grupos en diversos puntos del territorio nacional, dentro de una muy necesaria política de descentralización de la actividad científica, pero con escasos recursos.

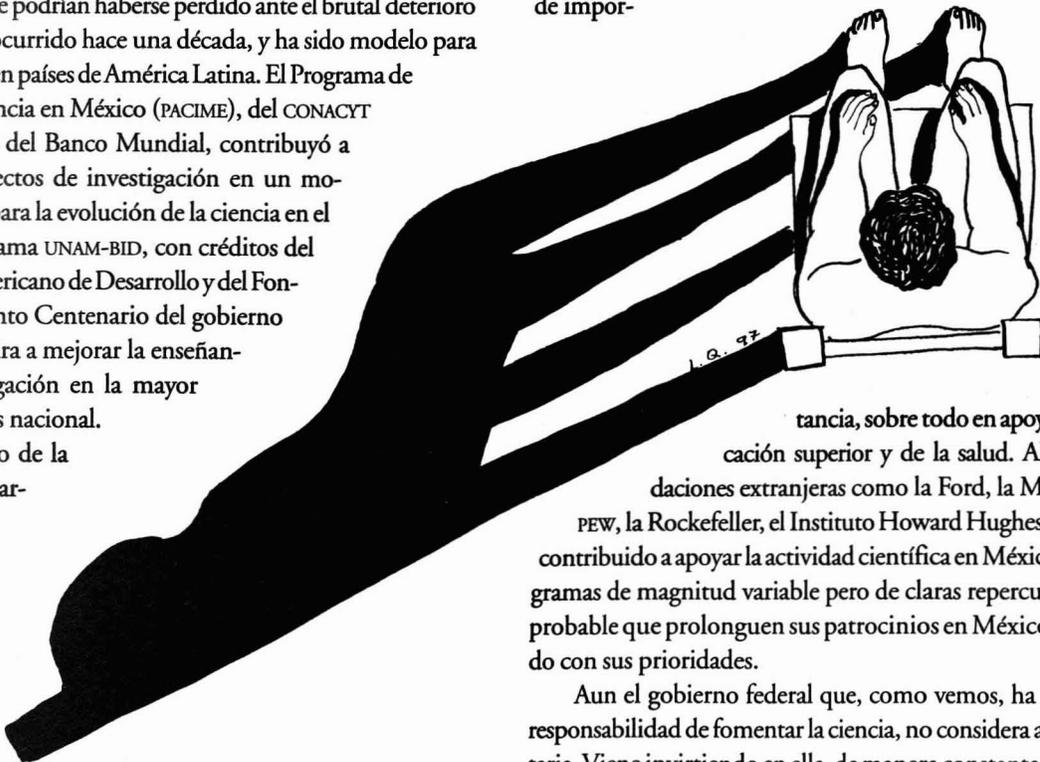
Se han iniciado algunos programas exitosos, entre los que destacan la instauración, en 1984, del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), el cual rescató para la ciencia a buen número de investigadores que podrían haberse perdido ante el brutal deterioro de los salarios ocurrido hace una década, y ha sido modelo para otros similares en países de América Latina. El Programa de Apoyo a la Ciencia en México (PACIME), del CONACYT con un crédito del Banco Mundial, contribuyó a financiar proyectos de investigación en un momento crítico para la evolución de la ciencia en el país, y el programa UNAM-BID, con créditos del Banco Interamericano de Desarrollo y del Fondo para el Quinto Centenario del gobierno de España, aspira a mejorar la enseñanza y la investigación en la mayor casa de estudios nacional.

El fomento de la ciencia sigue a cargo del régimen

federal. Los gobiernos estatales, con honrosas excepciones, no se ocupan del asunto. Los empresarios recién despiertan a la globalización del comercio, luego de un prolongado aislamiento con fronteras protegidas y un mercado interno seguro y poco exigente, que no los impulsó a innovar. Su contribución aún no llega a diez por ciento del total de la inversión en ese rubro, mientras que en Japón, Estados Unidos y países industrializados de Europa la iniciativa privada contribuye con 70%. Sólo un puñado de empresarios ha financiado programas de innovación. La inmensa mayoría de ellos son aún legítimos descendientes de aquellos ricos mineros que llamaron la atención de Humboldt a principios del siglo pasado, por no planear dar ocupación a los nuevos ingenieros químicos que se estaban preparando en el Real Colegio de Minas. De hecho, en México las dos terceras partes de la inversión en ciencia y tecnología se canalizan al sector educativo, por lo cual el aparato productor de ciencia y tecnología mexicano está desconectado del sector empresarial. Los proyectos de vinculación entre universidades y empresas son escasos y disponen de pocos recursos.

La sociedad mexicana de ahora es apenas menos indiferente a la ciencia que la de épocas anteriores, y aún suscita oposición de los padres, en la mayoría de las familias mexicanas, la pretensión de alguno de sus hijos de dedicarse a la investigación científica. De hecho, en los últimos años, mientras la matrícula en las escuelas de ciencias y de ingeniería permanece estancada, la de las carreras de administración y contabilidad ha aumentado espectacularmente.

La filantropía nacional, ya de suyo inferior a la de otros países, aún no encuentra en la ciencia un motivo digno de su atención. Pero ya se han realizado acciones de impor-



tancia, sobre todo en apoyo de la educación superior y de la salud. Algunas fundaciones extranjeras como la Ford, la McCarthy, la PEW, la Rockefeller, el Instituto Howard Hughes y otras han contribuido a apoyar la actividad científica en México, con programas de magnitud variable pero de claras repercusiones, y es probable que prolonguen sus patrocinios en México, de acuerdo con sus prioridades.

Aun el gobierno federal que, como vemos, ha asumido la responsabilidad de fomentar la ciencia, no considera a ésta prioritaria. Viene invirtiendo en ella, de manera constante durante los

últimos quince años, cerca de uno por ciento del gasto programable, lo cual, ante las grandes fluctuaciones del presupuesto federal ocurridas en ese lapso, significa enormes altibajos de la inversión en ciencia y tecnología, siempre muy por abajo de uno por ciento del Producto Interno Bruto, que es la proporción recomendada por agencias internacionales, entre ellas la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), de la cual somos miembros desde hace tres años.

En consecuencia, la estructura científica mexicana no crece. El SNI cuenta actualmente con menos integrantes que en 1993, y la proporción del gasto federal destinado a ciencia y tecnología en 1996 fue aun inferior a la alcanzada en 1981. El modo más común de apoyar los proyectos de investigación y de remunerar a los estudiosos consiste en efectuar concursos, cuyos ganadores se premian con financiamiento de tope presupuestal bajo. Si bien ello ha fortalecido la profesionalización del quehacer científico, al alejarlo del diletantismo prevaleciente en generaciones atrás, amenaza con crear un sistema burocratizado de pequeños proyectos inconexos, de bajo riesgo y sin mayores ambiciones, cuya meta se reduce a hacer más de lo mismo. Se trata, pues, de una estrategia de supervivencia, no de desarrollo.

En contraste, países que hace veinte años tenían una producción científica inferior a la nuestra, como los del sureste de Asia e incluso de América Latina, hoy nos sobrepasan ampliamente. De hecho, México tiene proporcionalmente cuatro veces menos científicos e ingenieros que las naciones del sureste asiático, y aun en Latinoamérica varios países nos aventajan. En términos absolutos, nuestra inversión en ciencia y tecnología fluctúa entre el segundo y el tercer lugar en la región, y desciende a un modesto octavo sitio si se la considera en función del número de habitantes de nuestro territorio. Hay actividades de la ciencia y la tecnología a las que somos prácticamente ajenos, como la microelectrónica y la cibernética, y, a menos que se tomen medidas drásticas, nos quedaremos rezagados en ingeniería genética y neurociencias, pese a contar con grupos de buena calidad en estos campos, cuyo desarrollo en el mundo está generando una verdadera avalancha de conocimientos.

En educación superior, se han producido avances considerables. Un esfuerzo importante para descentralizarla se realizó sobre todo en el último cuarto de siglo, y gracias a él todas las entidades del país cuentan ahora con instituciones de ese nivel. Sin embargo, la mayor parte de ellas adolecen de graves limitaciones estructurales, cuentan con escasos recursos y apenas tienen capacidad para impartir cursos de licenciatura. Casi todos los doctores en ciencias que se gradúan en México egresan de las instituciones de la capital. Sólo una pequeña minoría de los profesores universitarios labora tiempo completo en sus instituciones y menos de diez por ciento de ellos realizan investigación de manera profesional. Las universidades privadas, con alumnado en mejores condiciones económicas y sociales para aprovechar oportunidades, por decisión propia no han desarrollado la investigación y su mayor aporte consiste en preparar administradores. Así pues, nuestra base educativa es aún endeble y no estamos preparando, en la cantidad necesaria, los cuadros de investigadores

aptos para asumir el liderazgo científico y tecnológico que nos permita ascender en la actual escala bipolar.

Evidentemente, no estamos apretando el paso como lo hicieron en el pasado países como Japón que, en las últimas cuatro décadas del siglo pasado, saltando etapas, logró superar un rezago secular en el proceso de industrialización y estructuración de un sistema educativo, científico y tecnológico de primer orden, o como lo están haciendo ahora las naciones del sureste asiático.

Históricamente, nuestro desarrollo más bien se ha caracterizado por breves episodios de impulso a la ciencia, seguidos por cataclismos sociales o económicos, algunos de los cuales, por cierto, han coincidido con tránsitos seculares. Así, a finales del siglo XVIII, la Corona española realizó un postrer esfuerzo para estrechar vínculos con sus colonias, y el fomento de la ciencia y la tecnología en la Nueva España constituyó un capítulo importante. Se patrocinaron varias expediciones que dieron lugar a valiosas cartas geográficas; se realizó una expedición botánica que resultó determinante para fundar el Jardín Botánico en México —que cuenta con más de seis mil especies— y crear la primera cátedra de esa disciplina. Gracias a ese encuentro entre los naturalistas peninsulares y los novohispanos, algunos de éstos fueron reconocidos en círculos europeos. Se estableció el Real Colegio de Minas, con una planta académica donde se incorporaron docentes de alto nivel reclutados en Europa. Tanto los maestros como los materiales de enseñanza y el nivel de los egresados merecieron de Humboldt los más altos elogios durante su visita a principios de la centuria pasada. Se fomentaron las publicaciones científicas de novohispanos y, en suma, se intentó incorporar a la Nueva España, aunque fuera tardíamente, al Siglo de las Luces.

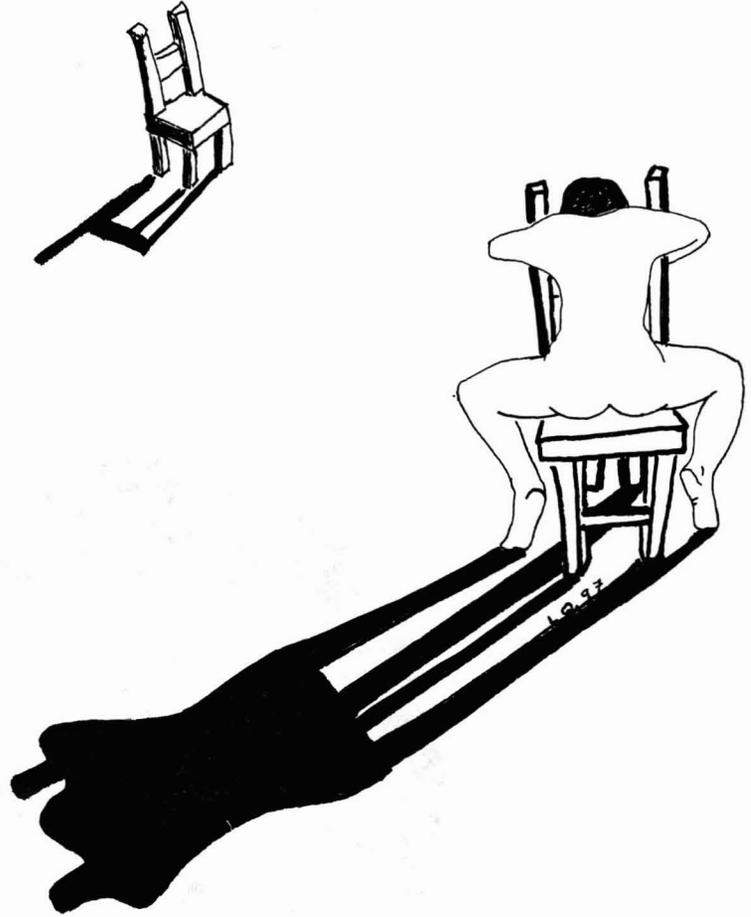
Por su parte, la administración porfiriana creó, en las postrimerías del siglo XIX y en los primeros años del XX, instituciones científicas como el Instituto Geológico Mexicano —que produjo una importante carta sísmica—, gracias al cual México fue seleccionado sede de la décima sesión del Congreso Internacional de Geología, celebrada en 1906. También fundó el Instituto Médico Nacional, donde se inició la investigación biomédica moderna en nuestro país. Asimismo, se sentaron las bases para la creación del Instituto Patológico, que abrió sus puertas en 1901, del Hospital General, inaugurado en 1905, y, como remate, se planteó la apertura de la Universidad Nacional.

Tal parece, pues, que en ambas ocasiones había urgencia por entregar buenas cuentas antes del fin de siglo. Por desgracia, en ambos casos, esos plausibles esfuerzos llegaron demasiado tarde. En cada oportunidad, diez años después de iniciado el siglo siguiente, las tensiones sociales acumuladas estallaron en revoluciones que arrebataron el poder, primero a España y luego a la administración porfirista, y que, entre otras consecuencias, suprimieron las instituciones creadas por los sistemas derrocados.

La actual década se inició con augurios optimistas. La apertura económica y la inserción en mercados internacionales demandaban el impulso a la investigación científica y al desarrollo tecnológico y se dieron los primeros pasos en esa dirección. Luego de la contracción presupuestal de los ochentas, volvió a

elevarse la inversión en esos campos y se previó un aumento continuo en los años siguientes. Se iniciaron planes de expansión de la planta científica y tecnológica, pero la actual crisis económica determinó, al menos en parte, el abandono del proyecto. El tema mismo parece haber perdido importancia en la agenda nacional. Parecemos más atentos a saldar cuentas con un pasado agravante que a buscar un mejor lugar en la competencia internacional. Los plausibles esfuerzos de conciliación y ejercicio democrático hoy desplegados quizá logren evitar estallidos sociales como los de épocas pasadas, pero no muestran un horizonte muy amplio. Ninguno de los partidos políticos ha incluido una estrategia de desarrollo científico en su oferta electoral. Así pues, a menos que ocurra un cambio cualitativo de actitud, en lo referente a la ciencia, nos espera un tránsito intersecular gris y casi horizontal, e ingresaremos al siglo XXI con un sistema científico débil y sin un proyecto definido de acceso a la economía del conocimiento, incapacitados para incorporar a nuestro desarrollo los nuevos adelantos de la ciencia y la tecnología y en grave riesgo de caer en el rezago y la prostración propios de las sociedades *desechables*.

Desde luego, tal panorama resulta inaceptable y no es ineludible. México ha dado muestras de gran vitalidad en el pasado y debe aprontarlas ahora. Recordemos que, hace poco más de medio siglo, mientras los países industrializados se debatían en una tormenta bélica, en México se construían grandes instituciones de educación, de ciencia y de salud, que en breve plazo alcanzaron relieve internacional. En esa época se inició la estructuración de los grupos de investigación de altura internacional con que afortunadamente cuenta México en diversas áreas del conocimiento y que continúan formando científicos bien capacitados. Aún en la actualidad, la falta de planes ambiciosos para remontar la pendiente del desarrollo científico no hace justicia al entusiasmo de muchos de nuestros jóvenes por la ciencia. Baste mencionar que los programas de iniciación a la investigación emprendidos por entidades como la Academia de la Investigación Científica (hoy Academia Mexicana de Ciencias) reclutan cada vez más participantes entre los jóvenes del país, que se cuentan ya por millares, y que el CONACYT ha continuado elevando el número de becas para estudios de posgrado en investigación. Muchos de nuestros noveles investigadores realizan ya obra de consideración, y los que se encuentran completando su preparación en el extranjero ocupan lugares destacados por su productividad; todos ellos constituyen un potencial invaluable en beneficio de la nación. Además, México posee una larga tradición de aprovechamiento del talento de otras latitudes; en varias ocasiones, se ha enriquecido con la contribución de



extranjeros que han llegado a incorporarse de manera permanente a nuestro sistema científico y tecnológico.

Algunos de los actuales proyectos pueden alcanzar gran importancia. Así, se han dado ya pasos decididos para una segunda fase del Programa de Apoyo a la Ciencia en México, que bien aprovechado puede ser un instrumento fundamental para la necesaria expansión de nuestro sistema de ciencia y tecnología, con la apertura de los indispensables espacios para incorporar a los nuevos investigadores. El Programa de Mejoramiento del Profesorado, bien dotado y orientado, puede ser un mecanismo de gran relevancia para elevar la calidad de la enseñanza y la investigación de nuestras instituciones educativas.

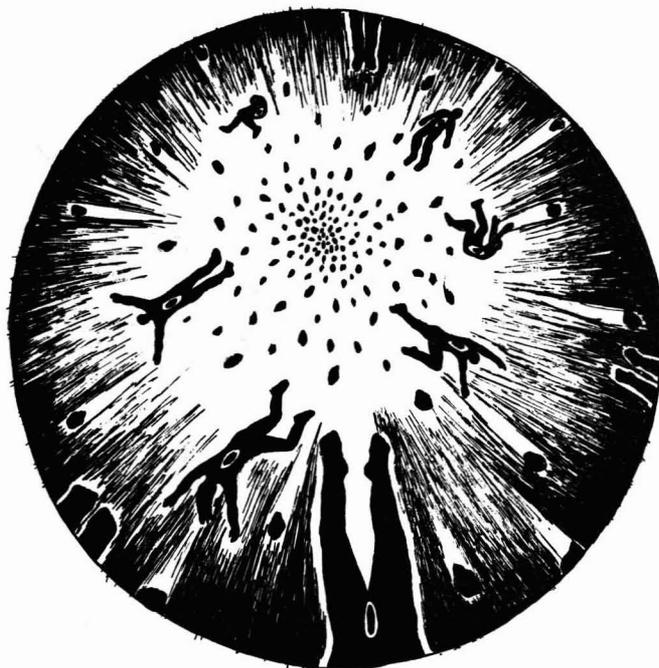
Aunque con lentitud, avanzan los programas de vinculación de la ciencia con la industria, si bien será necesario hacer mucho más en este campo. Resultará fundamental crear un foro permanente formado por representantes del gobierno, la academia y la empresa, como los que han conseguido frutos provechosos en otros países, capaz de aprovechar e inducir los adelantos científicos para la producción industrial, así como elevar la calidad de la fuerza de trabajo. De hecho, en nuestra nación ya se expande notoriamente la demanda de educación continua para profesionistas, tanto en las empresas como en la práctica individual. Éstos son sólo algunos ejemplos de una vitalidad evidente que, bien encauzada, quizá aún nos permita construir un mejor futuro en el nuevo siglo. ♦

# Órbita del tiempo



ENRIQUETA OCHOA

*Para Alberto Dallal*



## El viaje

Éramos sólo un átomo  
disparado a la deriva  
desde el pulso de Dios.  
Éramos el compás inalterable  
con que palpita el universo.  
Fuimos fuego,  
el agua que nos apagaba,  
el aire batiendo la luz.  
En los infinitos océanos del misterio  
el viaje se iniciaba.  
Arrastrada por el viento

iba la simiente en vísperas  
que en un instante dado  
desalojó la atmósfera  
y principió su travesía de millones de años.  
Cruzó constelaciones, remolinos de sombra,  
nebulosas.  
Recorrió los ciclos de las edades  
y fue la tortura quieta de la piedra.  
Pobló de algas marinas  
los rastros de la aurora;  
fue manto de yerba azul, helecho, tronco  
ramajes navegando en las alturas...,  
instintiva criatura;  
toda esa amalgama que se pliega  
en los estratos de la tierra,  
hasta que una lechosidad cristalina  
llenó la bolsa fetal  
donde fructificó la esencia  
y nació el hombre.  
Se le impuso la verticalidad  
le desdoblaron la memoria  
y fue la mañana de nupcias  
entre el tiempo y el espacio.

El hombre palpitaba  
como un follaje tierno.  
Habíamos, al fin, realizado el viaje.

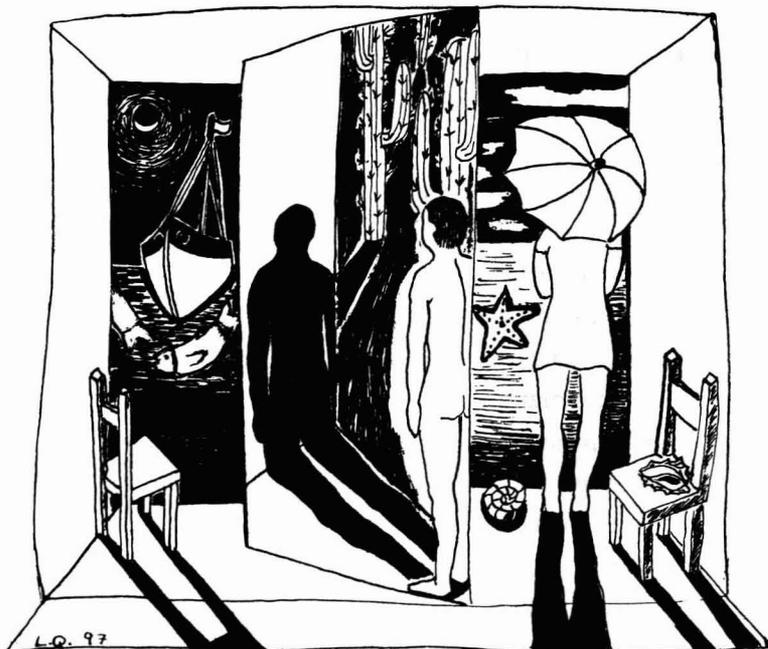
### Nacimiento

Venimos de atmósferas veladas.  
Tibiamente nos aposentamos  
en el estanque luz verde tierna  
del vientre materno.  
El relámpago con que salimos a la vida  
es un resorte de espanto  
que arranca el desolado grito  
al entrar al mundo deslumbrante del ruido.  
Exhaustos, pero inabatables,  
recogidos en nosotros mismos,

recuperando fuerzas, distendemos los sentidos;  
sólo se pide dormir, hidratarse,  
sacudirse el plomo del cansancio.  
El sueño es una fina música,  
un silencio de oros diminutos  
donde tibios rostros de ajenos orbes  
nos visitan;  
se puebla la sonrisa de una leve sedosidad.  
Los mayores no entienden el enigma,  
porque se ha borrado la huella del viaje  
en la memoria  
se ha roto el cordón de luz que aún ata  
al recién nacido a otros mundos.

### Infancia

Danza la luz en la blancura.  
Los ojos son el puro deslumbramiento.  
Oscilan entre la gracia del asombro  
y la curiosidad despiertas.  
Por el tobogán de la inocencia,  
los días se deslizan.



Bruscamente nos detiene el golpe seco  
de una palabra,  
el entrecejo de una autoridad,  
la tira de una regla que mide y que deforma.

El no, el sí  
el sujetar la carne tierna  
con el cinturón de lo establecido.  
El blanco copo de flor que somos  
se viene deshojando,  
mientras nos anudan ciegamente  
los finos pies al centro de la tierra.

### Adolescencia

Voy deshojando sueños  
sobre la hierba descalza  
de una adolescente.

Es la hora de la indagación,  
de la magia sorpresiva,  
del desorden en las filas hormonales.



La hora del músculo fértil  
 y el ondulante paso femenino  
 en que una turba alada  
 asciende las escalinatas del primer amor.  
 Entonces, oscuros laberintos embrollan los senderos.  
 Así nos derrumbamos por el golpe  
 de una decepción temprana.  
 Y sin embargo,  
 nunca serán más bellos los paisajes,  
 la luna, la comba nocturna goteando estrellas.  
 Esa vital pulsación  
 nos conduce por las aguas de lo exhaltado.  
 De este mar emergen las palabras SIEMPRE..., NUNCA...

Todo adolescente toca la entraña del misterio  
 porque se alimenta del AMOR.  
 Los rostros son un continuo cambio  
 son la ansiedad, el desafío, la locura,  
 el inefable gozo,  
 el rostro mudable de los días;  
 las temperaturas de la noche, la mañana  
 y el atardecer juntos.

Nadie sufre tanto como un adolescente,  
 nadie alcanza mayores raptos de alegría.  
 Son la médula que corre por la espina dors  
 de la existencia  
 la luz arrodillada frente a la flama  
 de la esperanza  
 porque el adolescente siempre sueña,  
 sueña, sueña...

#### Edad adulta

Flamea el verano su encendido aliento,  
 revienta la vida en el centro de los frutos.  
 Oh, edad adulta, abriéndote paso  
 a codazos por entre las multitudes.  
 ¡Cómo trasciende tu vigor!



Los hombres trepamos el risco de la existencia  
plantando en las alturas la bandera  
nos arremolinamos para la noche de la creación.  
Nos perseguimos atropelladamente  
nos encontramos exaltándonos en el frenesí.  
Invulnerables al tiempo,  
ajenos a la muerte.

Pareciera  
que en un tramo de mar se repitiera  
la noche de nupcias de los calamares.  
En su danza de luz  
los calamares cohabitan, desovan,  
cubren con sus cuerpos la vida  
de sus futuros vástagos.  
Los hombres, ávidos,  
nos perdemos en un fulgor alucinado.  
Es orgasmo el poder, la ambición, el cuerpo en celo.  
Vamos cegados tras el resplandor  
que nos permita ser,  
saber que existimos  
entre la caverna marina de unos muslos,  
en el redondo abismo de una moneda,  
en el pedestal del poder:  
asiento de efímeras luciérnagas.

### Madurez

En esta hora grave  
en donde mece el viento las dunas de ceniza,  
estamos en muchas partes,  
grabamos sobre la piedra de la descendencia  
nuestro signo para no perdernos;  
imaginamos, retrocedemos confundidos  
lloramos sobre la cicatriz del tiempo.  
Ahora nos preguntamos  
¿Con qué equipaje llegaremos  
y hacia qué puertas?  
¿Qué tren nos llevará, a dónde?

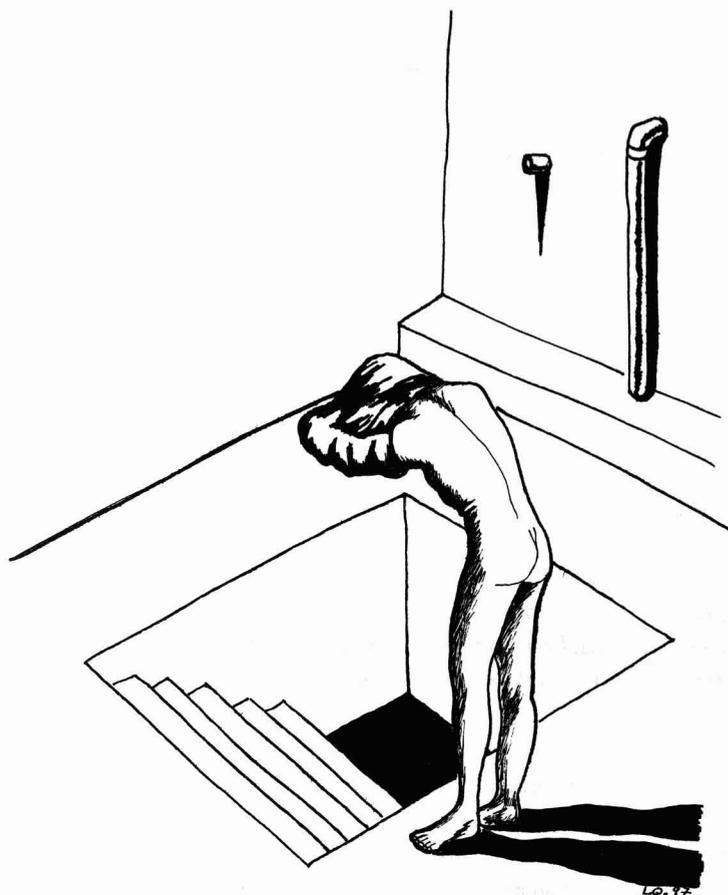
Desfallecidos, desde la ventanilla,  
miramos correr la llanura de niebla interminable.  
Nos sentamos en torno a las últimas pavesas  
a calentar el ánimo dolido,  
luego salimos a campo despoblado  
envueltos en la frazada de esperanza  
y vamos recogiendo estrellas como espejos  
para mirar en ellos el recuerdo  
sabemos que alrededor de nuestro cuerpo  
está el halo temblando cada vez más pequeño  
y nos recogemos en el horizonte  
para prender fuego  
a los últimos jirones del atardecer.  
Permanecemos con el oído atento  
pegado al muro de lo desconocido  
que se avecina ya.  
Cercados por las púas de los años,  
tersamos la textura de nuestros actos,  
surtimos las alacenas del alma con premura,  
para los días aciagos;  
nos ungimos de aceite generoso  
ante la inminencia del avance  
mientras el ocre de la soledad  
pinta los muros  
y las ramas crujientes  
entran por las ventanas  
con su brazo de hojas incendiadas.

### Vejez

Hoy los copos de nieve caen  
venciendo el resorte de las articulaciones.  
Corro hacia el rumor de un jardín lejano  
en donde amanecían las flores nítidas  
del ciruelo, cuando la infancia...

La vejez tiene un aliento de harapo perdido  
en el ojo vacío de algún páramo.  
Aquí se redondea, sabiamente, la quietud  
y bajo esas altas bóvedas

oramos,



porque la soledad es arisca,  
muerde,  
arranca el pedazo de vida que nos queda  
y lo sacude con su gran hocico,  
lo triza con sus garras  
y uno es tan pequeño,  
tan desvalido en esta hora  
en que se extingue la mirada,  
se difumina el contorno de las cosas,  
en que tiembla como junquillo endeble  
el sostén de las piernas,  
en que el dolor y el frío hienden los huesos  
como cuchillo de sirena ululando en la niebla.  
He aquí cómo regresamos  
hechos un andrajo de la gran contienda  
limpiando con lentitud nuestra ancha sombra,  
rompiendo ligaduras  
conscientes de que ha concluido  
este ciclo de obligada línea.

# Octavio Paz: melancolía de la crítica



PEDRO ÁNGEL PALOU GARCÍA

Indagar los orígenes de la crítica en Paz es buscar en las razones de su creación toda. Para él siempre el ejercicio literario moderno es crítico: negación y espejo de la historia. Lo ha repetido muchas veces, pero quizá esta frase de *Los hijos del limo* sea su emblema:

Desde su nacimiento, la modernidad es una pasión crítica y como pasión, tanto de las geometrías clásicas como de los laberintos barrocos. Pasión vertiginosa, pues culmina en la negación de sí misma: la modernidad es una suerte de autodestrucción creadora,

y agrega: “El arte moderno no sólo es el hijo de la edad crítica sino que también es el crítico de sí mismo.”<sup>1</sup> La reciente publicación de sus *Obras completas* viene a presentarnos —en toda su magnitud— su pensamiento crítico. Una labor que toca, a veces superficialmente, las más diversas disciplinas.

Pero vayamos por partes. A Octavio Paz no se le ha podido leer en México. No lo hemos querido hacer. Su figura pública se antepone siempre a su obra y no logramos hipostasiarla. Es común escuchar en las cada vez menos comunes tertulias literarias a los exégetas de domingo que separan su obra poética —“monumento del castellano”, dicen— de su obra crítica —“dudable, polémica”, afirman.

Aislar su obra, compartimentarla es tanto como amputarle sus extremidades. No podemos comprender la voluntad poética de Paz si no recorremos sus reflexiones. Ni sus pensamientos son apresables sin la voluntad poética que los contiene y explica. Hijo de un siglo convulso, lo ha visto todo y a todos ha conocido. Su memoria es, al tiempo que testimonio, interpretación. Tiene razón González Rodríguez cuando —comentando las remembranzas de André Breton que escribe Paz— afirma: “Entre los instantes inolvidables de la obra de Paz están sus recuerdos de escritores y artistas... Esta sabiduría de dialogar con otro tiempo es uno de los

legados de Octavio Paz a la cultura hispanoamericana.”<sup>2</sup> Pero Paz no es Cardoza y Aragón; no es un memorialista: es un moralista que, a la manera de Chamfort, sabe que se debe comenzar por tener la felicidad de los difuntos, la de no sufrir y estar tranquilo; y más tarde la de los vivos: pensar, sentir y divertirse. Moralista que afirma con melancolía:

Una sociedad poseída por el frenesí de producir más para consumir más tiende a convertir las ideas, los sentimientos, el arte, el amor, la amistad y las personas mismas en objetos de consumo. Todo se vuelve cosa que se compra, se usa y se tira al basurero. Ninguna sociedad había producido tantos desechos como la nuestra. Desechos materiales y morales.<sup>3</sup>

De hecho, ante la reiterada crítica sobre su visión de la historia —véanse como ejemplos los dos Aguilar: Mora y Camín— Paz responde que sí entraña una paradoja, pero agrega:

Mi contradicción corresponde a la contradicción de la historia misma. Este mundo sublunar está sujeto al influjo de las pasiones, la casualidad, los intereses. En cierto modo la historia es amoral. También es irracional. Pero lo contrario también es igualmente cierto. Los que hacemos la historia somos hombres y los hombres somos seres racionales y buscamos el sentido de los que nos ocurre... El drama de la historia no es la lucha de fuerzas impersonales únicamente, es un drama que vive en cada uno de nosotros.<sup>4</sup>

Pensar la historia desde la unidad del ser como lo han hecho las grandes ideologías es imposible.

Desconfío —afirmaba Paz— de los sistemas que explican la historia de un modo total y absoluto, desconfío del providencialismo

<sup>1</sup> Octavio Paz, *Obras completas*, vol. 1: *La casa de la presencia. Poesía e historia*, FCE, México, 1994, p. 321.

<sup>2</sup> Sergio González Rodríguez, *El centauro en el paisaje*, Anagrama, Barcelona, 1994, p. 34.

<sup>3</sup> Octavio Paz, *op. cit.*, p. 321.

<sup>4</sup> *Idem.*

y de los que afirman que la aventura humana es una pieza escrita por Dios, o por el Espíritu o por las relaciones de producción.”<sup>5</sup>

Su visión del Estado como un todo es clara en *El ogro filantrópico*: la peste abominable del siglo xx. Y por ello, sus lúcidas interpretaciones del Estado mexicano y su modernidad imitativa, ora europea, ora norteamericana durante los últimos ciento cincuenta años son reveladoras. “El Estado —no el proletariado ni la burguesía— ha sido el personaje de nuestro siglo. Lo es tanto que parece irreal: está en todas partes y no tiene rostro... conocemos al Estado sólo por la inmensidad de sus devastaciones.”<sup>6</sup> Aguilar Camín critica a Paz porque, afirma, elige una tercera vía imposible entre el socialismo y el capitalismo. Pero no hay neutralidad en Paz. Ni tampoco tres vías privilegiadas de acceso a la historia. Otro de los brazos de mar que recorren la *pasión crítica* de Paz es el discurso sobre la literatura. Nuevamente su pensamiento nace de una ausencia, de un vacío budista. En 1967 se quejaba de esa aporía al decir que la misión de la crítica literaria no era, como ya citamos en la introducción,

inventar obras sino ponerlas en relación: disponerlas, descubrir su posición dentro del conjunto... [la crítica literaria] inventa una literatura (una perspectiva, un orden) a partir de las obras. Por tal razón no hay una literatura hispanoamericana aunque exista ya un conjunto de obras importantes.<sup>7</sup>

En una aparente contradicción declara a Guy Sorman: “Todo mi esfuerzo hoy consiste en convencer a los pueblos de América Latina de que no hay una solución ‘latinoamericana’ a sus dificultades particulares, sino que las soluciones a la pobreza son universales, son las mismas en todas las civilizaciones.” No nacen sus ideas, sin embargo, de la *Weltliterature* goethiana, ni tampoco de la especificidad latinoamericana. Reconoce, es cierto, que

no hay escuelas ni estilos nacionales; en cambio, hay familias, estirpes, tradiciones espirituales o estéticas universales... Los movimientos artísticos, claro está, nacen en este o aquel país; si en verdad son fecundos, no tardan en saltar las fronteras y echar raíces en otras tierras.

Después de esa aparente ahistoricidad, precisa:

Una literatura nace siempre frente a una realidad histórica y, a menudo, contra esa realidad. La literatura hispanoamericana no es una excepción a esta regla. Su carácter singular reside en que la realidad contra la que se levanta es una utopía. Nuestra literatura es la respuesta de la realidad real de los americanos a la realidad utópica de América.<sup>8</sup>

<sup>5</sup> *Idem*.

<sup>6</sup> Octavio Paz, *El ogro filantrópico*, Joaquín Mortiz, México, 1978.

<sup>7</sup> Octavio Paz, “Literatura de fundación”, en *Obras completas*, vol. 3: *Fundación y disidencia, dominio hispánico*, p. 47.

<sup>8</sup> Guy Sorman, entrevista a Octavio Paz, en *Los verdaderos pensadores de nuestro tiempo*, Seix Barral, Barcelona, 1992.

Ve en el modernismo el cese del reflejo español y el viraje hacia París. Porque —es cierto— los modernistas, como toda la historiografía del liberalismo hispanoamericano, buscaron su *identidad* en el presente, negando ambos pasados, el prehispánico y el colonial al querer fundar una nacionalidad. Los primeros escritores hispanoamericanos que tuvieron conciencia de sí mismos y de su singularidad histórica fueron una generación de desterrados, habría de decir. Paz, pensamos, no ahonda en esa herida: apenas la deja abierta. Su trabajo sobre Sor Juana apunta en estos términos, fija una poética femenina novohispana, la constriñe y sitúa.

Ahí es, ciertamente, donde la historicidad del discurso literario de Paz no puede penetrar: la literatura responde —aun negándola— a una realidad histórica. Esa contradicción no



puede, nuevamente, imputársele sin pensar en que es propia de la literatura hispanoamericana, cuyo “desarraigo no es accidental: es la consecuencia de nuestra historia: el haber sido fundados como una idea de Europa”.

La palabra clave, creo, es ‘tradición’ como búsqueda, como invento, como quería Eliot: la obra, respuesta a la de un predecesor, “un contemporáneo o un imaginario descendiente”. Paz dice soñar —a veces— con una historia de la literatura hispanoamericana que contara el enorme periplo —clandestino— de unos “cuantos espíritus en el espacio móvil del lenguaje”.

Otra vez el pensamiento crítico moviéndose en ejes duales: singularidad *versus* universalidad. Inmanencia *versus* apertura. Otra vez no hay una respuesta que eluda tal paradoja. Afirma que, por ejemplo, la *singularidad americana* de Sor Juana o de Juan Ruiz no son invisibles, pero que tales diferencias no los separan de la literatura española de los siglos de oro. Y continúa: “A fines del

siglo pasado, fecundada por la poesía simbolista francesa, nace al fin la poesía hispanoamericana. Con ella y por ella, un poco más tarde, nacen el cuento y la novela." Atrás de esta generalización se oculta una verdad que niega la universalidad: "Hoy nadie niega la existencia de una literatura hispanoamericana, dueña de rasgos propios, distinta de la española."<sup>9</sup> Por ello Octavio Paz se pregunta por el momento en que empezó la excentricidad latinoamericana. *El presente es perpetuo*, habría dicho poéticamente. Somos —dice— la tercera literatura occidental no europea. ¿Somos?, volvería la pregunta, heriría la falta de respuesta.

El eje de la reflexión filosófica sobre la poesía —disperso en varios libros y cientos de artículos— es una vertiente mayor de la pasión creadora y crítica de Octavio Paz. *El arco y la lira*, de 1956, es su piedra angular. Evanesciente realidad lo azul poético a la que ha querido cercar —situar y sitiar— a través de una distinción entre poesía y poema —a la manera de la enunciación y el enunciado en Benveniste—. Abordar la complejidad de su pensamiento en unas líneas es imposible. Tomaré el apéndice del libro *Poesía, sociedad, Estado*, que continúa nuestras reflexiones sobre el problema histórico y su interpretación en la filantropía del ogro. "Toda creación humana es fruto de un acto voluntario y libre. Y aun podría decirse: es la libertad misma, vertiéndose, expresándose en un acto irreplicable e irrevocable."<sup>10</sup> Pienso en Roland Barthes cuando en su citado ensayo "Literatura o historia", de *Sobre Racine*, opinaba que la especificidad de la literatura contradice en ese sentido a la historia; la obra es, paradójicamente, y al mismo tiempo, signo de una historia y resistencia a ella.

Hacen falta para estudiarla dos disciplinas diferentes, tanto de objeto como de método; en el primer caso su objeto es la institución literaria, el método es el método histórico en sus más recientes desarrollos, en el segundo caso el objeto es la creación literaria y el método es la investigación psicológica.<sup>11</sup>

La historia, por ende, no nos dirá nunca qué pasa por la mente de un escritor cuando escribe. En *El ogro filantrópico* mencionaba: "La palabra del escritor tiene fuerza porque brota de una situación de no-fuerza. No habla desde el Palacio Nacional, la tribuna popular o las oficinas del Comité Central: habla desde su cuarto."<sup>12</sup> No puede hablar en nombre de nada porque duda de su propia existencia. La literatura comienza, dice Paz, cuando el escritor se pregunta quién es el que habla cuando hablo. Más aún:

El poeta y el novelista proyectan esa duda sobre el lenguaje y por eso la creación literaria es simultáneamente crítica del lenguaje y crítica de la misma literatura. La poesía es revelación porque es crítica: abre, descubre, pone a la vista lo escondido. Curiosa libertad, sin embargo, la del poeta. Ya que si bien el político o el filó-

sofo escogen sus palabras, el poeta las reconoce. Cuando un poeta se encuentra con su palabra, la reconoce: ya estaba en él. Y él ya estaba en ella... La creación consiste en sacar a luz ciertas palabras inseparables de nuestro ser. Ésas y no otras. El poema está hecho de palabras necesarias e insustituibles.<sup>13</sup>

La poesía, nos ha dicho Paz, es revelación. *A veces la poesía es el vértigo de los cuerpos y el vértigo de la dicha y el vértigo de la muerte*. Volvamos a insistir: la voluntad poética de Paz explica su reflexión crítica y esta última tiene un correlato preciso en cada uno de sus poemas.

No podemos aquí hablar de los múltiples ensayos sobre el arte occidental o sobre eros y el Oriente. Ni apuntar sus trazos de palabras sobre los pinceles en la crítica de artes plásticas: privilegios de la vista: casa de la mirada, por mencionar otros de los temas/obsesiones de Paz. No he pretendido una hagiografía; simplemente he mostrado varios caminos abiertos para acercarse a la obra de Octavio Paz: hoy podemos —debemos— empezar a frecuentarlo y comenzar a ser los lectores que sus libros merecen.

"No sé si la crítica sirva al juicio o a la imaginación —duda Paz—. Tal vez englobe a los dos... La crítica es creadora, pero a condición de que esté al servicio del texto que examina."<sup>14</sup> Xavier Villaurrutia ha sido una constante en la obra paciana —figura moral y antimodelo—. Por ello nos gustaría terminar pensando que lo que el poeta de los nocturnos ha afirmado de la crítica es aplicable al poeta de los saucos de cristal y los chopos de agua:

Desde muy temprano la crítica ejerció en mí una atracción profunda. Confieso que apuraba los libros de crítica con la avidez con la que otros espíritus menos tiernos apuran novelas y libros de aventuras. ¡Nadie pasa impunemente bajo las palmeras de la crítica! Mi castigo, castigo delicioso, no se hizo esperar. El tierno lector de obras de crítica se convirtió, a su vez, en crítico. Más tarde he descubierto que poner en claro los puntos de un texto, intentar destacar las líneas de un movimiento literario y encontrar relaciones y correspondencias en el espacio y en el tiempo, entre las obras y los hombres, son también pretextos para iluminar, destacar, relacionar, poner a prueba las dimensiones, las cualidades o la falta de cualidades propias... De ahí que, del mismo modo que de la novela se ha dicho que es un género autobiográfico, ahora me parezca razonable pensar que la crítica es siempre una forma de autocrítica.<sup>15</sup>

Paz se autoinmola en la pasión imaginaria de la crítica: espejo de mutaciones, puente de vértigos. Asegurar la autonomía literaria y englobar lo hispanoamericano con lo universal son sus frecuentes recursos ideológicos para sostener el discurso de la ciudad internacionalizada, cuya única salvación es el mercado y, como en Reyes, la democracia. ♦

<sup>9</sup> Octavio Paz, *Obras completas*, vol. 3, p. 29.

<sup>10</sup> Octavio Paz, *Obras completas*, vol. 1, p. 277.

<sup>11</sup> Roland Barthes, *Sobre Racine*, Siglo XXI, México, 1963, p. 21.

<sup>12</sup> Octavio Paz, *Obras completas*, vol. 1, p. 277.

<sup>13</sup> *Idem*.

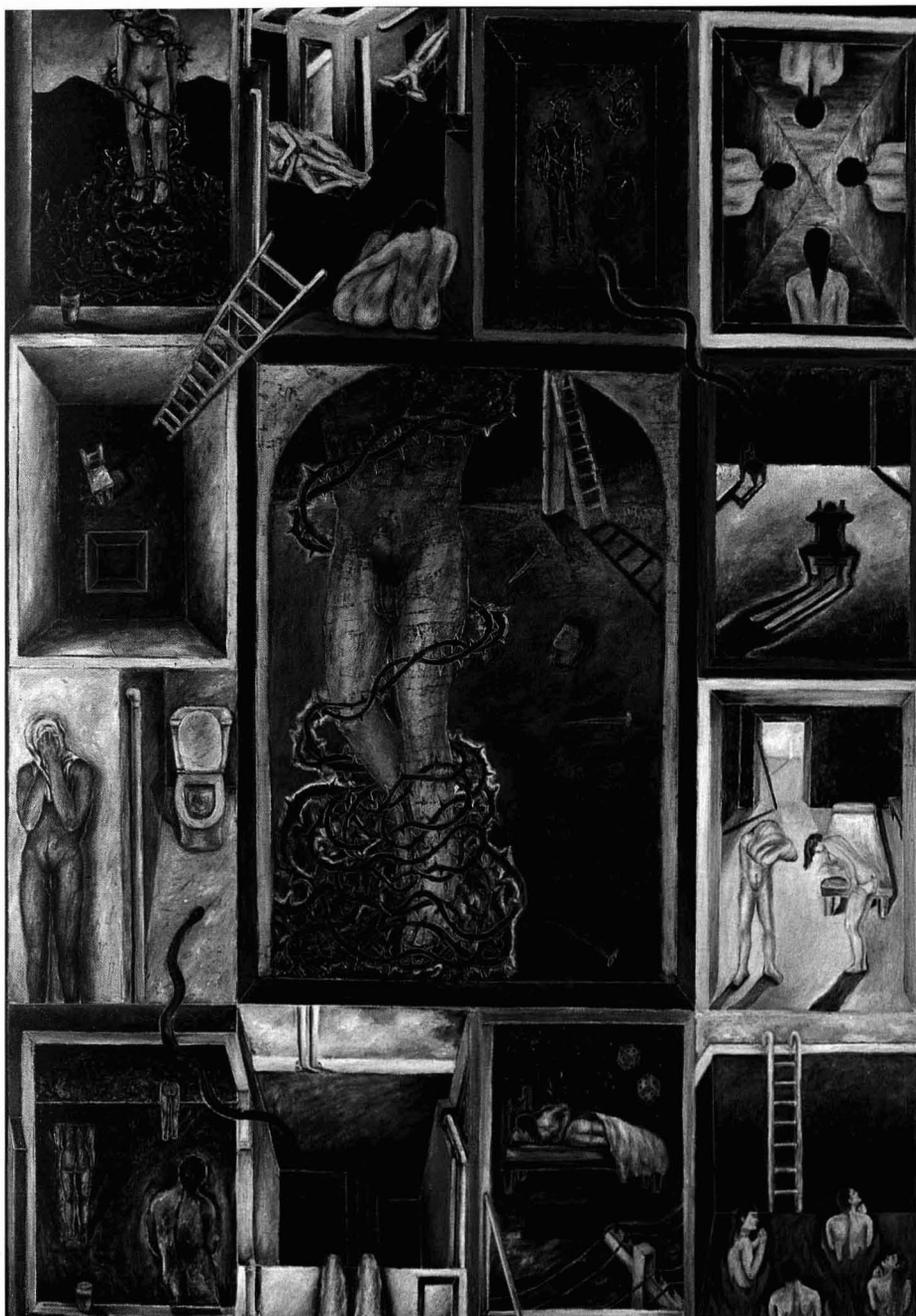
<sup>14</sup> Octavio Paz, "Literatura y crítica", en *Obras completas*, vol. 3, p. 58.

<sup>15</sup> Xavier Villaurrutia, *Obras*, FCE, 1966, p. 639.

# Laura Quintanilla y sus historias terminales



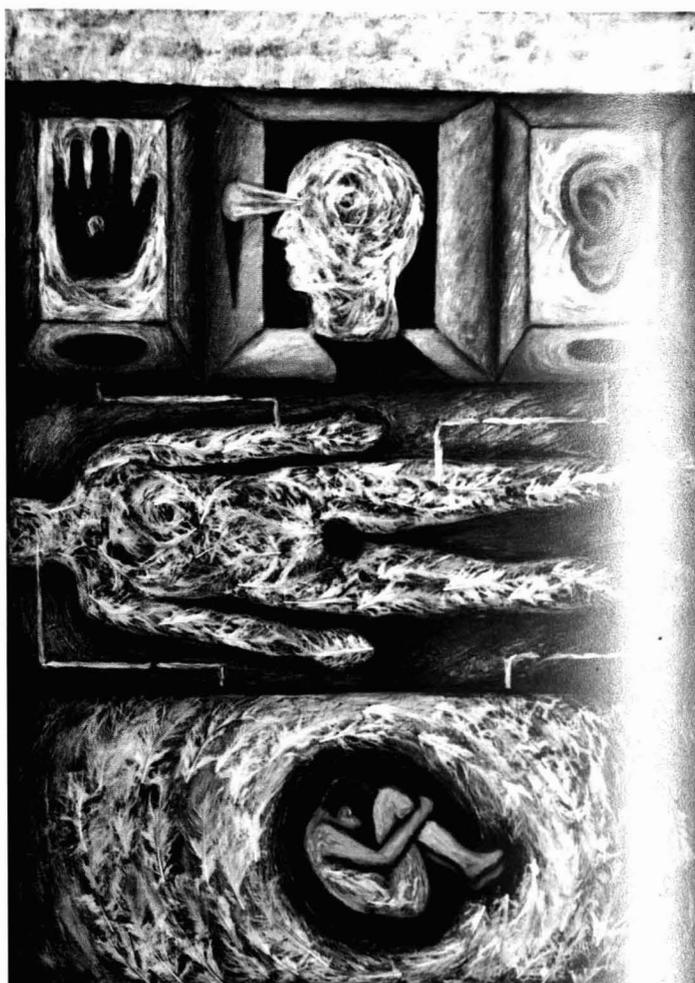
LUIS CARLOS EMERICH



*Historias terminales*, 1995, encausto/tela, 200 × 140 cm

En 1995 Laura Quintanilla (México, D. F., 1960) pintó un cuadro para una exposición colectiva que formó parte del conjunto de actividades, organizado por el grupo Cien Artistas Contra el Sida, que desplegó un panorama de las múltiples disciplinas artísticas que han acometido en México la expresión y/o la reflexión sobre las repercusiones de este síndrome.

Tal vez por la urgencia de dar una respuesta personal o de aclarar sus propias interrogantes sobre un problema mundial de salud, que vino a revelar el oscurantismo subyacente en el progreso material actual, esa pintura de Laura Quintanilla, titulada *Historias terminales*, constituyó un compendio iconográfico y una decantación de las constantes temáticas y formales de toda su obra hasta entonces. Desde el inicio de su carrera, situable en 1987 por su participación en *Figura a figura*, en el Museo de Arte Moderno, exposición memorable aún por haber anunciado el surgimiento de un vigoroso figurativismo mexicano cuya maduración constatamos hoy, Quintanilla mostró su inclinación por el tema de la impotencia humana ante los amagos de la desertificación total de la especie y por otra parte, su contribución



*Fragmentos de vida*, 1996, técnica mixta/tela 60 x 40 cm

*Vértigo*, 1990, técnica mixta/papel, 160 x 180 cm



activa a la diversificación de los medios expresivos (de la pintura hacia la escultura, al arte-objeto y a la instalación), a fin de emprender desde todos los ángulos las posibilidades de su conceptualización y su proyección artística.

*Historias terminales* tiene la estructura de un retablo barroco, cuya imagen central —la figura de un joven desnudo herido por espinas, a cuyas espaldas se encuentra un paisaje que recuerda los símbolos de la pasión de Cristo— está rodeada por doce recuadros que, como pasajes de un martirologio o como casillas de un juego de mesa, están interconectados por serpientes y escaleras, formando secuencias de ascenso o descenso de una condición precaria inicial hacia su desenlace probable. Las imágenes de las casillas constituyen austeros cuartos apenas iluminados o altamente contrastados a la manera tenebrista, encuadrados desde diversos ángulos, como maquetas escenográficas, para atisbar la actividad íntima de sus moradores. Casillas como habitaciones de una casa u hotel o vecindad e, incluso, como celdas monacales o carcelarias donde la figura masculina yace solitaria conducen a casillas donde se dispone a ayuntarse o de hecho se ayunta con una mujer. Y viceversa: el juego pone trampas para hacer retroceder la acción: una vez consumado el acto sexual, el hombre y la mujer pueden regresar a su soledad inicial.

La figura femenina es personaje “de cuadro”, tal vez un comodín de la baraja erótica, cuya función es contextualizar genéricamente al protagonista. Cualesquiera que sean el orden del juego y el número de jugadores, todo concluirá en el descenso al purgatorio irónicamente interpretado como una alberca de fuego. O bien, todo

queda como está: éste es un colectivo gravitando erótica-mente aunque de manera ale-  
targada alrededor de una im-  
gen de la tortura.

*Historias terminales* pue-  
de verse como un políptico o  
tablero o “mosaico” figurado  
donde Quintanilla reunió ba-  
jo una nueva trama personajes  
y situaciones de su obra an-  
terior. En este cuadro, la indo-  
lente pareja dentro de una casa  
tan abandonada como su vo-  
luntad vincular enfrenta una  
amenaza externa, pero laten-  
te de algún modo en su horror  
interno, exacerbada por la in-  
clusión de elementos que ma-  
nifiestan una condena mor-  
ral. Si en su obra anterior la  
ausencia de referentes religio-  
sos redundaba en la expresión  
lacónica de la condición exis-  
tencial (sartreana, en cierto  
modo) de los personajes y de  
sus entornos como reflejos  
de su interioridad, ahora la  
alegorización de los estragos  
causados por el sida equivale  
a un condicionamiento real  
que evidencia un nihilismo  
antes sugerido sólo por su po-  
tencial poético. La pareja co-  
mo una fusión de soledades  
en un ambiente tan distor-  
sionado como los conceptos

*Moradores*,  
1992,  
encausto, óleo y  
chapopote/tela,  
170 x 140 cm





Esculturas tamaño natural de la serie *Gestación*, 1994, encausto y chapopote/yeso

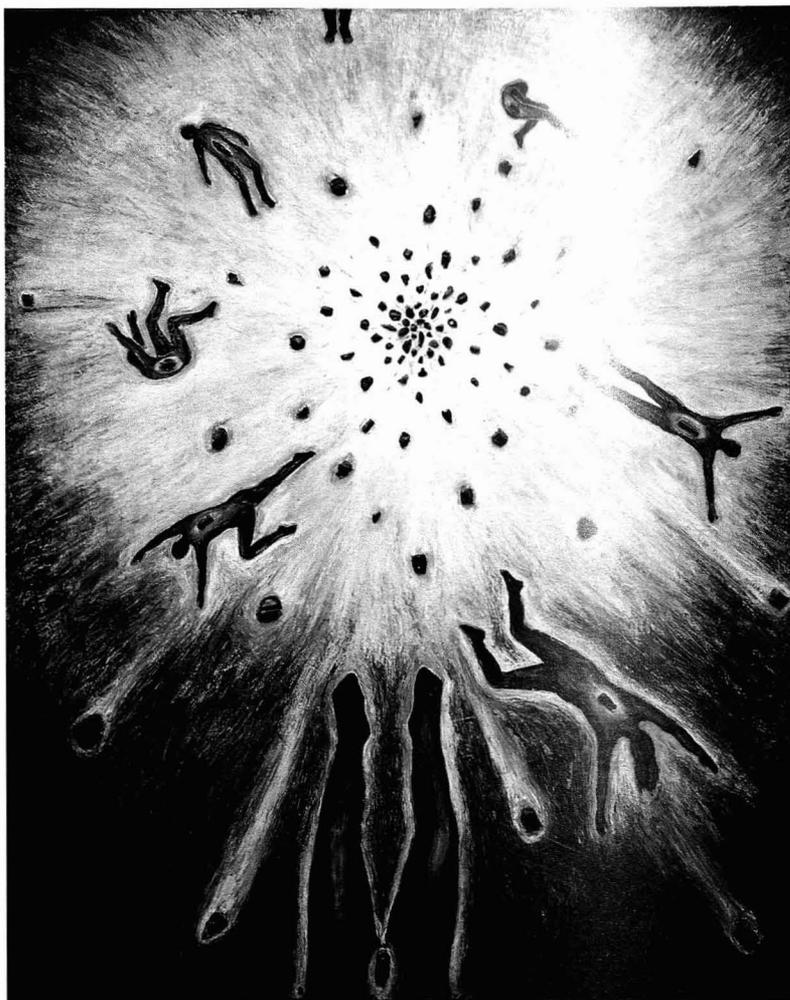
de amor, sexualidad y convivencia cae al último abismo. El hombre y la mujer han dejado de ser una transición hacia el mejoramiento del mundo, para convertirse en la única medida de las cosas a punto de perderse irremisiblemente.

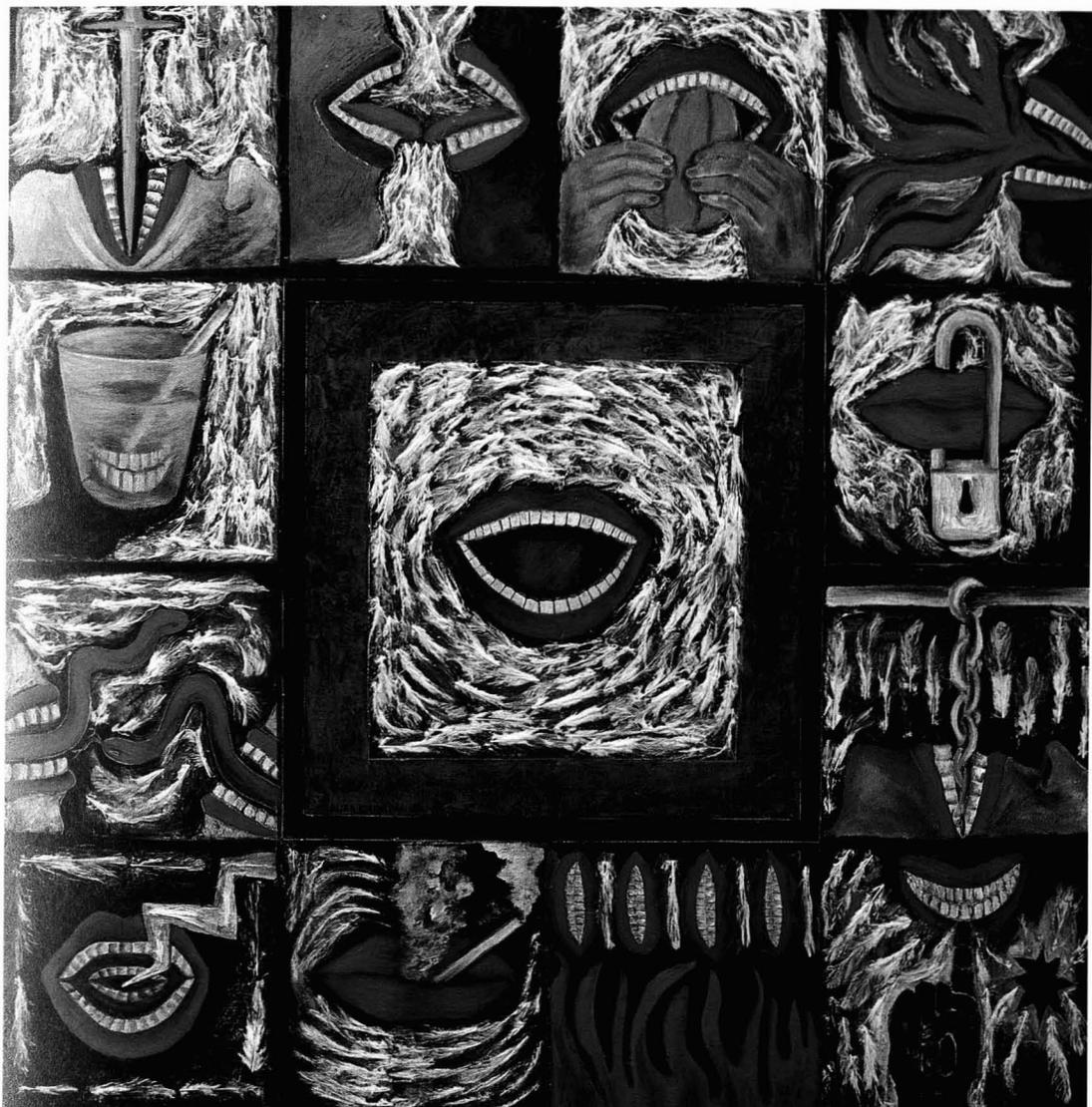
*Historias terminales* representa un punto culminante de una dilatada pero precisa evolución de un modo de figuración que dejó atrás los cánones académicos para adentrarse en un campo simbólico, en cierto modo afín al de la pintura metafísica italiana (De Chirico y Morandi, sobre todo) y al de las "visiones" del arquitecto veneciano Piranesi (1720-1778) y sus cárceles imaginarias, pero dentro de la tendencia actual a la reactivación de lo fantástico, ya sea por insuficiencia de lo real para revelar el predominio de lo irracional, o bien, por mudar de su contexto original lo real y comprobable para provocar un extrañamiento de su contenido a ultranza, que a veces toca lo fantástico.

Esta suerte de suma personal de miradas retrospectivas hacia la historia del arte occidental en busca de un común denominador de determinadas afinidades creativas entre épocas, ideologías y estilos distantes unos de otros, no sólo caracteriza a gran parte del arte mexicano joven actual (que tiene un insoslayable antecedente en la generación de pintores denominada 1920-1940), sino al arte mundial que se ha significado, desde los años ochentas, por la irrestricta libertad de mezclar las más diversas fuentes formales, a fin de proyectar nuevas luces sobre viejas fórmulas, como si la incertidumbre pudiera convertir la sabiduría del pasado en un ariete para abatir las puertas entre el presente y el futuro. Quintanilla se ha imbuido profundamente de ese clima; su obra aún recursos pictóricos, aparecidos a lo largo de la historia del arte, y con los que muestra afinidad, que crearon la ilusión de extrañamiento al tornar insólito lo perfectamente ordinario.

Centrada en la figura humana casi siempre desnuda y yacente en un ámbito doméstico, Quintanilla explora situaciones reconocibles pero des-

*El origen II*,  
1996,  
técnica  
mixta/papel  
120 x 100 cm





*El juego de los  
sentidos (boca),  
1996,  
técnica mixta/tela  
100 x 100 cm*

compuestas hasta tocar sus sustratos fantásticos. El extrañamiento de una lógica anímica contundente para sus seres, también obra para el ámbito que habitan, el cual no llega a lo absurdo puesto que al menos se conservan algunos elementos que a manera de referencia permiten “extrañar” todo lo demás. La desolación extrema de las figuras sugiere que están abstraídas en monólogos interiores en compañía y dentro de una caja que replica y magnifica virtualmente sus resonancias existenciales. El escenario propicia el letargo, aun cuando los personajes se acompañen e incluso estén unidos corporalmente. La casa de todos y de nadie está poseída. Como actores, sus moradores son “dirigidos” por fuerzas superiores, es decir, como si las pulsiones eróticas y tánaticas se confundieran con mandatos supremos y su obediencia ciega condujera del drama hacia la nada. Toda acción, por intensa que sea, concluye en la indiferencia absoluta, como la de un postcoito desencantado.

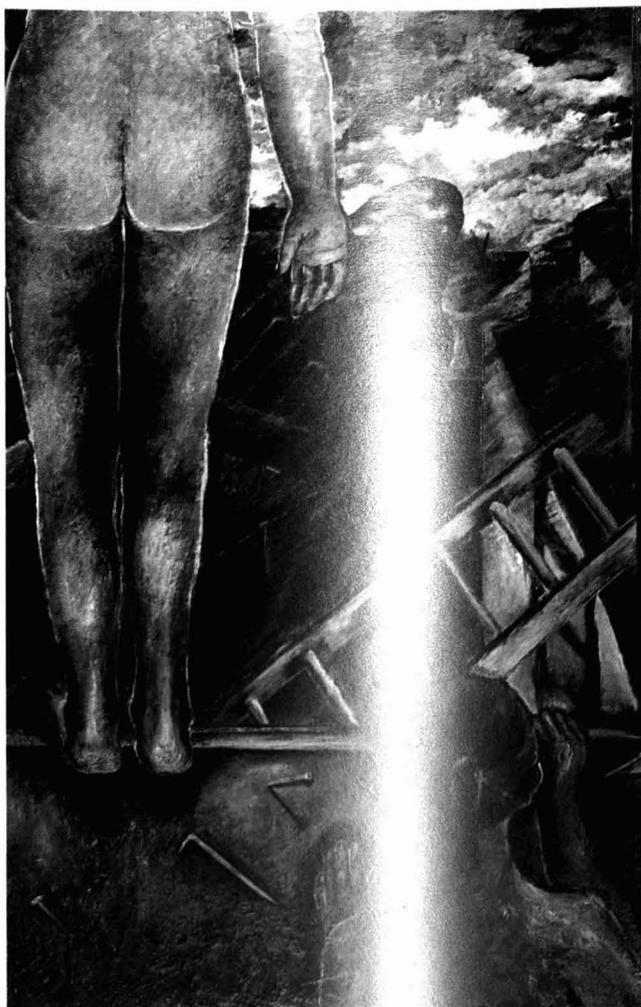
Pese a las referencias religiosas en este cuadro (ciertamente ineludibles por constituir la mitología —que puede relacionarse con muchos aspectos de la realidad— mejor arraigada en la idiosincrasia mexicana, cuya capacidad condenatoria ha contribuido al desenfoque y al agravamiento del problema del síndrome), su intención lúdica implica lo moral como una tradición patética, para adentrarse en lo particular existencial extrapolado a un estado general de cosas igualmente trágico. Esta alegoría de un mal específico es un doloroso pretexto para revelar que ante el fatal condicionamiento de Eros, sólo queda el nihilismo, ya que el amor erótico era el último refugio ante la catástrofe, si no es que ante el holocausto anunciado por los conflictos globales en este fin de milenio.

En *Historias terminales* el acto sexual es una metáfora: trance de placer y de muerte, indistintamente; prueba definitiva de la soledad humana o, en fin, fugaz instante de introspección autodefinitoria precipitada por un mal que ha segado y sigue segando vidas en plenitud. Sin embargo, la fusión de Eros y Tánatos era ya la premisa por excelencia de la obra de Quintanilla. Dentro del clima de desolación privativo de su obra, el tema del sida constituye un detenimiento específico en uno de tantos signos de amenaza tratados previamente. Pesimista,

drástica y con situaciones irreversibles como la descertificación del humanismo, *Historias terminales* semeja una trayectoria lúdica demorada del tiro de gracia a la humanidad, condenada a su extinción por otras causas igualmente poderosas.

El tratamiento formal en la obra pictórica de Quintanilla parte de un planteo basado originalmente en el dibujo que evolucionó al esgrafiado sobre gruesos empastes casi monocromáticos, que confiere a las figuras el mismo peso visual que a toda la superficie del cuadro. Matizadas como un resalto o como un accidente material significativo, sugieren que seres y cosas están hechos de la misma materia. Una densa costra de sienas y sepias oxidados, agrisados o ennegrecidos como recubrimientos de viejos muros a merced de la intemperie, da al esgrafiado calidades de *graffiti*, o sea, de "pintas" callejeras, y por tanto, de reclamo (inconsciente) colectivo, anónimo. En algunas pinturas, el trazo de aristas de pisos, muros y techos, con la adulteración ostensible de la perspectiva clásica, les imparte un dinamismo casi cubista. En otras, descuadrados los elementos arquitectónicos a la manera expresionista, la ingravidez "enrarece" el espacio. Por ello, seres y enseres domésticos pueden flotar, fragmentarse y extraviarse. Los planos geométricos "fugados" arbitrariamente son piezas inembonables de un rompecabezas que dejan vacíos abismales entre sí. Los empastes (que pueden ser de chapopote, óleo o encáustica, o una combinación equilibrada de todos) cubren por completo la superficie del cuadro, sobre un fondeado preliminar de colores cálidos, casi siempre amarillos, que surgen de nuevo a la luz al ser incidido el empasté a manera de contornos, siluetas y rasgos de figuras.

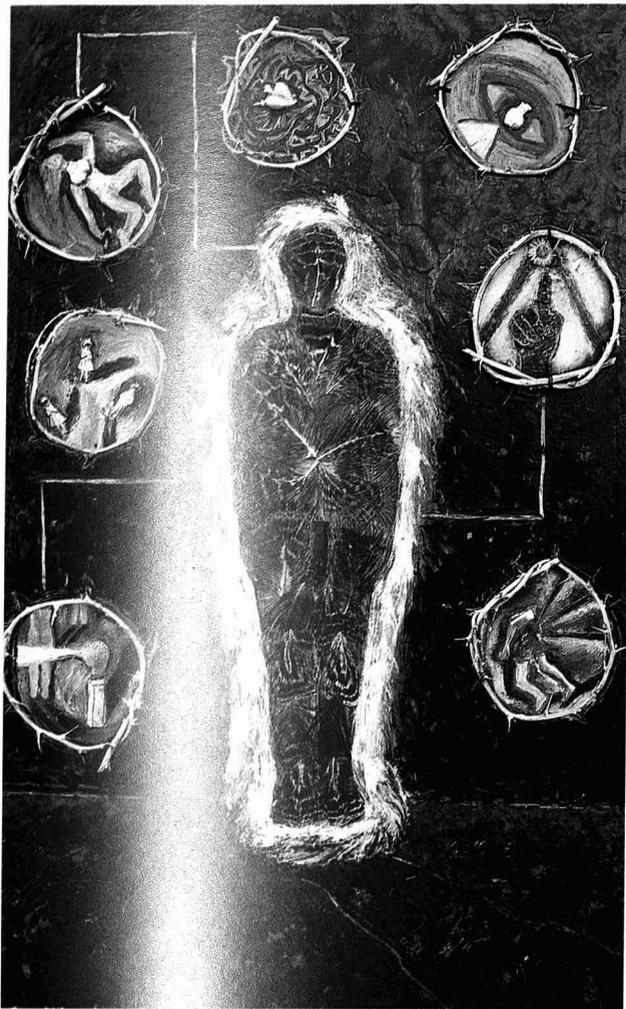
En 1994, esa sensación de desastre íntimo revertiría y diversificaría el sentido de su proyección. Por una parte, la casa "metafísica"



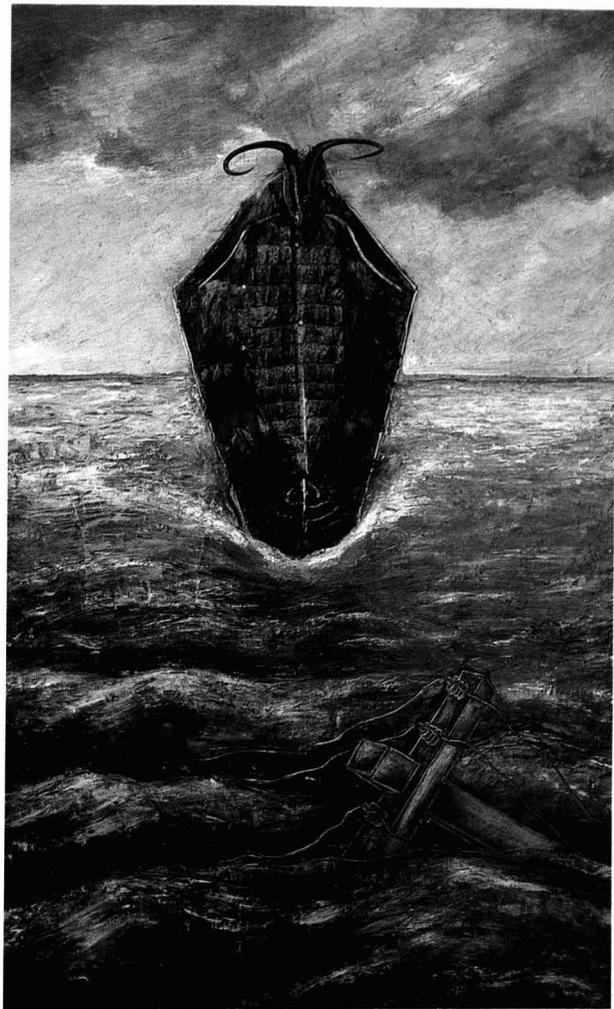
*Dos voluntades*,  
1993,  
encausto y  
chapopote/  
madera,  
120 x 80 cm



Cuatro piezas  
de la serie  
*Errantes*,  
1994,  
técnica mixta/  
madera,  
200 x 60 cm c/u



**Izquierda:**  
*Ente*, 1996,  
 plumas,  
 espinas y  
 encausto/  
 madera,  
 60 × 40 cm



**Derecha:**  
*Siniestro*,  
 1996,  
 técnica mixta/  
 madera,  
 60 × 40 cm

de la humanidad imaginada por Quintanilla cobró tal autonomía expresiva en su pintura que pasó a ser motivo único y total. Deshabitada, se tornó bodegón en ruinas. Carente de apoyos anecdóticos y sin medida humana, sus muros, pisos, techos, puertas y ventanas devinieron piezas sueltas de un continente descompuesto y abandonado, probable metáfora del humanismo. La distorsión y el ensamblaje arbitrario de los elementos compositivos establecieron una dinámica sin puntos focales ni horizonte, como la perspectiva del mundo actual. Por otra parte, al tratar en su pintura el reflejo de la catástrofe global en lento pero seguro avance, Quintanilla tenía la posibilidad de referir a la virtualidad un drama interno, y por ello tener la opción de trascender a lo poético. Al revertir el proceso para abordar la situación de conflicto que, como diría el crítico italiano Gillo Dorfles, “está en el aire” de nuestro tiempo, Quintanilla recurrió a la escultura, con el propósito de objetivar la violencia externa recreando en el espacio real la atmósfera de exterminio.

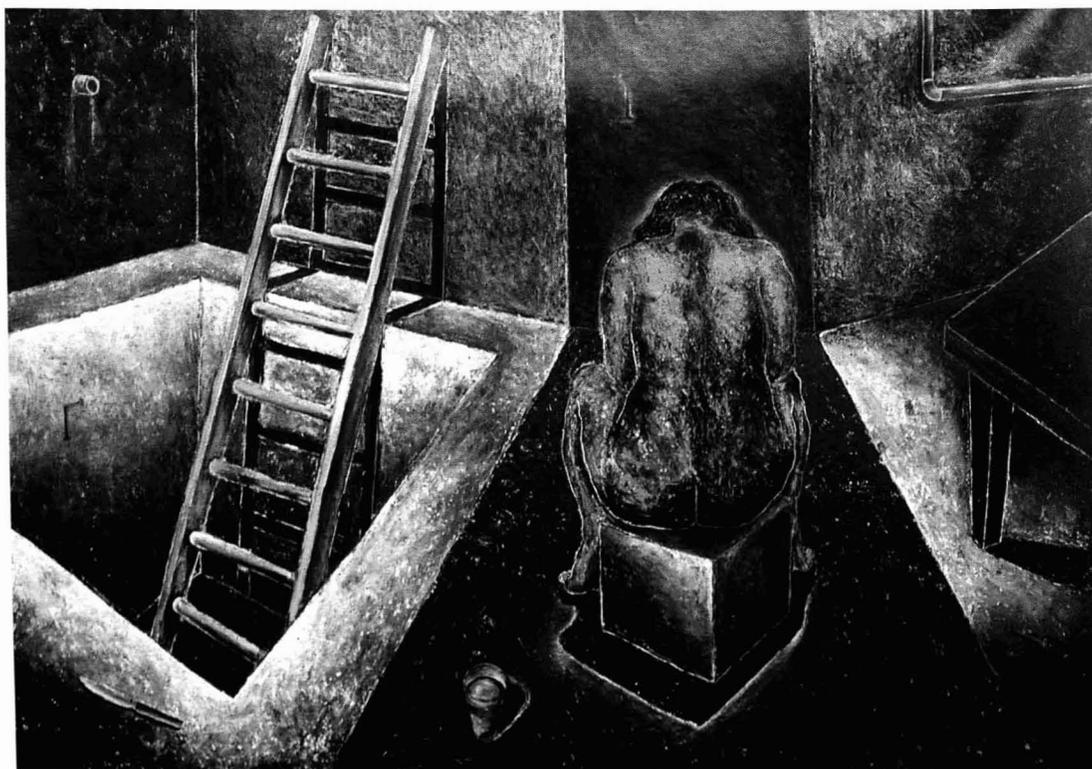
Su obra escultórica, emprendida desde los años ochentas, que consistía en pequeñas piezas (torsos, caras y pies como vestigios de la fragmentación humana), en su instalación titulada *Gestación* (que formó parte de su exposición individual en el Museo de Monterrey, 1994), mostró su interés por la problemática actual de los lenguajes plásticos. Más allá de la escultura representativa y de la búsqueda de la belleza a ultranza en el drama expresado a través de la figura humana, *Gestación* se sustentó en un concepto *instalacionista*, por medio del cual las figuras (modeladas a base de vendas con yeso que cubren por completo los cuerpos desnudos de personajes en posiciones extremas) representaban un “cuerpo” colectivo, la humanidad, víctima del aparato destructor descomunal que es la humanidad. Agazapadas o estremecidas por el dolor, las figuras de *Gestación*, yaciendo o precipitándose sobre un suelo “carbonizado”, eran cuerpos calcinados cuya gracia no pereció del todo. Quintanilla no aludió con esta instalación escultórica a un hecho histórico específico, sino a uno probable —que será total, por supuesto—, basada en la información “bombardeada” día a día por los *mass media* sobre el establecimiento real de las condiciones mundiales para que esto ocurra. No se trata sólo de la última guerra mundial, sino de la destructividad natural del hombre en contra del hombre. Sin embargo, pese a su carácter predictivo, holocáustico, el título de la obra se refiere ambiguamente a la gestación, como si el final y el principio fueran a tocarse.

Confrontada con esta instalación, la pintura de Laura Quintanilla bien podría verse como la particularización del origen de esta amenaza, o sea, como la conformación del germen del horror sembrado en el terreno de la domesticidad, específicamente en la estructura interna de la pareja humana joven. Y, por supuesto, también como lo contrario: el agazapamiento de la pareja ante un mundo sin esperanzas y el hogar convertido en una cárcel por los propios prisioneros. Ataque y defensa son partes de una misma naturaleza, como lo es el erotismo. Si de tal visión trágica se desprende un fuerte hálito erótico quizás se debe a que éste se produce y ejerce tan oscura e intensamente como la angustia. Para este pesimismo implícito y explícito en la obra de Quintanilla existen todos los justificantes obvios, pero también la urgencia de asimilar su poética de la negrura como un modo de sensibilización oportuna.

Sin embargo, como en muchas propuestas plásticas de jóvenes creadores surgidos a raíz de la declaración del final de las vanguardias artísticas, tal pesimismo bien pudiera deberse a una asunción consciente, por identificación, no sólo de la desesperanza imperante en el arte actual de que éste pueda ser la última provocación creativa, sino de la imposibilidad de crear algo nuevo cuando todo, en el arte, se considera consumado y destruido. Igual que su misma generación (dentro de la cual deben mencionarse por sus logros Mónica Castillo, Mario Rangel Faz, Diego Toledo, Renato González, Rubén Rosas, Estrella Carmona, Mario Núñez, entre otros artistas de la desolación), Quintanilla trabaja con ruinas y, como tales, con enigmas ancestrales cuya sola sugerencia establece un tono poético como estímulo para su lectura conceptual. ◆



*Deshora*,  
1994,  
encausto,  
chapopote y  
polvo de mármol/  
tela,  
170 x 140 cm



*Espera*,  
1994,  
encausto y  
chapopote/tela,  
140 x 200 cm

# Reflexiones acerca de la historia

## De las prioridades de la labor histórica



ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

**N**o es tarea fácil para un historiador señalar ni fijar las prioridades que su disciplina necesita establecer para cultivarse, para cumplir las finalidades inherentes a ella y ser más útil y provechosa para la sociedad.

Por otra parte, entiendo que no se trata de elaborar simples catálogos cuantitativos o listas donde jerarquicemos nuestras carencias y señalemos con guarismos la importancia de tales o cuales elementos requeridos por el estudio de la historia.

Porque, hay que advertirlo, este estudio de la acción humana es uno de los que más adictos posee. No sólo se ocupan de él los especialistas, verdaderos historiadores, hombres de gusto, de espíritu preciso y esclarecido, y también los eruditos, los que acumulan con o sin suficiente reflexión abundantísimos datos sobre todo lo acaecido, sino también los ociosos, aquellos que invierten su tiempo en relatar vidas y acontecimientos de acuerdo con su singular aplicación y simpatía.

Y esta labor —inmenso campo— ofrece tantas posibilidades de cultivo que cualquiera puede meter la mano en ella, pues todo aspecto del pasado humano es objeto de su interés. No hay acontecimiento de orden público que no pueda dar origen a una investigación más o menos erudita. En todo momento y en todo lugar, las situaciones políticas, sociales, económicas y morales, las relaciones entre los individuos y los grupos, todos los modos de actividad y todos los tipos de relación, sin contar las innumerables inferencias entre esos fenómenos, esto es, la multitud de vidas y la enorme extensión de lazos humanos, todo ello está abierto a la obra de los que se ocupan de la historia. No hay un solo momento de la vida humana, un sitio en el cual ella haya transcurrido, uno de los incontables actos de la misma, que no pueda ser objeto de estudio de los historiadores. Aun los personajes más humildes tienden a ser biografiados y los más oscuros lugarejos encuentran su particular cronista, pese a que esas vidas y villorrios, por insuficiencia de quienes los estudian y escriben sobre ellos, no muestren relación alguna con el desarrollo de una sociedad más amplia, con fuerzas de muy diverso tipo que, quiérase o no, influyen en su existencia.

Sobre todos esos temas, miles de escritos se han redactado y es posible formar con ellos una inmensa bibliografía, buena parte de la cual mostraría asuntos no sólo raros y curiosos, sino totalmente inútiles. Porque, hay que decirlo, antes de la invención de la imprenta y después de ello, la literatura histórica ha producido montañas tan altas como nuestros volcanes, y esa literatura histórica es la que la ciencia explota, la que el historiador explora, la que el erudito excava buscando hallazgos sensacionales y la que el aficionado rasca, contentándose con las migajas que aquéllos dejan.

Creo que el sentido de este escrito apunta ante todo a reflexionar acerca de la importancia que el cultivo de nuestras disciplinas reviste en nuestro país, la trascendencia del mismo, su influencia en la formación de nuestra sociedad, de nuestra mentalidad; su significado como vehículo de cohesión de los mexicanos, como aglutinante de los anhelos de un pueblo y forjador de la conciencia nacional.

Para adelantar en estos pensamientos es necesario precisar algunos conceptos, fijar nuestro punto de partida.

Primero conviene definir cuál es el significado que le damos a la historia, sin necesidad de enunciar las numerosas acepciones que se le han asignado. Apoyados en los cimeros representantes de la historiografía europea, principalmente en Marc Bloch, Lucien Febvre, Marcel Bataillon, Gastón Roupnel, Wilhelm Dilthey, Marrou, Davenson, Duhamel, Peguy, Ortega y otros, creemos que la historia es la ciencia formulada artísticamente que se ocupa de estudiar la actividad íntegra del hombre: material, espiritual e intelectual, no sólo en su pasado, sino en el presente, en tanto éste es reflejo del pasado y consecuencia del mismo, y a su vez condicionador del mañana, que es el resultado del pretérito y del presente.

La historia es para nosotros el legado que generaciones infinitas de hombres nos han dejado y que, quiérase o no, actúan sobre nuestro presente. Éste puede modificar el futuro, pero no el pasado. Esa herencia afecta tanto al hombre en lo individual como a la sociedad en general. Uno y otra son el producto de la acción a

la vez particular y colectiva, y tanto los hombres considerados individualmente como las vastas agrupaciones humanas legan a los seres del mañana una obra que toca a éstos mejorar o empeorar, tornarla positiva, convertirla en medio de superación física y moral, en una posibilidad de engrandecimiento espiritual, de bienestar económico, de perfeccionamiento institucional y político, o cimiento de su decadencia y extinción.

En suma, la historia es la experiencia social acumulada de generación en generación y controlada sin cesar por nuevos actos, verificada por pruebas nuevas. De ella, de la historia, nosotros aprendemos a ser la *sociedad humana*. La historia, colocada entre las ciencias sociales, toma de éstas cuanto representa su disciplina y seguridad; de la ciencia se deriva el control que ejerce en la vida espiritual, de ella adopta sus métodos, su probidad, su independencia y exactitud. Todos estamos de acuerdo en que, al adoptar las disciplinas de la ciencia tiene la gracia del arte y representa en definitiva —como asevera Gastón Roupnel— la vieja y total experiencia de los hombres, el genio social de los seres humanos y, a la vez, la directriz de las colectividades.

Como ciencia, la historia constituye una forma particular de nuestra actividad mental pero, a la vez, por constituir una visión lanzada sobre la existencia humana colectiva obtiene esa perspectiva mediante un acto de nuestro espíritu. Somos nosotros, los hombres, quienes damos a la información venida de fuera la forma de nuestra lógica y de nuestra sensibilidad. Incorporamos en nuestras operaciones mentales la imagen inerte del pasado y la configuramos según las disposiciones de nuestro espíritu. La visión que nos aporta el campo del pasado es la visión de nosotros mismos acrecida por la amplitud de los grupos humanos. Juzgamos a los otros hombres por lo que somos. Nosotros somos quienes nos contemplamos en el lejano fondo que la perspectiva del tiempo ofrece. ¿Existe acaso un solo historiador que no se haya volcado en su obra y que no proyecte, sobre las impasibles imágenes del pasado, las turbadoras impresiones de su genio sensible? Por ello Michelet escribía en su *Historia de Francia*: “Mi vida está en ese libro, en él está.” Esto significa que en toda auténtica obra histórica existe una inevitable interacción del mundo humano con el espíritu que lo contempla.

En la tarea de escrutar el pasado, efectuada por el historiador, deben precisarse tres elementos primordiales: la simple narración de los hechos; las vigorosas y sólidas realidades que construyen la historia, esto es, los hechos estructurales, y principalmente los valores vivos, las fuerzas espirituales que coordinan y dirigen las energías sociales en ese movimiento continuo que transporta la vida a través de las edades, con un ritmo misterioso que posibilita la armonía entre la vida de la humanidad y la vida del mundo.

La historia, por otra parte, no es la yuxtaposición de las historias particulares, sino la coordinación de las mismas. La historia no retiene de las historias particulares sino lo que constituye la base de una potente memoria colectiva, lo que permite obtener una directriz de la vida social. Esta memoria laboriosa y organizada, esta actividad organizante de los recuerdos humanos, esenciales, es lo que constituye propiamente la historia. Esta ciencia de la humanidad en general, estudiada en su pasado, encarna, si no

toda la experiencia humana, por lo menos sí toda la experiencia que los hombres tienen de la vida colectiva.

La historia tiene también, como otras ciencias, un fin utilitario, y, si representa todo el conocimiento de la existencia en sociedad, nos permitirá organizar la experiencia social nueva. La historia busca conocer a la humanidad en general en lo que fue, para comprenderla en lo que es y para prever lo que será. El hombre social es eminentemente una criatura histórica y, aun cuando las colectividades tengan una mayor conciencia histórica que los individuos, cada vez que se piensa política y socialmente —y, podemos añadir, humanamente—, se piensa históricamente. Labramos el porvenir modelándolo en cierta medida en un pasado ya probado. La humanidad viviente no es una generación aislada, cortada como un trozo, sino el eslabón de la larga cadena de las generaciones. No podemos hacer el presente si no lo hacemos históricamente. Es la experiencia acumulada por las edades antiguas la que labra la vida nueva de los pueblos.

Por otra parte, debe aceptarse que nuestra visión del pasado se modifica por las impresiones que la actualidad nos produce. Ella es actuante, es experiencia general y sabiduría humana, es la animadora espiritual de los destinos.

Se vive solamente cuando se vive del conjunto en donde se reúnen a la vez tiempo y espacio, las vidas y los recuerdos, los vivos y los muertos. No se vive completamente si no es en la totalidad de lo humano, es decir, en posesión del pasado. Es sólo en esta posesión vivaz de la vida en general como se tienen derechos sobre el porvenir. Con las mismas luces con que se alumbró el pasado toman también relieve los valores de la actualidad y los testimonios de un próximo declinar o de un firme progreso. El pasado entrega el sentido que se transmite al presente y que orienta las vías del porvenir. Entre ese pasado formado por todo y ese porvenir preparado para todo, nuestro presente fugitivo no es sino el huidizo pasaje de la vida, venida de todos los tiempos y preparada por todos los tiempos, sobre la débil línea del amor y el dolor que separa y limita los dos mundos, el mundo de lo cumplido, de los hechos, y el mundo del destino.

El creador del pasado ha sido el espíritu, que es quien dirige el desarrollo, suscita los hechos y toma las decisiones. Fuera de algunas grandes perturbaciones públicas provocadas por cataclismos naturales, las acciones humanas están determinadas por una voluntad que ilumina un objeto y que tiene una intención. Los hechos históricos obedecen tanto a un llamado del porvenir cuanto a un recordatorio del pasado. Antes de ser pasado, la historia ha sido la vida, esto es, el presente sobre el cual el futuro ejercía sus solicitaciones. Los antiguos presentes son todos esos instantes atormentados a los cuales perseguía el llamado del porvenir. Es del porvenir de donde el pasado ha recibido sus determinaciones. La historia, podemos concluir así, es un tiempo pasado, pero también es un futuro pasado, y es también sobre todo un pasado humanizado por el hombre actual y también esencialmente es una lógica mediante la cual los acontecimientos aislados se buscan, encuentran y asocian, y los hechos distintos, reunidos en el juego de nuestro pensamiento actual, se ligan con fuerza. En donde este esfuerzo de coherencia constructiva



no se produce merced a tal labor de interpretación razonada, ahí no existe la historia

En la historia, la vida social y la vida política constituyen aspectos de un mismo movimiento. La aparición de grupos sociales es la que forma y da relieve a la historia política. La constitución de nuevos grupos interviene en el origen de todos los grandes acontecimientos. La historia señala sus desarrollos, y en ella se producen sus consecuencias. Las sociedades son obra de una evolución que las construye y a las cuales destruye una revolución. Son más estables y durables cuanto más lenta y más regular fue su elaboración. A menudo la lentitud de su formación y duración se origina por una resignación de los hombres, por la monótona facilidad del reposo, la lasitud que provoca la edad, la pereza de la historia. Las sociedades en las que surge esa lasitud terminan por oponer a las energías evolutivas la resistencia de las tradiciones, con lo cual sólo un estallido violento, una revolución, puede hacerlas cambiar.

Tales revoluciones son las que modifican, en ocasiones sustancialmente, a las sociedades, esto es, a la serie de valores, de afinidades ideológicas y de costumbres que forman las llamadas civilizaciones. Éstas son el producto de la historia y, aun cuando son frágiles e imperfectas las más de ellas, merecen nuestra comprensión y admiración. Tienen un sentido sublime e importante pues son como el estallido o madurez de una cultura, una afirmación de una escala de valores individuales y también un sentido humilde y positivo, una garantía de condiciones materiales de la vida, una facilidad y diversidad de la existencia cotidiana.

Nosotros somos los herederos de su historia y la obra de los siglos, sobre la cual pesan todas las contingencias del mundo y

a la cual el hombre no ha podido colaborar sino con la imperfección de su naturaleza y los límites de su genio.

Esa historia, la de una y otra civilizaciones, se ha escrito siempre a través del espíritu de los tiempos, pues todo conocimiento histórico es fruto de la perspectiva temporal del presente. Consecuentemente, quien hace historia, como afirma Dilthey, hace también interpretación de la historia. Véanse así las distintas interpretaciones del helenismo, la Edad Media, el Renacimiento, el protestantismo, la burguesía, etcétera, manifestadas a lo largo del tiempo. Cada época renueva la historia; no destruye las interpretaciones anteriores, sólo las enriquece y modifica. En realidad, como pensaba Hegel, gracias a estas nuevas interpretaciones cada época llega a un conocimiento de su propio contenido. No sólo el espíritu del tiempo, sino también la concepción del mundo individual con sus raíces metafísicas condicionan el comprender y por tanto relativizan todo conocimiento histórico. El comprender está guiado por una concepción del mundo, el investigador no puede sacudírsela. Esa concepción selecciona el material, escoge y rechaza. Además es responsable de las diversas interpretaciones de la historia. Unos ven la historia desde el mirador económico, otros desde el político, otros desde el antropológico, otros desde la idea, otros desde la lucha de clases. Así nacen los *ismos* que, como etiquetas, se cuelgan de la historia. En realidad esos *ismos* denuncian la relatividad del hombre.

La historia universal muestra cómo, una tras otra, potentes y antiguas civilizaciones han desaparecido, muchas de ellas sin dejar huellas. Otras heredaron a las que les siguieron en el tiempo y en el espacio preciosos elementos útiles para afirmarse y progresar. En la historia mexicana tenemos noticias de ellas en torno de una sucesión de horizontes donde surgieron sucesiva y simultáneamente otras civilizaciones que, después de alcanzar un cierto desarrollo material, espiritual y cultural, declinaron. Muchas de esas civilizaciones tuvieron una duración amplia y su legado fue intenso y positivo; otras desaparecieron cuando aún no maduraban lo suficiente. Por otra parte, incluso una misma civilización atraviesa periodos que constituyen una parte importante de su desarrollo, periodos reveladores de la existencia de valores antiguos que, sin perecer del todo, son sustituidos o asimilados por una época nueva merced a un movimiento violento.

Podríamos ilustrar ese tipo de periodos con los ejemplos de la República restaurada y el porfiriato, en los cuales teníamos una sociedad surgida de la economía agrícola o basada en ella, que trataba de industrializarse. Esa sociedad se encuentra adormilada, apoyada en la tradición, y consintió abusos en la acumulación del poder político y económico que llegaron a provocar presiones capaces de romper el orden social existente. La revolución que provocaron y que yacía latente en la mente de muchos hombres varios años antes de 1910 fue tanto más violenta y total cuanto más larga fue la resistencia que se le opuso. Esta revolución, como muchas otras, hizo posible la aparición de nuevos grupos sociales. Estos grupos han sido llevados a un progreso con la misma rapidez con que se consuma su declinación. A menudo ocurre que sobre aspectos de una nueva sociedad reaparecen otros pro-

pios de la antigua tradición que trata de recobrar sus derechos, reanima sus recuerdos, recoge y restablece parcialmente sus antiguas situaciones y sus viejos abusos, que una nueva revolución derrumbará, pero sin destruir sus secretos vestigios, su clandestina y funesta persistencia.

Así, los grupos potentes y reguladores construyen la sociedad nueva, sujetando a los individuos que liberaron las revoluciones.

El hombre es sin cesar esta fuerza que unos grupos comprimen y que un acontecimiento revolucionario libera y que la sociedad toda toma en tutela. El hombre, ya se sabe, es un ser social y es en la sociedad donde adquiere su naturaleza y realiza la fortuna de su ser. Es en ella donde se manifiesta. El hombre no se perpetúa ni se magnifica sino por el milagro sin cesar mantenido de la vida social. Es una energía que se disciplina en la regla social; de ahí arranca siempre su solitaria grandeza que le sirve para aportar a la sociedad una fuerza renovada en la libertad.

Es por la libertad de la célula social, por la libertad del individuo humano, por lo que se introducen en la vida histórica el accidente y la peripecia, la irregularidad de las acciones, el acontecimiento imprevisible. Pero en ese tumulto continúa llegándonos el silencio e imperioso llamado que nos viene desde siempre de ese lugar de los tiempos desconocidos en donde los destinos humanos realizados nos dictan nuestras consignas terrestres y determinan nuestra historia.

La historia mexicana ha tenido a través del tiempo una concepción de su sentido que en muchas ocasiones coincide con lo expuesto. Los antiguos mexicanos, desde los tiempos más remotos, estimaron que, para entender esa enérgica acción de la historia que impulsaba y definía a su pueblo, era menester tener un conocimiento de los hechos históricos sólido y firme, alcanzable sólo mediante la educación rígida y especializada impartida en el Calmécac. El crecimiento de la sociedad mexicana, de sus instituciones y de su poder, obligó a individuos especializados a conservar la memoria histórica de los tlatoanis, de sus hazañas, y a fijar perfectamente los límites del Estado, sus recursos humanos y naturales, sus ingresos tributarios, la distribución de la propiedad y la organización del trabajo colectivo, la composición y el reclutamiento del ejército, el manejo de las obras públicas, los calendarios agrícolas y rituales, el panteón religioso, las concepciones cosmológicas, etcétera. En estas sociedades —como señala Enrique Florescano—, el desarrollo del saber histórico y de su consignación mediante la escritura fue consecuencia directa del crecimiento y la complejidad que adquirieron el poder político y el aparato administrativo que lo ejercía.



Como un proceso más desarrollado, surgió en la sociedad mexicana un conocimiento histórico ya no más ligado al puro señor, el poderoso *tlatoani*, sino que recogía los datos constitutivos del reino o Estado o fundía la historia de los gobernantes o caudillos con la del grupo étnico, el reino o la organización política, dando lugar a una historia del pueblo y de la nación, como lo son la *Historia tolteca-chichimeca* o la *Historia de los mexicanos* por sus pinturas. Por otra parte, es dable observar cómo la historia, que en muchas de sus primeras manifestaciones era mítica y legendaria, se tornó cada vez más secular, ocupándose de hechos realizados por los hombres, de sus relaciones sociales y políticas.

Esta historia, que produjo numerosas obras, desgraciadamente se perdió para nuestro conocimiento en virtud de que tanto indígenas como europeos destruyeron sus testimonios.

Siglos más tarde, cuando se trató de reconstituir todo ese pasado, no sólo como medio científico de conocer culturas pretéritas para incorporarlas a la fe y a la cultura occidentales —lo que intentaron Sahagún y sus seguidores—, sino como base para comprender una sociedad compleja derivada de diferentes raíces y para conformar una nación, quienes trataron de historiar tal pasado —la acción humana que había formado el presente— tuvieron que realizar un enorme esfuerzo, a la vez de análisis y de síntesis, para proponer una inteligente y adecuada interpretación de lo que era México.

Francisco Javier Clavijero, uno de los primeros que lo intentaron, al redactar su *Historia antigua de México*, ya mencionaba las limitaciones de que adolecía para llevar a buen término su obra, y precisó cuáles eran los elementos o prioridades con que necesitaba contar para elaborar una historia integral.

Efectivamente, a fines del siglo XVIII, escribía el ilustre jesuita:

quiero ahora quejarme amigablemente con los individuos de ese cuerpo, del descuido de nuestros antepasados con respecto a la historia de nuestra patria. Ciertamente es que hubo hombres dignísimos que se fatigaron en ilustrar la antigüedad mexicana, y nos dejaron acerca de ella preciosos escritos. También es cierto que hubo en esa Universidad un profesor de antigüedades, encargado de explicar los caracteres y figuras de las pinturas mexicanas, por ser tan importante para decidir en los tribunales los pleitos sobre la propiedad de las tierras y sobre la nobleza de algunas familias indias; mas de esto mismo nacen mis quejas. ¿Por qué no se ha conservado aquella cátedra? ¿Por qué se han dejado perder aquellos escritos tan apreciables, y sobre todo los del doctísimo Sigüenza? Por falta de profesor de antigüedades no hay quien entienda en el día las pinturas mexicanas y por la pérdida de los escritos, la Historia de México ha llegado a ser difícil, si no de imposible ejecución. Pues

no es dable reparar aquella pérdida, a lo menos consérvese lo que queda.

Más tarde, cuando lo liberales intentaron enseñar una historia nacional que amalgamara las raíces de México y su conciencia, que forjara la idea de pertenecer a una nación con una sola finalidad y destino, uno de los primeros maestros de la historia patria, Guillermo Prieto, quien vio muy claramente la necesidad de recabar información, datos para reconstruir e interpretar la historia mexicana, señalaba que ésta necesitaba “historiadores realmente sabios, para depurar la verdad, ya interrogando monumentos, ya descifrando jeroglíficos, ya pidiendo a la lingüística luz cierta, ya anteponiendo doctrinas a doctrinas y sistemas a sistemas”.

En espera de que esos requerimientos se llenaran y se pudiera tener en el futuro una auténtica y completa historia nacional, Prieto elaboró con los conocimientos y las fuentes entonces disponibles sus primorosas *Lecciones de historia patria*, destinadas a crear en la conciencia del mexicano una memoria imperecedera de nuestro rico desarrollo histórico, de la herencia espiritual y material recibida, y, mediante esa conciencia, a cohesionar a la sociedad mexicana.

Años después, consolidada la República y colocado el grupo liberal y positivista en el poder, se elaboró una magna obra, *México a través de los siglos*, que fue estimada como la suma del conocimiento histórico y aprobada por el criterio oficial.

En la introducción del primer volumen, Alfredo Chavero —quien la escribiera con el estilo de la época— alardea de que los historiadores mexicanos cuentan ya con un cúmulo tal de testimonios que no puede compararse con el que poseen otras naciones, ni siquiera Grecia y Roma. Los autores de la obra juzgaban poseer tal material para su labor que nada más les era necesario. Sí lamentaron en sus páginas algunas destrucciones de los testimonios, pero creyeron que por el momento bastaba una labor de análisis como la emprendida por ellos para satisfacer la exigencia de un conocimiento histórico.

Al filo de la Revolución, cuya idea latía en muchas mentes, Justo Sierra escribió su *Evolución política de México*, la síntesis más completa de la actividad del mexicano y de la sociedad, en la cual se muestra la interacción entre el hombre particular y la colectividad, y las transformaciones operadas a través del tiempo. Sierra afirma que la unidad plena del país, la creación firme de una conciencia nacional que aglutine a individuos de muy diversa condición racial, social, económica y cultural, y permita forjar una nación con ideales comunes, sólo se logrará mediante la educación, una educación integral donde a la historia se le asigna gran importancia. Varias páginas escribe Sierra en torno a este tema, que deben sumarse a sus amplios estudios sobre la enseñanza. Uno de los párrafos más sobresalientes de ellas es éste:

Convertir al terrígena en un valor social (y sólo por nuestra apatía no lo es), convertirlo en el principal colono de una tierra intensivamente cultivada; identificar su espíritu y el nuestro por medio de la unidad de idioma, de aspiraciones, de amores y de odios, de criterio mental y de criterio moral; encender ante él el ideal divino de

una patria para todos, de una patria grande y feliz; crear, en suma, el alma nacional, ésta es la meta asignada al esfuerzo del porvenir, ése es el programa de la educación nacional. Todo cuanto conspira a realizarlo, y sólo eso, es el patriótico; todo obstáculo que tienda a retardarlo o desvirtuarlo, es casi una infidencia, es una obra mala, es el enemigo.

De aquellos años a la fecha, mucho ha adelantado nuestro conocimiento histórico, mucho se ha logrado en la tarea magna de crear una auténtica conciencia nacional. No hemos superado aún las diferencias económicas, sociales y culturales que en años anteriores existían, pero sí hemos realizado notables esfuerzos para dar a la labor histórica, a las tareas de investigación, los recursos materiales y espirituales que permitan realizarla mejor. Hemos abierto las puertas de nuestras aulas a todas las corrientes del pensamiento que posibiliten explicaciones más amplias, más diversas sobre nuestro acaecer histórico. En nuestras escuelas se enseña la historia con todos sus *ismos* sin más limitación que el cultivo de la verdad, el apego a los lineamientos de la ciencia, el no mistificar los hechos, el saber respetar las opiniones ajenas.

En las últimas décadas se han realizado colosales esfuerzos por dotar al país de instituciones e instrumentos dedicados a generar un conocimiento más completo de la historia integral del mexicano. La creación del Museo Nacional de Antropología y del Museo del Virreinato ha permitido que un público cada vez más vasto e interesado observe con detalle los aportes de nuestra doble raigambre, los productos más valiosos forjados por los habitantes de esta tierra desde hace varios siglos, sus entrelazamientos, sus derivaciones. Luego la construcción de un edificio más digno para la Biblioteca Nacional permitió conservar y aprovechar mejor el rico patrimonio bibliográfico de México, acervo integrado con las obras representativas de la cultura universal de que se ha nutrido la nuestra. Hoy tenemos las nuevas instalaciones del Archivo General de la Nación, en donde México conserva un tesoro documental único en América, en el cual es posible hallar testimonios sobre todos los aspectos de la vida de los mexicanos desde el siglo XVI. Ayer fue entregado al pueblo de México el Museo Nacional de Arte, instrumento excepcional para el conocimiento de la evolución artística de nuestro pueblo.

Otros museos y colecciones más, otras instituciones públicas y privadas, se han abierto en los años más recientes para impulsar el conocimiento y el cultivo de la historia patria.

En este sentido, los progresos alcanzados han sido notables y la acción de esas instituciones coadyuva a que la historia mexicana sea mejor conocida en sus múltiples y diversas manifestaciones.

Sin embargo, mucho hay que realizar todavía. Amplios son los programas de las instituciones que laboran en este campo. Ellas tienen planes para atender abundantes aspectos poco cultivados, ensayar nuevos métodos y teorías y brindar a nuestra generación la oportunidad de dar su visión de la historia mexicana. Es preciso, como quería Guillermo Prieto, formar más y mejores historiadores, verdaderos sabios que redacten a su vez, no la definitiva historia mexicana que siempre se seguirá haciendo, sino por lo menos su nueva versión de nuestra historia. ◆

# La *ciudadanización* del IFE: fantasías y realidades



CÉSAR CANSINO

**E**l objetivo de este artículo es analizar las repercusiones de la *ciudadanización* del Instituto Federal Electoral (IFE) respecto a la transición democrática más general. Dicho análisis parte de considerar las reformas y adiciones introducidas en la Constitución a partir de la reforma electoral de julio de 1996.

## 1. *El nuevo Instituto Federal Electoral*

De las reformas introducidas en la Constitución en julio de 1996 en materia electoral, las relativas a la formación y nueva condición del IFE son sumamente significativas, pues recogen a la letra una de las demandas históricas más aclamadas por los partidos de oposición. Además, considerando la larga tradición de fraudes, violaciones, imposiciones y el control por parte del gobierno que han caracterizado a los procesos electorales en México, las nuevas disposiciones constituyen al menos formalmente un freno o candado a los abusos y arbitrariedades. Precisamente por esta última condición hay quien ha querido ver en la *ciudadanización* del IFE el elemento crucial y definitivo en la democratización de nuestro arreglo institucional vigente.

De hecho, los que así piensan son portavoces de un proyecto de transformación política que ha sido largamente hegemónico en la práctica: el gradualismo controlado por el Estado como vía para llegar a la democracia. Según esta concepción, basta introducir cada vez mejores leyes electorales para democratizar el régimen político mexicano. Por esta vía, aseguran, irán neutralizándose las inercias autoritarias y perfilándose una normatividad y normalidad claramente democráticas. La *ciudadanización* del IFE, en síntesis, vendría a significar precisamente el triunfo de esta estrategia, la afirmación de prácticas electorales transparentes y la mejor evidencia de la voluntad de cambio democrático de las autoridades políticas.

Sin embargo, para una concepción alternativa, la existencia de mejores leyes electorales y la propia autonomización del IFE no garantizan por sí solas la afirmación de la democracia en nues-

tro país. Para esta concepción, la transición democrática sólo puede concretarse introduciendo transformaciones estructurales en el conjunto de instituciones y reglas que definen nuestro arreglo jurídico-político; es decir, promoviendo la discusión y la aprobación plural de una nueva Constitución que defina una normatividad democrática que rompa con el pasado autoritario, lo cual, por lo demás, ha sido una estación inevitable en prácticamente todos los procesos de transición democrática ocurridos tanto en Europa como en América Latina durante las últimas tres décadas. De poco sirve, según esta perspectiva, contar con nuevas disposiciones electorales si antes no se han generado las condiciones para establecer en el país un auténtico Estado de derecho, es decir, si todavía prevalece un conjunto de instituciones y prácticas que siguen funcionando bajo la lógica autoritaria de sus orígenes: un presidencialismo sin contrapesos reales, un partido de Estado hegemónico, un corporativismo estatal, una excesiva centralización del Poder Ejecutivo, etcétera.

En consecuencia, convertir a la *ciudadanización* del IFE en el eje indiscutible de la democratización del país es más un recurso ideológico, y en consecuencia retórico, que efectivo. Con él, los partidarios del gradualismo o del reformismo controlado, que en su tiempo apoyaron las iniciativas del ex presidente Salinas de Gortari y ahora del presidente Zedillo, buscan legitimar la estrategia de cambio oficial.

Además, sostener que la *ciudadanización* de los órganos electorales es el punto de inflexión de la transición democrática no sólo es un recurso ideológico sino también una trampa. En efecto, utilizar como argumento la apariencia de mayor transparencia electoral para justificar la pertinencia de las leyes electorales y de las reformas introducidas en ese ámbito, busca ocultar que la crisis de nuestro régimen político se debe en buena medida a las muchas deficiencias y limitaciones que aún persisten en las propias prácticas electorales como resultado de una apertura política más bien tímida y controlada. Cabe recordar que las prácticas electorales no generan todavía la normalidad necesaria sino que muchas veces hacen estallar conflictos poselectorales; en lugar

de garantizar mayor legitimidad al régimen, son motivo de su descrédito. La inequidad de origen de la competencia partidista sigue siendo un componente implícito de los procesos electorales muy difícil de revertir.

Quienes pese a estas evidencias de deterioro continúan defendiendo la estrategia gradualista de apertura política suelen remitirse al pasado como mejor ejemplo de los avances logrados. Así, por ejemplo, es común escuchar por parte de los partidarios de esta estrategia, entre los que destacan, obviamente, los nuevos consejeros ciudadanos y el presidente del IFE, defensas airadas de los logros en materia electoral tomando como ejemplo los muchos déficit que existían en esta materia hace diez o quince años. Como puede fácilmente percibirse, argumentos de este tipo son una muestra de la retórica más simplista y maniquea. En efecto, un recurso muy común de la política es sobrevaluar el presente en virtud de un pasado que siempre fue peor. Atendiendo a esta lógica, podría argumentarse también que en el pasado nuestro país era una sociedad tradicional y rural y que ahora somos una nación moderna e industrializada. Como si con esta afirmación pudiera ocultarse que nunca en la historia de nuestro país habían existido tantos millones de compatriotas en condiciones de miseria extrema como en las actuales circunstancias.

Algo similar puede decirse del reformismo electoral. La defensa de los avances alcanzados no puede ocultar el descontento de la población que aún no se siente plenamente respaldada, respetada o representada en sus derechos políticos y civiles más elementales. La ciudadanización del IFE queda así relativizada en su pretendida condición democratizadora cuando se advierte que nunca en la historia de este país había existido la situación de impunidad y de violación a los derechos humanos y políticos que hoy padecemos. Nunca en el país habían existido los grados de militarización y de violencia institucional que hoy son moneda corriente. ¿Acaso éste es el precio que la sociedad debe pagar en nombre de los avances en materia electoral?

Pero además de estos argumentos, el análisis comparado de las transiciones democráticas ofrece otros que obligan a relativizar la estrategia de cambio dominante en México.

## 2. Colegios electorales en otros países

Son pocos los países que como resultado de sus transiciones pactadas a la democracia, tanto en Europa del sur como en América Latina, hayan acordado crear un colegio electoral equivalente al IFE, caracterizado por su supuesta independencia del Estado o por estar integrado exclusivamente por ciudadanos. En su lugar, se han creado diversas fórmulas

para la organización y certificación de los procesos electorales, pero ninguna semejante a la que se ha diseñado en México.

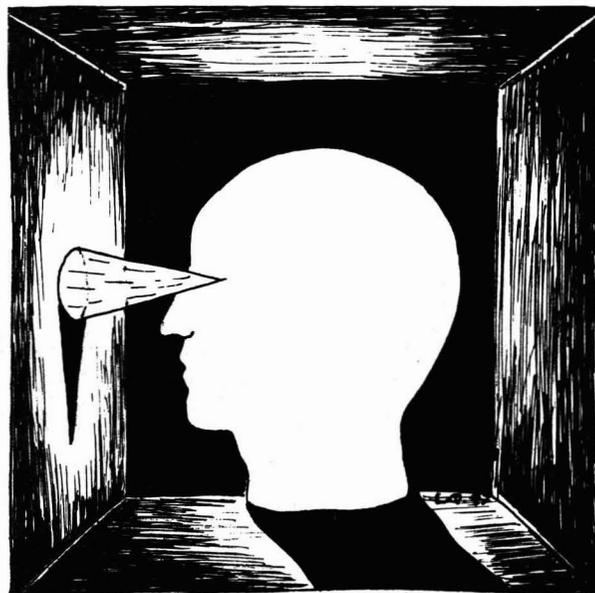
Así, por ejemplo, el equivalente al IFE en otros países es más bien un colegio electoral compuesto por magistrados y que depende exclusivamente del Poder Judicial. En otros casos, la instancia correspondiente agrupa a representantes de los partidos políticos, pero se entiende más como una dependencia pública cuyos funcionarios realizan una labor técnica y especializada. Finalmente, hay casos donde la tarea de organizar y certificar las elecciones corresponde al Poder Legislativo o directamente al Poder Ejecutivo, para lo cual se crea una comisión responsable o una dependencia especializada, respectivamente.

Respecto a todas estas experiencias, el IFE mexicano podría ser visto en primera instancia como un paso más adelantado que el de otros países, pues aquí se propone un órgano electoral totalmente autónomo del gobierno, integrado además por *ciudadanos* y donde los partidos no tienen voto ni el Poder Ejecutivo injerencia directa en las decisiones. Sin embargo, bien miradas las cosas, lo que parece una virtud es más bien una quimera. Ciertamente, hay razones históricas y culturales particulares que explican por qué en nuestro país los partidos políticos de oposición han concedido tanta importancia a la supuesta independencia del órgano encargado de organizar y vigilar los procesos electorales. Piénsese, por ejemplo, en la larga tradición de fraudes, imposiciones y arbitrariedades que han caracterizado a las elecciones en México. En el pasado reciente no existían incluso órganos electorales imparciales y libres de la influencia directa del gobierno y del partido en el poder.

En orden a estos criterios, la gradual independización del IFE es un avance nada despreciable para ganar en imparcialidad y credibilidad. Pero como ya señalamos, este hecho no garantiza de antemano ambas cuestiones. La clave de una verdadera transición exitosa a la democracia, es decir, que genere consenso entre todos los actores políticos y confianza en la ciudadanía, no está entonces en el grado de independencia o de ciudadanización del órgano

electoral como se ha hecho creer en México, sino en el grado en que el gobierno en transición está dispuesto realmente a aceptar transformaciones de envergadura en el ordenamiento institucional y en las reglas del juego político que representen una ruptura real y definitiva con el pasado autoritario. Mientras esto no ocurra, por más *ciudadanizado* que esté el IFE, las elecciones no generarán la credibilidad ni la certidumbre necesarias y los actores políticos mantendrán la tendencia al disenso.

Que la ciudadanización de los organismos electorales no



representa la clave de una transición lo confirman otras experiencias. Ni en España o Portugal, ni en Brasil o Argentina, después de sus respectivas transiciones, por citar algunos ejemplos, pasó por la mente de los actores del cambio crear colegios electorales ciudadanizados tal y como se ha entendido en México. Pese a eso, no puede dudarse de la calidad democrática de dichos países. Más aún, ni a los propios partidos locales se les ocurriría impugnar los resultados ofrecidos por el órgano responsable pese a que éste no es una instancia ciudadanizada. Este hecho revela que la transición democrática no depende exclusivamente de las características y composiciones del colegio electoral responsable de organizar las elecciones. Más aún, visto en perspectiva comparada, se trata de un asunto secundario.

### 3. Las contradicciones del IFE

Pese a las evidencias descritas, si insistimos en que para nuestro país la ciudadanización del IFE es importante para la democratización, también tendríamos que advertir que los propios mecanismos de selección de los consejeros electorales y del presidente del instituto dejan mucho que desear o incluso contradicen los principios de imparcialidad e independencia que la Constitución establece o que sus defensores proclaman. Al respecto, me limito a señalar tres aspectos.

a) Para llenar de contenidos y dar coherencia a la pretendida ciudadanización e independencia del IFE, es requisito indispensable que la nominación y designación de sus integrantes —ocho consejeros electorales titulares, ocho suplentes, un presidente y un secretario— sea competencia exclusiva del Poder Legislativo, a falta de una instancia más representativa que ésta para involucrar directamente a los ciudadanos que supuestamente serán representados por los integrantes de este órgano. En los hechos, sin embargo, la labor del Poder Legislativo se concretó a aprobar las nominaciones que previamente acordaron los dirigentes de los partidos políticos y el gobierno, bajo el pretexto de la presión por los tiempos legales para llegar a un acuerdo. Es así que el procedimiento de negociación y designación de los nuevos integrantes del Consejo General del IFE contradice los propios principios de autonomía e imparcialidad de dicho órgano. Más aún, la injerencia directa del titular del Ejecutivo en dicha designación contradice de origen la iniciativa acordada previamente por los partidos, según la cual el IFE se establece como una instancia sin injerencia alguna del gobierno.

b) Si la decisión final para la integración del IFE correspondió a los dirigentes partidistas y al gobierno, es claro que los nuevos miembros designados debían satisfacer un perfil que en mayor o menor medida dejara satisfechos a todos los involucrados. En los hechos, la negociación se realizó por un sistema de cuotas donde cada partido proponía a sus candidatos. En principio, este procedimiento sugiere que cada uno de los consejeros electorales propuestos mantiene alguna relación más o menos directa con alguno de los partidos participantes al grado de haber sido favorecido por él. La relación puede ser de

muchos tipos, desde haber sido en algún momento asesores de un partido, haber dirigido o ser miembro de alguna fundación de un partido, haber hecho trabajos para un partido y por ello haber percibido ingresos de un partido, mantener relaciones estrechas con los dirigentes de un partido o simplemente mantener un discurso afín al de un partido, aunque éste se vista con los ropajes de la objetividad y la neutralidad que sólo la academia puede ofrecer. En cualquiera de estos casos, queda en entredicho la supuesta independencia del IFE cuando sus integrantes o algunos de ellos no han sido precisamente intelectuales o académicos independientes.

c) Pero además de esta evidencia, tal parece que existe una segunda condición para que un académico o un intelectual pueda ser consejero electoral. Dado que se requiere la aceptación de todos los partidos además del partido postulante, debe tratarse de académicos que hayan sostenido en sus libros, artículos y conferencias un discurso lo suficientemente deslavado respecto a la transición democrática como para que no suscite la animadversión de ninguno de los partidos. Un discurso vestido de objetividad pero en el que se busca más conciliar que enfrentar, justificar más que desnudar los hechos. También desde este punto de vista queda en entredicho la supuesta autonomía del IFE, cuando la mayoría de los integrantes del Consejo General han permanecido más bien dóciles al régimen y a la apertura gradual y restringida que éste se ha visto obligado a generar, ya sea dosificando sus opiniones o permaneciendo lo suficientemente cautos y precavidos en sus críticas como para seguir conservando la expectativa de ser favorecidos como ahora por las elites políticas e intelectuales. Hay incluso en el nuevo Consejo General, incluyendo la presidencia del mismo, quienes en su momento apoyaron o elogiaron al gobierno de Salinas de Gortari o simplemente guardaron silencio, y en esa medida son responsables indirectos de que la transición democrática se haya pospuesto indefinidamente. Este hecho los convierte más en ideólogos de un régimen que se resiste a morir que en intelectuales independientes y comprometidos con el cambio.

No es un secreto para nadie que en México la libertad de pensamiento no es una virtud apreciada. El medio intelectual en nuestro país se rige más por las relaciones públicas que por el debate o la libre confrontación de ideas. Los intelectuales mexicanos, por lo general, no casan la exigencia de libertad con la autonomía. Por el contrario, al funcionar más con criterios acomodaticios para su promoción personal, confunden la convicción con la indolencia. Además, el medio intelectual es controlado y manipulado por grupos poderosos, auténticos mandarines, que censuran o descalifican con lujo inquisitorial a quienes no comparten sus opiniones, la mayoría de las veces oficialistas y dogmáticas. En un medio como éste, es difícil que florezca la libertad de pensamiento. En ese sentido, hay un mérito en los intelectuales que finalmente logran el reconocimiento público: el haber sido lo suficientemente inteligentes para no descuidar sus relaciones con los barones de la cultura y con las elites políticas. En los hechos, es más importante este criterio en su promoción personal que sus propios méritos científicos o filosóficos. ♦

# Humor bajtiniano en Borges y Calvino

ALBERTO VITAL

Algunas marcas que Mijail Bajtín infiere de la novela de aventuras griega podrían detectarse en *Si una noche de invierno un viajero* (1979), el célebre libro “infinito” de Italo Calvino. Por ejemplo, el tiempo que transcurre no parece implicar un transcurso biográfico para los personajes, quienes casi no evolucionan psicológicamente en el sintagma de la novela. Otra marca es la existencia de numerosos obstáculos que postergan el final feliz. Éste, al fin, se alcanza y es doble: el matrimonio de los protagonistas (marca crucial de la novela de aventuras griega) y la lectura de un libro ameno sin molestas interrupciones (variante o complemento irónico de la novela de aventuras calviniana).

De ese modo, los doce capítulos con números romanos de *Si una noche de invierno un viajero* —libro que Hans Robert Jauss ha calificado como posmoderno (269-270)— se montan en una estructura sumamente tradicional que garantiza la fluidez de la lectura a pesar del corte que representa cada uno de los restantes diez capítulos, donde se producen diez inicios diferentes de novela.

Aquellos doce capítulos también comparten con la novela de aventuras bajtiniana la ausencia de una medición cuidadosa del tiempo: en unos y otra lo único importante es, por una parte, el instante del encuentro o del desencuentro y, por otra, la postergación del final feliz. En la novela de aventuras se retrasa constantemente el matrimonio; en la de Calvino se pospone la lectura, siempre interrumpida por desaciertos o maldades de impresores, editores, traductores, autores, falsificadores y, en último término, de todos los intermediarios en la vida literaria.

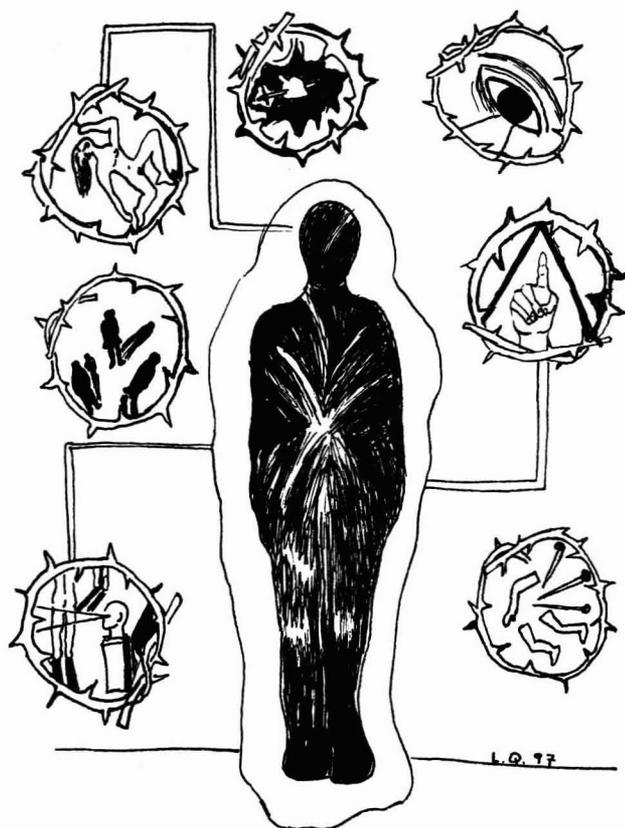
Bajtín advierte que el tiempo biográfico es tan poco importante en la novela de aventuras que, al final, consumado el matrimonio, los dos protagonistas siguen siendo tan jóvenes como al principio. Eso mismo ocurre con el lector y la lectora de *Si una noche...*, de modo que esta marca de subgénero no aparece ni parodiada ni variada en Calvino, como sí ocurre en *Candide*, de Voltaire, quien permite que los dos amantes se encuentren al final de innumerables aventuras, sólo que cuando ya son unos decrepitos ancianos (Bajtín, 1990, 90 y 91).

En la novela de aventuras griega, el azar es inexorable: Bajtín entiende que toda iniciativa y todo poder dependen de lo aleatorio en el cronotopos de la aventura (100). Ahora bien, los hombres de antes, como vivían en un mundo mucho menos racionalizado, previsible y planificado que el de la Modernidad, seguramente no se angustiaban en exceso ante las abrumadoras demostraciones del poder de lo azaroso en sus vidas. El hombre moderno, en cambio, sólo puede funcionar adecuadamente cuando su entorno le permite fluir sin contratiempos, y por eso reacciona sin paciencia cuando algún error se le impone como una postergación de sus fines. Calvino exhibe esta circunstancia en el primer obstáculo de la novela, cuando el protagonista descubre que el impresor ha hecho un ejemplar con páginas repetidas:

Arrojas el libro al suelo, lo tirarías por la ventana ...

Pero no: lo recoges, le quitas el polvo; debes devolvérselo al librero para que te lo cambie. Sabemos que eres más bien impulsivo, pero has aprendido a controlarte. Lo que más te exaspera es encontrarte a merced de lo fortuito, de lo aleatorio, de lo probabilista en las cosas y en las acciones humanas, el descuido, la aproximación, la imprecisión tuya o ajena. (36 y 37.)

Recordemos que, para Bajtín, toda aventura transcurre en un tiempo y un espacio conjugados: toda aventura representa un cronotopos. Pero, ¿cómo puede el héroe salir adelante en una aventura o en una situación conflictiva cuando corre un gran riesgo? Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares ofrecen una respuesta que no hubieran imaginado los novelistas griegos y que anticipa una de las soluciones ofrecidas por Calvino en su novela: ha de actuarse siguiendo a Zenón de Elea, esto es, ha de alargarse el tiempo y el espacio dividiéndolos *ad infinitum*. De hecho, la aporía de Zenón es, para los dos maestros sudamericanos, una solución elegante frente a situaciones extremas: en “El milagro secreto” y en “El perjurio de la nieve”, el tiempo es muy dúctil, y un segundo y unas cuantas horas, respectivamente, se alargan por uno o muchos años para producir una obra maestra o para prolongar la vida de una joven.



En Borges, este milagro exige la fe del personaje y la intervención divina; en Bioy Casares, la renuncia de toda la familia a su propio tiempo. Calvino ofrece en *Si una noche...* una variante a este nuevo tópico, que a su vez es ya una variante del cronotopos tradicional de la aventura: en el inicio de novela denominado “Sobre la alfombra de hojas iluminada por la luna”, el narrador y protagonista elude una situación en extremo embarazosa gracias a su refinadísima percepción, que le permite alargar el tiempo y postergar un desenlace negativo. Por eso el personaje debe ser japonés y además formar parte del mundo académico: porque un Oriente sutil y exquisito ha educado sus sentidos. En realidad, este aparente inicio de novela es un relato íntegro y cerrado: su interrupción justo en el momento de máximo suspenso es también un final porque el protagonista consigue eludir el riesgo dividiendo infinitamente su percepción y, por lo tanto, los parámetros del tiempo y del espacio:

Aunque angustiado por estas circunstancias, lograba concentrarme y subdividir la sensación genérica de mi sexo apretado por el sexo de la señora Miyagi en las sensaciones parcelarias de los puntos aislados de mí y de ella sucesivamente sometidos a presión por mi movimiento escurridizo y por sus contracciones convulsas. (231.)

Ahora bien, el aliento cómico de ésta y otras escenas en *Si una noche...* es, por así decirlo, anticarnavalesco: si consideramos la doble percepción del mundo que Bajtín encuentra en el hombre ya desde “los estadios más tempranos del desarrollo

de la cultura” (1987, 53), el sexo no aparece en este pasaje calviniano como una naturaleza profunda, subyacente, auténtica, liberadora y catártica, sino como un contratiempo, pues es una fuente de situaciones comprometidas, mientras que la disquisición analítica, puramente mental, es la única escapatoria posible tanto del peligro como de un acto que es indeseado, pues no ocurre con la joven Makiko, sino con la madre, la señora Miyagi, por añadidura a la vista del esposo, el académico Okeda, jefe y, después de esta escena, prácticamente amo y señor del protagonista, quien se siente más atado a Okeda precisamente porque lo traiciona.

De ese modo, mientras el carnaval y las demás manifestaciones de la risa popular parodian las formas de la cultura hegemónica, poniendo en evidencia la vacuidad y la hipocresía de muchos ceremoniales y destacando los instintos primarios de quienes participan en ellos, esta escena de *Si una noche...* ridiculiza el sexo y presenta la actividad mental como una liberación. Ciertamente, esta última es de cualquier modo muy precaria, pues no salva al protagonista de la sumisión.

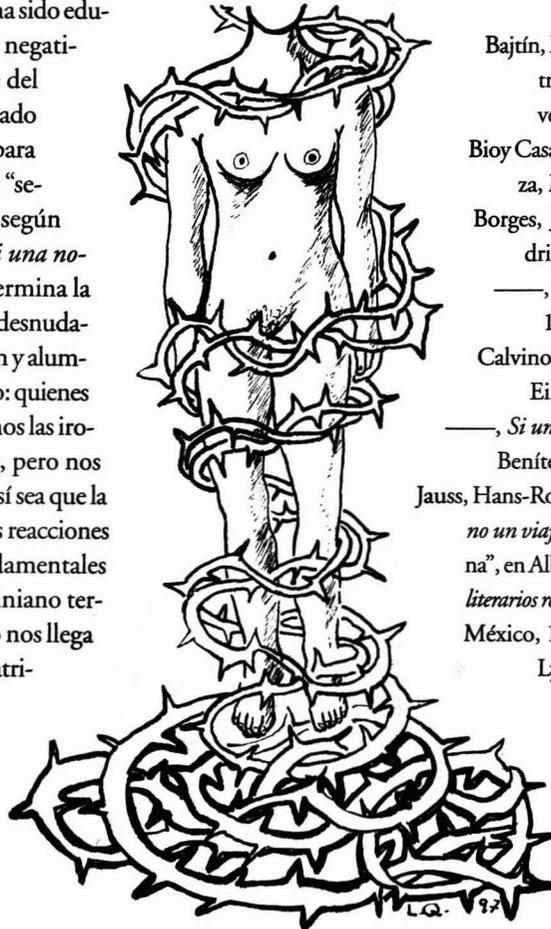
Por otra parte, algunos manifiestos de las vanguardias europeas y americanas pueden verse como carnavales de papel que necesitan de las figuras y de las formas ritualizadas y hegemónicas para reírse de ellas. Igualmente, hubo vanguardistas que, aguijoneados por el marxismo y por el afán de vincular el arte y la vida en todas sus manifestaciones, buscaron inspiración y apoyo en formas populares no hegemónicas. Pero, para un aristócrata como el Borges posterior a 1924, la vanguardia parece haber sido un proyecto tan descabellado como el título de la *hoja superrealista* (1985, 56) del supuesto Jacques Reboul en “Pierre Menard, autor del Quijote”: “*Hojas para la supresión de la realidad*” (50). Con un humor extremadamente fino, Borges se burla de ese carnaval permanente que fueron algunas vanguardias ironizando la desmesura de su ambición (suprimir la realidad) y contrastándola con la pobreza de sus medios: unas simples hojas que —dado que el papel es soporte material de casi toda enunciación escrita— se convierten en un símbolo del sometimiento de la vanguardia a un plano meramente discursivo, es decir, de su encarcelamiento en el sistema literario, así como de su falta de incidencia real en los demás sistemas de la sociedad. Aparte, si el proyecto es puramente destructivo (supresivo), carece entonces de toda legitimación basada en una vocación propositiva.

François Rabelais alcanza lo cómico a través de recursos como la exageración y la abundancia de enunciados extensos, que casi producen la impresión de un gran desorden. Calvino y Borges lo alcanzan a través de “la sistematización ficticia de lo que nunca se había organizado” (Zúñiga, 80). Sin embargo, el protagonista de *Si una noche...* es el héroe de una batalla perdida: la que libra para restituir un orden allí donde éste se desmorona: ni él ni los lectores de “Pierre Menard, autor del Quijote” pueden admitir que la alta cultura, representada por esos libros exquisitos que el lector va consiguiendo a pesar suyo, corra el peligro de extinguirse.

Aun así, el lector en Calvino está a punto de ser una figura carnavalesca —un loco, un bufón—, pues desciende desde

la cúspide de una lectura intensa, cálida como el vientre materno (Jauss, 276), hasta el infierno de la caótica producción y distribución del libro y de la cultura, herida de muerte por el mal de la simulación. Ese descenso le quita el sitio que ocupa en la sociedad: especie de *u-topos* o de *no-topos* que le concede la lectura de novelas. Y es que leer novelas es aventurarse sin aventura, es olvidarse de sí mismo sin perderse, es cobijarse con una secuencia de signos ordenados. Afuera queda sólo la vida como una suerte de carnaval tanto más caótico si pierde esa noción de autor que es básica en la civilización occidental y que el Borges de "Pierre Menard..." y el Calvino de *Si una noche...* someten a un refinado ataque.

En resumen, cuando el autor desaparece del escenario de la alta cultura, el espectador culto deviene un loco que va buscando el orden perdido en medio del carnaval de la vida, mientras que la alta cultura termina convirtiéndose en parodia y caricaturización de sí misma, en un carnaval simbólico donde ya no valen las fronteras con la cultura popular ni los límites entre la sosegada creación artística y la vida, entre la autoría auténtica y la falsa, entre auténtica y falsa atribución. En otros términos, si la lectura de obras deja de ser un refugio —ya sea porque no funcionan la historia y la tradición como mecanismos confiables de transmisión y preservación de un canon (Borges) o porque ha dejado de ser posible la atribución más o menos verosímil de una obra a un autor (Calvino)—, entonces no resta sino la vida como un espacio donde las jerarquías y los valores tradicionales pierden su vigencia y donde desaparecen los asideros para el individuo que ha sido educado en la represión de los impulsos negativos y en la acumulación y el disfrute del saber. Pero el lector culto tiene demasiado orgullo y conciencia de su identidad para admitir esa "segunda revelación", esa "segunda verdad" sobre el mundo que, según Bajtín, promueve la risa. A su vez, *Si una noche...* señala el punto exacto donde termina la ironía y donde empieza esa risa que es desnudamiento, desgarramiento, desprotección y alumbramiento, esto es, segundo nacimiento: quienes leemos la novela, captamos y apreciamos las ironías, los inteligentes efectos cómicos, pero nos mantenemos fuera del plano ficticio, así sea que la representación prefigurada de nuestras reacciones se convierta en uno de los temas fundamentales del propio libro: el experimento calviniano termina justo en el hecho de que su libro nos llega íntegro, sin pliegues repetidos ni falsas atribuciones. Las diez novelas iniciadas y abruptamente suspendidas reproducen en un plano meramente simbólico —lúdico e inmaterial— los múltiples nacimientos que experimenta sin querer el protagonista de *Si una noche...*



"La lotería en Babilonia", uno de los cuentos subversivos de Borges, describe un mundo sin jerarquías estables ni sujetos a quienes puedan atribuirse las consecuencias de actos éticos bondadosos o terribles: el azar absoluto sirve aquí para ridiculizar al Estado totalitario, pero también para presentar un caos que radicaliza el carnaval bajtiniano y la ironía calviniana por su despersonalización del individuo y por su despedazamiento del eje vertical del poder, base de toda estructura política; ahora bien, como la despersonalización y el despedazamiento no son festivos ni pasajeros, "La lotería en Babilonia" es como un carnaval visto en el espejo deforme de una gravedad macabra y de una perpetuación espantosa. Por cierto, una equivalencia calviniana de "La lotería en Babilonia" ocupa el capítulo XI de *Si una noche...*, donde las dos posturas fundamentales del siglo XX, la del revolucionario y la del contrarrevolucionario, se confunden y se intercambian sin término en una comedia de equivocaciones: allí, como en el carnaval, tampoco existen ni identidad ni jerarquías ni normas de conducta que, de algún modo, restrinjan los actos de los individuos para hacer posible una interacción racional, aun en estado de guerra.

Y es así como, en dos autores *posmodernos*, radicalmente personales y provocadores, es posible encontrar elementos tanto de la narrativa tradicional (la novela de aventuras) cuanto paralelismos con el concepto bajtiniano de *carnavalización*. ♦

## Bibliografía

- Bajtín, Mijail, *The Dialogic Imagination. Four Essays*, trad. Caryl Emerson y Michael Holquist, University of Texas Press, Austin, 1990.
- Bioy Casares, Adolfo, *Historias extraordinarias*, Alianza, Madrid, 1976.
- Borges, Jorge Luis, *El aleph*, Alianza/Emecé, Madrid, 1985.
- , *Ficciones*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 1985.
- Calvino, Italo, *Se una notte d'inverno un viaggiatore*, Einaudi, Turín, 1991.
- , *Si una noche de invierno un viajero*, trad. Esther Benítez, Siruela, Madrid, 1989.
- Jauss, Hans-Robert, "Italo Calvino: *Si una noche de invierno un viajero...* Clamor por una estética postmoderna", en Alberto Vital (ed.) *Conjuntos. Teorías y enfoques literarios recientes*, IIFL-UNAM/Universidad Veracruzana, México, 1996, pp. 163-193.
- Liotard, Jean-François, *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, trad. Mariano Antolín Rato, Cátedra, Madrid, 1984.
- Zúñiga, Dulce María, *La novela infinita de Italo Calvino*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1991.

# De cadáveres, vampiros y vampiresas



MARCELINO CEREIJIDO  
FANNY BLANCK-CEREIJIDO

Jane Goodall, investigadora de la conducta social de los monos, refiere la actitud de una mona ante la muerte de su bebé durante una epidemia de poliomielitis. Por un tiempo lo acarrió pero, al constatar su inercia, lo arrojó a un matorral y prosiguió sus actividades. Goodall comenta que esta actitud frente a la muerte señala una clara diferencia con los humanos, para quienes sus muertos no son meros objetos. En realidad, ya sea por temores supersticiosos, porque ya han dejado de competir con nosotros, o por mil y una razones más, las personas suelen ser más respetadas al estar muertas que cuando se hallan vivas. Antiguamente, dos ejércitos que momentos antes cometían todo tipo de atrocidades para matarse mutuamente, acordaban una tregua para recoger a sus muertos. Algunos pueblos enterraban a sus héroes de pie. En muchas culturas se los colocaba en posición fetal, para que regresaran al seno materno. En la tumba de Palenque, el interior del sarcófago no sólo tiene forma de útero, sino que se encontraba pintado de rojo para aumentar la semejanza con ese órgano (Matos-Moctezuma, 1987).

Otros pueblos ponían una moneda en la boca de sus muertos, para que pudieran pagar el traslado al otro mundo, o colocaban en la tumba reliquias de santos para que los protegieran en el Más Allá. De acuerdo con el Evangelio de Mateo, Jesús ordenó comer el pan y beber el vino ceremonial que simbolizarían su cuerpo, como condición para ser resucitado el último día y alcanzar la vida eterna. Por el contrario, hay sociedades que niegan un lugar en el cementerio<sup>1</sup> a los traidores a la patria, los comediantes, las prostitutas y los suicidas; otras condescienden a enterrarlos, pero boca abajo, o contra los muros.

Así como la muerte se encuentra íntimamente imbricada con todas las etapas de la vida, tampoco hay un momento en que se pase en forma neta del estado vivo al de cadáver. “Morimos gradualmente y por pedazos”, decía hace cuatro siglos Ambroise Paré, y hoy los cirujanos se apresuran a extirpar órganos de cadáveres recientes, porque todavía realizan sus funciones y pueden

salvar la vida de un semejante... y no tan semejante, pues a veces se toman de animales.

Esa muerte gradual hace que muchas veces quepan dudas sobre si alguien está realmente muerto, circunstancia que aconseja esperar cierto tiempo antes de enterrarlo o incinerarlo. Según Herodoto, padre de la historia, quien vivió hace 2 500 años, los persas sólo enterraban los cadáveres de sus deudos cuando los olores pestilentes atraían a las aves de presa. Hace 2 400 años, Licurgo obligaba a los espartanos a retener sus cadáveres once días. Platón pedía una espera de tres días y los romanos entre una semana y nueve días. Cuando muere un papa, el cardenal camerlengo se cerciora de su muerte golpeándolo tres veces la frente, mientras lo llama por su nombre de bautismo —por si olvidó que al ascender al papado había adoptado uno distinto—. El temor de ser enterrado vivo llevó a ciertas personas aprensivas a estipular en sus testamentos que, antes de enterrarlas, se les clavara una daga en el corazón o se las enterrara en una tumba con un cordel sujeto a una campana, que harían sonar en caso de recobrar vida.

Los restos de los desaparecidos a veces se dislocan para distribuir las reliquias y multiplicar así los elementos del poder religioso o del poder político: durante el siglo XVII los cuerpos de los reyes franceses descansaban en Saint-Denis, sus vísceras en Notre-Dame y sus corazones en Val-de-Grâce (Thomas, 1989). Con el fin de no perder ni la más pequeña parte del difunto, en el antiguo Egipto, los trapos manchados, hisopos sucios, los tejidos que habían tenido contacto directo con los despojos y aun lo que se barría del suelo, se depositaba en distintos jarros. Lo que se hace con el cadáver se adapta también a las condiciones sociales. Así, los pueblos nómadas no suelen enterrar, incineran.

Un resto humano que siempre trajo problemas religiosos teórico-prácticos ha sido la placenta. ¿Qué hacer con ella? Muchos animales, aun los no carnívoros, se la comen. El patólogo F. González-Crussi (1995) refiere que, de un conjunto de más de trescientas culturas humanas investigadas, sólo siete parecían indiferentes al qué hacer con ella.

<sup>1</sup> ‘Cementerio’ se deriva del griego *komêtêrion*, “lugar donde se duerme”.

Los vampiros se han ganado un lugar muy prominente en la fauna de muertos asustadores y han generado una frondosa mitología, una variada literatura, una constelación de sesudos estudios antropológicos del folclor (originalmente eslavo), una taquillera industria cinematográfica, y hasta han promovido el turismo a Rumania para visitar la Walachia del príncipe Vlad Tepes. Éste, si bien tuvo merecida fama de ser repulsivamente cruel, en sus tiempos no fue visto por sus paisanos como un vampiro de pura cepa, de esos que describe Bram Stoker en su famosa novela *Drácula* (1897), quien, dicho sea de paso, rebaja al personaje de príncipe a conde y lo muda de Walachia a Transilvania.

En los cadáveres recientemente enterrados, los órganos internos se desintegran y fluidifican, y se producen gases que al expandirse hinchan el cuerpo y, al escapar por la boca, arrastran líquidos sanguinolentos que la tiñen de rojo y causan ruidos claramente audibles; también hacen protruir los glóbulos oculares y separaran los párpados, con lo que el difunto abre desmesuradamente los ojos. Cuando la sepultura es poco profunda, el hinchamiento del cuerpo empuja la tierra recientemente roturada y llega a abrirla y sacar aquél de su fosa, en particular después de las tormentas sobre terrenos anegadizos. Esta última circunstancia es tan común en los cementerios de Nueva Orleans, Estados Unidos, que muchas tumbas tienen en lo alto un sarcófago (del griego *sarkos*, carne, y *phagein*, comer) donde se deposita al extinto hasta que las diversas floras consuman sus partes blandas, su cuerpo esté en condiciones de ser bajado a la tierra y la instalación vuelva a estar disponible para un segundo cadáver (Barber, 1988). En la opinión de algunos autores, el uso de ataúdes ha sido adoptado para proteger las tumbas de perros y animales carroñeros que, atraídos por los olores, las escarban y llegan a dejar algún brazo asomado.

Por eso no extraña que los campesinos de ciertas regiones, al visitar una fosa semanas después de haber enterrado ahí a un difunto o al exhumar cadáveres recientes, hallaran un cuerpo de apariencia robusta que los “miraba” con ojos endemoniados, en contraposición con el muerto consumido, emaciado y de ojos cerrados que habían sepultado. Su fantasía los llevaba a suponer que no estaba del todo sin vida y que su boca, que rezumaba “sangre”,<sup>2</sup> era un claro indicio de que se acababa de alimentar de los vivos. Cuando estos descubrimientos se hacían después de una tempestad, se daba por sentado que el Diablo había energizado el cuerpo con sus rayos.<sup>3</sup> Se opinaba además que los cuerpos de poseídos, prostitutas y suicidas eran más propensos a sufrir estas transformaciones y, por precaución, se les negaba sepultura en los cementerios comunes.

En cambio *vampiresa* es sólo una metáfora de épocas más recientes, en que resultaban atractivas las *mujeres fatales*, quie-

nes hasta cierto punto descendían de la Dama de las Camelias, Manon Lescaut y Mata Hari. Su inmortalidad no es mitológica y se debe a que quedaron para siempre en el cine, que las muestra noctámbulas, pálidas, ojeras, tuberculosas, de largas uñas, con ajustados vestidos negros y boquilla larga, provocadora y viciosa. Buscaban sustraer a los hombres del casto circuito familiar pero, en un contexto menos supersticioso y más capitalista, ya no chupaban la sangre, sino todas las riquezas que pudieran. También desempeñaron un papel preponderante en el desarrollo de ciertas vertientes tangueras.

### Se non e vero... e ben trovato

Los vampiros también han atraído la atención de investigadores biomédicos (véase por ejemplo Illis, 1964; Dolphin, 1985). A manera de ejemplo incluimos el relato que nos hizo en su visita a México el doctor Robert Katz, por entonces director del Institute of Kidney, Arthritis and *Inherited Metabolic Diseases* —más abajo se advertirá la razón de subrayar esta parte del nombre—, que es una rama del National Institute of Health de los Estados Unidos (equivalente a nuestra Secretaría de Salud). Para completar, agreguemos que Katz, actualmente ciudadano norteamericano, es oriundo de la antigua Transilvania. A continuación, extractamos su descripción:

El color rojo de la sangre se debe a que la molécula de hemoglobina de los eritrocitos contiene un fragmento (porfirina) que reacciona a la luz emitiendo un color rojo. Cuando los eritrocitos envejecen y son destruidos por el sistema reticuloendotelial, las porfirinas prosiguen su metabolismo (bilirrubina, urobilina, estercobilina, etcétera) y a medida que van cambiando su estructura química, cambian su color, como cuando hacen virar a nuestros hematomas (acumulación de sangre extravasada por un golpe) del rojo al violáceo, al verde y al amarillo. El hígado elimina las porfirinas con la bilis, dando a esta sustancia su color típico. En caso de insuficiencia hepática se acumulan en la piel y le confieren el amarillo de la ictericia, y faltan en cambio en las materias fecales que adquieren entonces la palidez de la acolia.

En todas estas reacciones químicas intervienen enzimas sumamente específicas. Cada enzima es una proteína, cuya secuencia de aminoácidos está codificada por un gen, que puede contener errores y, si la falla no mata al individuo antes de que se reproduzca, pasa a la descendencia y causa alguna enfermedad metabólica hereditaria (de ahí el subrayado de *inherited metabolic diseases*, el instituto que dirige Katz), cuya gravedad depende de cuán dañada se encuentre la enzima producida. El genoma guarda dos copias (dos alelos) de cada gen, uno heredado del padre y otro de la madre y, si sucede que ambos progenitores legan esos alelos defectuosos, el hijo padecerá la enfermedad. Los padecimientos debidos a errores en el metabolismo de las porfirinas se llaman porfirias. Ahora bien, las posibilidades de que alguien se case con una persona con fallo justamente en ese mismo gen y padezca porfiria es muy remota... a no ser que se trate de habitantes de una comunidad pequeña, confinada a vivir por siglos en un espacio

<sup>2</sup> El líquido era rojo y se derramaba por la boca, pero no se coagulaba, con lo que aumentaba su apariencia de sangre recientemente bebida.

<sup>3</sup> La idea de que las chispas y los rayos dan vida está muy difundida. Aleksandr I. Oparin (*El origen de la vida*, traduc. 1938) propuso que la aparición de los primeros aminoácidos en la tierra estuvo propiciada por la activación de moléculas en la sopa prebiótica mediante descargas eléctricas, y Mary Wollstonecraft Shelly utilizó rayos para dar vida al monstruo de su novela *Frankenstein, or the Modern Prometheus* (1818).



pequeño... tal como sucede en los valles de Transilvania,<sup>4</sup> donde es muy común que ambos cónyuges desciendan de los mismos antepasados.

Entre los trastornos típicos de ciertas porfirias resaltaremos tres, vinculados con la historia de los *vampiros*. En primer lugar el sujeto no procesa adecuadamente la porfirina de su hemoglobina: es anémico. En segundo, sus porfirinas mal metabolizadas se acumulan en la piel y, por ser tan sensibles a la luz, dan origen a lesiones actínicas graves, como una persona normal que se hubiera expuesto al sol exageradamente o se hubiera quemado con una antorcha de acetileno. Por eso los enfermos graves visiten habitualmente ropas negras, sombreros aludos y muy encajados, guantes, enormes anteojos oscuros, suben sus cuellos y solapas, y tienen absolutamente prohibido exponerse al sol, por lo que en lo posible tampoco circulan durante el día. Antiguamente llegaban a hacerlo envueltos por una capa negra. En tercer lugar, es común que las porfirinas tiñan los dientes del enfermo de color rojo pardusco.

Siguiendo con el relato, cuando un transilvánico se agravaba de su porfiria se recluía en su hogar, se ausentaba de la comunidad, dormía completamente cubierto por un manto negro —algunos exagerados lo hacían en una caja— y, cuando de pronto e infre-

cuentemente un paisano, que acaso lo recordaba enfermo y lo suponía muerto,<sup>5</sup> se topaba con él en la noche cerrada, lo encontraba en extremo demacrado por la anemia y por la falta de exposición a la luz, y vestido de negro.

Como en toda fase terminal de una enfermedad incurable, los porfiricos se entregaban a todo tipo de medicinas caseras y prácticas descabelladas. Para restaurar su sangre recurrían a beber la de pollos y cabritos, pero la hemoglobina por vía oral, como cualquier otra proteína, era digerida y no causaba mejoría alguna. La falla llevaba a suponer que la sangre de animales no surte efecto en los seres humanos y entonces —continúa la narración— algunos desesperados se atrevían a atacar a personas dormidas, clavarles los dientes en las yugulares y carótidas, y chuparles la sangre.

Es común que las enzimas tengan inhibidores derivados de algún vegetal, que resultan increíblemente específicos y poderosos, al punto de bastar algunas moléculas de ellos que flotan en el aire para desencadenar una crisis. Por ejemplo, la enzima  $\text{Na}^+, \text{K}^+ \text{-ATPasa}$ , presente en las membranas plasmáticas de todas nuestras células, es frenada por concentraciones irrisorias de la ouabaina proveniente de la planta *Strophanthus gratus*. Pues bien, la enzima defectuosa de los porfiricos transilvánicos es inhibible por una sustancia presente en el ajo. Cada vez que un porfirico come o simplemente huele ajo, su dañada enzima, que desde ya es ineficiente para transformar porfirinas, sufre una paralización adicional por la presencia del inhibidor, lo cual se manifiesta como una aparente aversión al ajo. Al tanto de esta circunstancia, sus paisanos tratan de ahuyentarlos colgando ristas de ajos en la entrada de sus casas o durmiendo con collares de esas plantas para proteger su cuello.

Sólo faltaría averiguar por qué pierden el reflejo en los espejos y por qué hay que matarlos con una estaca. ♦

### Bibliografía y lecturas recomendadas

- Barber, P., "Forensic Pathology and the European Vampire", en *J. Folklore Research*, 24, 1987, pp. 1-32.
- , *Vampires, Burial, and Death*, Yale University Press, New Haven, 1988.
- Dolphin, D., *Werewolves and Vampires* (Resumen de la reunión de 1985 de la American Association for the Advancement of Science de 1985).
- González-Crussi, F., *Suspended Animation: Six Essays on the Preservation of Bodily Parts*, Harcourt Brace, 1995.
- Illis, L., "On Porphyria and the Aetiology of Werewolves", en *Proc. Roy. Soc. Med.*, 57, 1964, pp. 23-26.
- Matos-Moctezuma, E., *El rostro de la muerte en el México prehispánico*, G.V., México, 1987.
- , "Los dioses de la muerte", en *Dioses del México antiguo*, El Equilibrista, México, 1995.
- Thomas, L.V., *Antropología de la muerte*, FCE, México, 1983.

<sup>4</sup> Los romanos adoraban a Silvanus, dios de los bosques y, así como llamaban trans-alpinos a quienes vivían más allá de los Alpes situados al norte de su imperio, llamaban trans-silvanos a los que moraban más allá de los bosques.

<sup>5</sup> "...las personas no vistas en mucho tiempo están muertas". Elías Canetti, *Nachträge aus Hampstead*, Carl Hanser Verlag, 1994.

# En el nombre del padre, del hijo y de los fantasmas

## Lectura de Rulfo



CARMEN BOULLOSA

### 1. El fantasma entra al baño

Hubo una vez un niño llamado Pedro Páramo. Una tarde lluviosa, este niño se encerró en el baño. Sentado sobre el excusado, quiso construir para sí un territorio de intimidad, fincándolo sobre los basamentos del amor por Susana San Juan, su compañera de juegos, esa con quien se baña en el río, con quien riéndose vuela un papalote.

Hay algunos enemigos que quieren impedir a como dé lugar la construcción de esta intimidad. El primero es la madre de Pedro Páramo, quien le dice amenazando: “Si sigues allí va a salir una culebra y te va a morder... Es dañoso estar tanto tiempo en el excusado.”<sup>1</sup>

El segundo enemigo de la intimidad que Pedrito (digámosle así, porque es niño) quiere construir es la abuela. Mientras le pregunta a Pedrito dónde ha estado durante la tormenta, sus ojos “medio grises, medio amarillos... parecían adivinar lo que había dentro de uno”.<sup>2</sup> Su mirada no acepta en el nieto una intimidad que no la comprenda, que lo separe, lo quite del orden doméstico (desgranar el maíz, hacer el chocolate, traer el mandado). El tercer enemigo que hay adentro de la casa (representante de un enemigo mucho mayor) y que combatirá la intimidad susana-san-juanoza de Pedrito Páramo es el rezo: “El perdón de los pecados y la resurrección de la carne. Amén. Eso era acá adentro, donde unas mujeres rezaban”,<sup>3</sup> dice oír Pedrito Páramo.

¿Por qué es dañoso estar en el excusado? ¿Por qué va a salir una culebra y lo va a morder? ¿Por qué quiere la abuela traspasar su intimidad con la mirada? ¿Por qué los rezos invadirla? ¿Por qué la abuela y la madre quieren extirpar el deseo de Pedrito por Susana San Juan? (“Miraba caer las gotas iluminadas por los relámpagos, y cada que respiraba suspiraba, y cada vez que pensaba,

pensaba en ti, Susana.”<sup>4</sup>) Porque el niño puede encontrarse en el baño con su cuerpo, con el orden de su cuerpo y con su deseo mientras imagina a su divina amada, Susana San Juan. ¿Y por qué es malo que Pedrito encuentre en estos términos su cuerpo? ¿Por qué se oponen tanto a la construcción de esta intimidad, fundada en la alegría, la fascinación por el otro y el juego? Porque en ella aparecerá la presencia del cuerpo, y el cuerpo, según dirán sus rezos, es algo de lo que la gente, si quiere el bien, se debe librar. ¿Por qué quieren librarlo de Susana San Juan? Porque Susana San Juan tiene cuerpo, es un cuerpo de mujer, es carne. Porque dice el Génesis: “Dios miró a la tierra, y he aquí que estaba viciada, porque toda carne tenía una conducta viciosa sobre la tierra.”<sup>5</sup> Porque está escrito en el Libro de la Sabiduría: “la Sabiduría, / no habita en cuerpo sometido al pecado”.<sup>6</sup>

Porque escribió San Pablo: “el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor”.<sup>7</sup>

Porque, como dice en la Segunda a los corintios: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Y, ¿había de tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de prostituta?”

Abro aquí un paréntesis: podríamos decir que Susana San Juan es una “prostituta” en estos términos, no porque cobre sus servicios, sino porque no es pura y espiritual, porque disfruta de su cuerpo. Susana San Juan es cuerpo para el placer, es de dulce y de juguete y sueña con hombres, porque ha sido educada en el deleite del cuerpo, en el cuerpo como carne, como juguete, como pecado, según confiesa su nana, Justina:

La había cuidado desde que nació. La había tenido en sus brazos. La había enseñado a andar. A dar aquellos pasos que a ella le parecían eternos. Había visto crecer su boca y sus ojos “como de dulce”. “El dulce de menta es azul. Amarillo y azul. Verde y azul. Revuelto

<sup>1</sup> Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996, p. 18.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>4</sup> *Idem.*

<sup>5</sup> Génesis, 6, 12, en Biblia de Jerusalén, Porrúa, México, 1988, p. 20.

<sup>6</sup> Libro de la Sabiduría, 1, 4, en Biblia..., p. 927.

<sup>7</sup> Primera Epístola a los Corintios, 6, 13, en Biblia..., p. 1639.

con menta y yerbabuena.” Le mordía las piernas. La entretenía dándole de mamar sus senos, que no tenían nada, que eran como de juguete. “Juega —le decía—, juega con este juguetito tuyo.”<sup>8</sup>

Pero “somos cristianos, y somos mexicanos, ¡guerra!, ¡guerra contra Lucifer!”, así que dejémonos de situaciones corpóreas, cerremos el paréntesis, y volvamos a San Pablo:

Y ¿había de tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de prostituta? ¿De ningún modo! ¿O no sabéis que quien se une a la prostituta se hace un solo cuerpo con ella? Pues está dicho: Los dos se harán una sola carne. Mas el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él.

¡Huid de la fornicación! Todo pecado que comete el hombre queda fuera de su cuerpo; mas el que fornicación, peca contra su propio cuerpo.

¿O no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo.<sup>9</sup>

En el novenario del abuelo de Pedrito Páramo, el rezo es sin duda eficaz contra el mal que es el cuerpo, el rezo es un verdadero anti-cuerpo. Bajo la tutela del rezo, todos los cuerpos se deshacen, incluso el cuerpo de la sombra:

“Allí estaba su madre en el umbral de la puerta, con una vela en la mano. Su sombra descorrida hacia el techo, larga, desdoblada. Y las vigas del techo la devolvían en pedazos, despedazada.”<sup>10</sup>

Es comprensible que ella quiera impedir la construcción de la intimidad de Pedrito Páramo que daría cabida al nacimiento de su cuerpo, porque no sólo tiene ella hasta la sombra rota, y vive bajo el protectorado terrible de la imagen del Sagrado Corazón,<sup>11</sup> sino que, a los ojos de su hijo, es la destructora de la luz, su cuerpo impide “la llegada del día, dejando asomar, a través de sus brazos, retazos de cielo, y debajo de sus pies regueros de luz; una luz asperjada como si el suelo debajo de ella estuviera anegado en lágrimas. Y después el sollozo”, y no sólo trae en lugar de la luz limpia, el dolor, el llanto y la muerte, sino que es ella misma una muerta:

—Han matado a tu padre.

—¿Y a ti quién te mató, madre?<sup>12</sup>

Veamos, además, los actos que siguen al rezo de rosario dicho en la casa de Pedrito:

“Se levantaban; encerraban los pájaros; atrancaban la puerta; apagaban la luz.”<sup>13</sup>

Contra la primera enemiga de su intimidad (del vuelo de los pájaros, de las puertas abiertas, de la luz), la madre, Pedro Páramo

se resiste un momento, quedándose solo ante sus pensamientos (todos sobre Susana San Juan), pero por fin blande la obediencia. Contra la segunda, la abuela, también extiende la obediencia, pero contra las dos encuentra una ligera escapatoria, el abuso: la moneda de un peso que le roba a la maceta, con que le “sobrará dinero para lo que se ofrezca”, pensó.<sup>14</sup> Pedrito Páramo deja que lo persigan, pero cree salvar a Susana de la persecución. ¿Y cómo cree hacerla escapar a la campaña contra-cuerpo que han desatado los rezos, la mirada de la abuela, los llamados de la madre y las palabras bíblicas? Sin darse cuenta, dándola por vencida, desproveyéndola de un cuerpo, volviéndola angelical, esto es, fantasmal: “A centenares de metros, encima de todas las nubes, más, mucho más allá de todo, estás escondida tú, Susana. Escondida en la inmensidad de Dios, detrás de su Divina Providencia, donde yo no puedo alcanzarte ni verte y adonde no llegan mis palabras.”

Buscando encontrar su cuerpo sobre los basamentos de su intimidad, sentándose pensativo sobre el excusado, Pedrito Páramo cree salvar a Susana de la persecución, desproveyéndola de su forma carnal, esto es, entregándola a sus enemigos, descorporeizándola, quitándole el cuerpo, volviéndola espectro, fantasma. Un primer fantasma ha entrado al baño.

¿Cómo entró el fantasma al baño en que Pedro Páramo niño recrea en su imaginación el paraíso, el paraíso del otro deseado, de la risa, de la alegría? Entra el fantasma en el baño porque lo invoca la madre, porque lo invoca el “bien”, porque lo invocan los rezos, volviendo fantasmal (y por lo tanto temible) a la aparición, que podría haber sido real, carnal, de una mujer hermosa: “Si sigues allí va a salir una culebra y te va a morder... Es dañoso estar tanto tiempo en el excusado.” En el cuerpo sin cuerpo de Susana San Juan apareció la culebra y lo va a morder; se generó el daño dañoso de estar tanto tiempo en el excusado: el desprendimiento del cuerpo, la aceptación del cuerpo como un mal. Cito una vez más a San Pablo: “mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor... y preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor.”<sup>15</sup>

Este primer aparecido imperfecto es el hijo directo del rezo, de la madre y la abuela. No es un ser espiritual, sino un ser sin cuerpo, un medio-fantasma. Pero, todos lo sabemos, Comala se poblará de fantasmas, espectros o aparecidos más perfectos, a lo largo de la novela, de fantasmas auténticos, más ciertos, de espectros y aparecidos no imaginarios, sino con voz, con voluntad, con opinión, con costumbres:

“La difunta madre de don Pedro espera que usted vista sus ropas. En la familia existe esa costumbre.”<sup>16</sup>

El ser fantasmal creado en el territorio donde debió nacer el cuerpo y el placer de la carne será un *afantasmador* contagioso. Un fantasma en el baño es un ser peligroso, contaminador, llevador del bien y ente combativo de la carne y el pecado. Digamos que es un fantasma limpio, aséptico, bañado y colocado en un punto estratégico, en el baño, lugar donde los cuerpos que

<sup>8</sup> Juan Rulfo, *op. cit.*, p. 114.

<sup>9</sup> Primera Epístola a los Corintios, 6, 15-19, *op. cit.*, p. 1639.

<sup>10</sup> Juan Rulfo, *op. cit.*, p. 22.

<sup>11</sup> V. *Ibid.*, p. 20 (“Se dio una vuelta por la repisa del Sagrado Corazón”).

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 33 y 34.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>15</sup> Segunda Epístola a los Corintios, 5, 6-9, en *Biblia...*, pp. 1656 y 1657.

<sup>16</sup> Juan Rulfo, *op. cit.*, p. 51.

se enfrentarán a él no se disponen a la lucha sino al contacto con ellos mismos o con la intimidad. El fantasma ahí tiene muchas posibilidades de propagar su calidad.

El rezo tendrá que ser ahora: en el nombre del padre, del hijo y de los fantasmas.

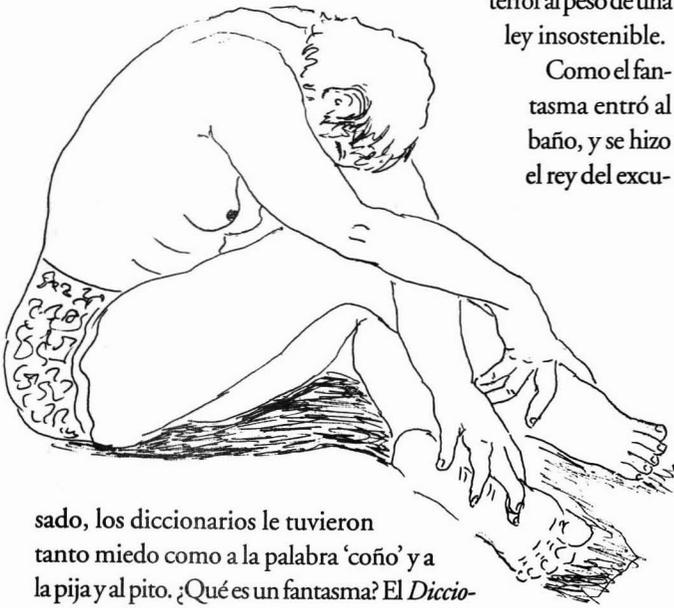
Y la evocación de las palabras bíblicas: "Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso."<sup>17</sup>

**Paréntesis: Los fantasmas se adueñarán del mundo pero evitarán los diccionarios**

Los fantasmas parecen ser la expresión de la suciedad del cuerpo, del cuerpo oprimido por el horror a la culebra que podría salir del excusado, del

terror al peso de una ley insostenible.

Como el fantasma entró al baño, y se hizo el rey del excu-



sado, los diccionarios le tuvieron tanto miedo como a la palabra 'coño' y a la pija y al pito. ¿Qué es un fantasma? El *Diccionario de la Real Academia*, la *Enciclopedia Espasa Calpe* y la *Enciclopedia del Idioma* de Martín Alonso, nos proponen como definición:

1. Visión quimérica, como la que ofrece el sueño o la imaginación acalorada.
2. Imagen de un objeto que subsiste o queda impresa en la fantasía.
3. Espantajo o persona disfrazada para asustar a la gente sencilla.
4. Estatua de madera, en la cual se ejercitaban los cirujanos para la aplicación de vendajes para las operaciones de los partos.

Prefieren la palabra 'aparición': "Visión de un ser sobrenatural o fantástico." El *Diccionario del uso del español*, de María Moliner, sí toma el toro por los cuernos, como si la palabra 'fantasma' fuera una palabra "sucía", íntimamente corporal: "1. Ser no real que alguien cree ver soñando o despierto. 2. Aparecido, figura de una persona muerta que se aparece a los vivos."

Según los diccionarios, 'fantasma' es una palabra tan sucia como la palabra 'coño' (que ni al de María Moliner tiene acceso), tan sucia como bajo el jabón del rezo es el cuerpo.

**Cierra el paréntesis**

**2. Los fantasmas se adueñan del mundo: reinará el desorden del cuerpo y el orden de los fantasmas**

Comala, la tierra de Pedro Páramo, será la tierra de la intimidad tomada por la ley que condena al cuerpo, la tierra de los que no tienen cuerpo, porque el cuerpo es el mal. La intimidad será un desgarramiento, como la imagen del Sagrado Corazón, que se abre las carnes para exponer su corazón bien colorado, y la corporeidad será regida por los sin-cuerpo. ¿Cómo se vuelve alguien "más hombre"? Cuando tiene menos cuerpo: "Me dejó cojo [Pedro Páramo], como ustedes ven, y manco si ustedes quieren. Pero no me mató. Dicen que se me torció un ojo desde entonces, de la mala impresión. Lo cierto es que me volví más hombre. El cielo es grande. Y ni quien lo dude."<sup>18</sup> Otra vez San Pablo: "mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor... y preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor."<sup>19</sup> ¿Cómo se ingresa a Comala? Susana San Juan la deja teñida de rojo por el color del cielo, y regresa con la muerte del marido, el amado, y el deseo confiscado por los sueños.

Juan Preciado viene a Comala porque está poseído del poder de los muertos: "a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas."<sup>20</sup> Juan Preciado viene a Comala porque ya fue atrapado por las manos de la muerta. Cuando consigue zafarse, cumple la promesa que pronunció cuando estuvo prisionero de ella, de la muerta, porque "comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones... Por eso vine a Comala."<sup>21</sup> Viene a Comala porque está preso en los ojos de la muerta, en el mirar de los fantasmas: "Ahora yo vengo en su lugar. Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver."<sup>22</sup>

Iluminado por los ojos de la madre muerta, conducido por las manos rígidas de la madre muerta, encuentra un guía, y "tratando de emparejarme a su paso"<sup>23</sup> se deja llevar a Comala. El guía es Abundio, un muerto. La que lo recibe es una muerta ("Pobre Eduviges. Debe de andar penando todavía"<sup>24</sup>). Se alojará para dormir en el cuarto de un muerto ("En este cuarto ahorcaron a Toribio Aldrete hace mucho tiempo"<sup>25</sup>), oír hablar a los muertos, y a la muerta mayor, la Doloritas, su madre:

<sup>18</sup> Juan Rulfo, *op. cit.*, p. 102.

<sup>19</sup> Segunda Epístola a los Corintios, 5, 6-8, *op. cit.*, pp. 1656 y 1657.

<sup>20</sup> Juan Rulfo, *op. cit.*, p. 7.

<sup>21</sup> *Idem.*

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 8.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>25</sup> *Idem.*

<sup>17</sup> Epístola a los Filipenses, 3, 21 y 22, en Biblia..., p. 1684.



—¿No me oyes? —pregunté en voz baja.  
 Y su voz me respondió:  
 —¿Dónde estás?  
 —Estoy aquí, en tu pueblo. Junto a tu gente.  
 ¿No me ves?  
 —No, hijo, no te veo.  
 Su voz parecía abarcarlo todo. Se perdía más allá de la tierra.  
 —No te veo.<sup>26</sup>

Juan Preciado hablará con muertos, hasta que terminará por asemejarse a sus otros, terminará por hablar y vivir como un fantasma: con el cuerpo completamente muerto.

“El hombre impúdico en su cuerpo carnal: no cesará hasta que el fuego le abrase”,<sup>27</sup> y “aquello [Comala] está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno. Con decirle que muchos de los que allí se mueren, al llegar al infierno regresan por su cobija”.<sup>28</sup>

En el terreno de los muertos, las cosas y las personas se confunden. Lo animado pierde valor ante lo inerte. Las fotografías sudan, calientan el corazón como “si ella también sudara”<sup>29</sup> y los cuerpos son de trapo. Comala es el territorio donde no vale el orden del cuerpo, donde no se tiene cuerpo. Desde que el fantasma entró al baño y la muerta agarró con firmeza las manos del

hijo, los espíritus dictan la orden sobre la carne. “Me sentí en un mundo lejano y me dejé arrastrar. Mi cuerpo, que parecía aflojarse, se doblaba ante todo, había soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él como si fuera de trapo.”<sup>30</sup> El cuerpo es despojado de su orden propio desde que se llega a Comala, el de Juan Preciado se vuelve, como “si fuera de trapo”, se le ha vuelto una cosa, algo que NO es cuerpo.

El mundo sin cuerpo es donde da lo mismo esto que aquello: “Me diste una dirección mal dada [le dice Juan Preciado a su mamá]. Me mandaste al ‘¿dónde es esto y dónde es aquello?’”<sup>31</sup>

En el mundo sin cuerpo da lo mismo cualquier dirección y cualquier identidad, por esto es lo mismo casarse con una o con otra, como la historia de la Chona del padre viejo.<sup>32</sup>

Para que Juan Preciado deje por completo el cuerpo, en el viaje llamado morir, seguirá los pasos de dos vivos, los primeros que encuentra en Comala, la pareja incestuosa que lo recibe en su cuarto.

—¿No están muertos? —les pregunté.  
 Y la mujer sonrió. El hombre me miró seriamente.  
 —Está borracho —dijo el hombre.  
 —Solamente está asustado —dijo la mujer.<sup>33</sup>

Porque llega el momento en que Juan Preciado topa con dos vivos en Comala. Dos vivos con dos cuerpos desnudos “porque ella estaba en cueros, como Dios la echó al mundo. Y él también”.<sup>34</sup> Estos dos cuerpos vivos están en un cuarto que tiene la mitad del techo caído. “Las tejas en el suelo. El techo en el suelo. Y en la otra mitad un hombre y una mujer.”<sup>35</sup> El hombre y la mujer desnudos, con cuerpo, son una pareja de incestuosos, una pareja presa del pecado que no tiene perdón, no sólo en la mirada de la ley bíblica, sino también en la mirada de cualquier ley social, el pecado que está en los cimientos mismos de la estructura de la sociedad, el pecado máximo, el imperdonable (según san Levy Strauss, no los corintios), el que destruirá desde lo más profundo los vínculos sociales, el que pone el techo en el piso, y el piso en el techo. El pecado que confesado recibe esta respuesta:

—Eso no se perdona —me dijo.  
 —Estoy avergonzada.  
 —No es el remedio.  
 —¡Cásenos usted!  
 —¡Apártense!  
 —Yo le quise decir que la vida nos había juntado, acorralándonos y puesto uno junto al otro. Estábamos tan solos aquí, que los únicos éramos nosotros. Y de algún modo había que poblar el pueblo. Tal vez tenga ya a quien confirmar cuando regrese.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>27</sup> Eclesiástico, 23, 15, en Biblia..., p. 987.

<sup>28</sup> Juan Rulfo, *op. cit.*, p. 10.

<sup>29</sup> *Idem.*

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>32</sup> V. *ibid.*, pp. 59 y 60.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>34</sup> *Idem.*

<sup>35</sup> *Idem.*

- Sepárense. Eso es todo lo que se puede hacer.  
 —Pero ¿cómo viviremos?  
 —Como viven los hombres.<sup>36</sup>

¿Y cómo es que viven los hombres? Sin cuerpos, *afantasmados*, muertos. El sacerdote los condena a repetir el destino de los demás habitantes de Comala, esto es, la descorporeidad absoluta, la muerte. Un destino suicida, sin siquiera aire para respirar. Un ahogado dictado por la ley sagrada.

Incluso estos dos hermanos incestuosos, hechos a la vista de carne, son al tacto de otra materia: “El cuerpo de aquella mujer hecho de tierra, envuelto en costras de tierra, se desbarataba como si estuviera derritiéndose en un charco de lodo. Yo me sentía nadar entre el sudor que chorreaba de ella.”<sup>37</sup>

Del brazo de los dos vivos, Juan Preciado encuentra el aire irrespirable, distingue lo vivo de lo muerto, encuentra la vida invivible, y mejor se muere. Juan Preciado abandona del todo su cuerpo y, como no encuentra aire para respirar, como lo acribillan los murmullos de Comala, muere. Escribió San Pablo en la Epístola a los Romanos: “¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?”<sup>38</sup> Libre del cuerpo, Juan Preciado se deja guiar por los muertos hasta su última morada. Y ahí queda por los siglos de los siglos (o hasta que llegue la hora de la resurrección, que no aparece en la novela) al lado de Dorotea. Comparten la misma fosa, el mismo ataúd, el mismo espacio de muerte.

### 3. El fantasma de dos caras

“En el cielo me dijeron que se habían equivocado conmigo. Que me habían dado un corazón de madre, pero un seno de una cualquiera”,<sup>39</sup> dice Dorotea. Por un lado, la virgen pura, la sin cuerpo, la que concibe sin pecado y fue concebida sin pecado, la del cuerpo completamente puro, casi angelical, casi sin cuerpo (si se me permite, casi fantasmal), guía el corazón de Dorotea, pero por el otro, su seno infértil, castigado como el de “una cualquiera”, rige sus actos.

Si seguimos la lógica de la figura de Dorotea, las mujeres son estériles por sentir deseo, y son fértiles por castidad, por no echar a andar su cuerpo y su deseo. Los hijos se tienen porque no se tiene cuerpo. ¿Todos los hijos son entonces Cristos que redimirán a este mundo sin lógica? ¿O todas las mujeres poseídas contra su voluntad son las salvadoras, si no de la humanidad, por lo menos de la especie, al ser artífices de la procreación? Una mujer que recibe la visita del pecador Pedro Páramo (“el cuerpo enorme de Pedro Páramo” —no sólo con cuerpo, sino con un cuerpo enorme— “se columpiaba sobre la ventana de la chacha Margarita”<sup>40</sup>), la chacha Margarita, semeja la imagen redentora del Sagrado Corazón cuando queda presa en los brazos de Pedro

Páramo, sólo que en lugar de mostrar el corazón por el pecho, lo tirará fuera del cuerpo por la boca: “Aquel pequeño cuerpo azorado y tembloroso que parecía iba a echar fuera su corazón por la boca. ‘Puñadito de carne’, le dijo.”<sup>41</sup>

Dorotea, la de dos rostros, ha sido la seguidora de mujeres de Miguel Páramo, la artífice de violaciones, la que hace valer la ley de la maldad del cuerpo con su corazón de madre (virgen) y su vientre de una cualquiera. La que deja a las mujeres sin cuerpo, la que las vuelve las violadas, las de hijos paridos en un petate cuando el padre es dueño de todo lo que ven los ojos:

era yo la que le conseguía muchachas al difunto Miguelito Páramo... yo era la que le conchavaba las muchachas a Miguelito... Algunas veces, sí [se las llevaba]. Otras nomás se las apalabraba. Y con otras nomás le daba el norte. Usted sabe: la hora en que estaban solas y en que él podía agarrarlas descuidadas.<sup>42</sup>

En Dorotea el bien y el mal se tocan, conviven en el mismo tórax. Es el fantasma de dos caras. Recordemos otra vez a San Pablo:

Porque, cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas, excitadas por la ley, obraban en nuestros miembros, a fin de que produjéramos frutos de muerte... ¿Qué decir, entonces? ¿Que la ley es pecado? ¿De ningún modo! Sin embargo yo no conocí el pecado sino por la ley. De suerte que yo hubiera ignorado la concupiscencia si la ley no dijera: *¡No te des a la concupiscencia!* Mas el pecado, tomando ocasión por medio del precepto, suscitó en mí toda suerte de concupiscencias; pues sin ley el pecado estaba muerto. ¡Ah! ¡Vivía yo un tiempo sin ley!, pero en cuanto sobrevino el precepto, revivió el pecado y yo morí; y resultó que el precepto, dado para vida, me fue para muerte. Porque el pecado, tomando de ocasión por medio del precepto, me *sedujo*, y por él, me mató.

Así que, la ley es santa, y santo el precepto, y justo y bueno. Luego ¿se habrá convertido lo bueno en muerte para mí? ¿De ningún modo! Sino que el pecado, para aparecer como tal, se sirvió de una cosa buena, para procurarme la muerte, a fin de que el pecado ejerciera todo su poder de pecado por medio del precepto.<sup>43</sup>

En Susana San Juan, en cambio, sólo cabe el cuerpo, a pesar de los esfuerzos que hizo Pedrito Páramo por sacarla de él: “es la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra”,<sup>44</sup> dice Pedro adulto. Susana San Juan desea, se baña desnuda en el mar, ama con el cuerpo a su hombre, pero esto no tiene cabida en Comala, el pueblo que ella odia tanto, y cuando vuelve a Comala, Susana San Juan refugia su deseo en sus sueños, sueña amar con el cuerpo, Comala no permite la sobrevivencia ni del cuerpo más perfecto. A pesar de no ser un sobreviviente, su cuerpo, en la cabeza de Pedro Páramo, infunde de vida al pueblo. Cuando muere, cuan-

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 67 y 68.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 74.

<sup>38</sup> Epístola a los Romanos, 7, 24, en Biblia..., p. 1620.

<sup>39</sup> Juan Rulfo, *op. cit.*, p. 78.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 135.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 139.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 95.

<sup>43</sup> Epístola a los Romanos, 7, 5-13, *op. cit.*, p. 1619.

<sup>44</sup> Juan Rulfo, *op. cit.*, p. 109.

do pierde de manera definitiva su cuerpo, Susana San Juan trae la esterilidad a la Media Luna y la ruina a Comala:

Desde entonces la tierra se quedó baldía y como en ruinas. Daba pena verla llenándose de achaques con tanta plaga que la invadía en cuanto la dejaron sola. De allá para acá se consumió la gente; se desbandaron los hombres en busca de otros "bebederos". Recuerdo días en que Comala se llenó de "adioses" y hasta nos parecía cosa alegre ir a despedir a los que se iban.<sup>45</sup>

#### 4. La ley del padre, la ley de Pedro Páramo

Hemos argumentado que el desorden del cuerpo y el orden de los fantasmas es hijo de la ley sagrada, pero ahora vamos a echarle la culpa por un momento a la ley del padre. Incluso preguntaremos: ¿no es la ley del padre la gestora de la temida ley sagrada?

El padre lo es sin cuerpo, si tomamos en cuenta que transmite su calidad de padre a través del semen (la idea, lo intocable), y no de la matriz (el cuerpo). La matriz une al bebé con la madre de una manera corporal. Pero el semen, en el caso de la paternidad, no crea sino una liga ilusoria, no corpórea, de alguna manera *fantasmal*. Entre la madre y el hijo(a) existe una liga hecha de cuerpo; durante el embarazo son la misma carne, una sangre común. En cambio, el padre está unido a su vástago solamente por una suposición, "confiamos", "creemos" que es el padre. El semen no es carne ni es sangre, no es un cuerpo aparente, que toque el nexo padre-hijo.

Tres hijos vemos de Pedro Páramo: Juan Preciado, Miguel Páramo (el único que lleva su apellido) y Abundio. Sabemos que hay muchos otros "nuestras madres nos malparieron en un petate aunque éramos hijos de Pedro Páramo. Y lo más chistoso es que él nos llevó a bautizar".<sup>46</sup>

Los tres hijos conocidos están muertos.

Toda la tierra de la Media Luna y el pueblo de Comala pertenece a la ley de Pedro Páramo (por el abuso con que venga la ausencia de su cuerpo), y pertenece a la ley de los que no tienen cuerpo:

¿Ve aquella loma que parece vejiga de puerco? Pues detrasito de ella está la Media Luna. Ahora voltié para allá. ¿Ve la ceja de aquel cerro? Véala. Y ahora voltié para este otro rumbo. ¿Ve la otra ceja que casi no se ve de lo lejos que está? Bueno, pues eso es la Media Luna de punta a cabo. Como quien dice, toda la tierra que se puede abarcar con la mirada. Y es de él todo ese terrenal.<sup>47</sup>

Estos tres hijos serán en las páginas de la novela fantasmas parlantes, perfectos seres sin cuerpo. Incluso sin cuerpo, Miguel hace actos corporales:

"Dicen que por allá anda el ánima. Lo han visto tocando la ventana de fulanita. Igualito a él. De chaparreras y todo."<sup>48</sup>

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 103.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>47</sup> *Idem.*

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 39.

Éste es el orden del padre, de Pedro Páramo, ésta la legitimidad que propone Pedro Páramo para sus hijos.

El padre, Pedro Páramo, abre la puerta para la condición de seres sin cuerpo, los incita a entrar al orden de los murmullos. Fantasmas, ecos, repeticiones: las huellas sin cuerpo de la culpa. Hijos de una madre a la que el padre ha condenado a parir sobre un petate, aunque sea dueño usurpador de cuanto miran los ojos, los sin cuerpo se suman a esta ceremonia de murmullos.

#### 5. Por lo redondo

Por lo redondo, la madre, la abuela y los rezos quitaron el cuerpo a Pedrito. Pedrito, hecho Pedro, quitó el cuerpo a sus hijos, habiéndoles arrebatado primero a algunas de las madres su tierra legítima y dejando a los hijos sin riqueza alguna. Pedro Páramo a la manera del conquistador, las madres a la de la Malinche. Artífice de violaciones, Pedro crea fantasmas. Las violadas y la legítima (que lo es sólo en apariencia, porque ha sido recogida por conveniencia) también dan a luz a fantasmas. La que sí tiene cuerpo, lo pierde en la viudez y una posible tropelía de su propio padre, su Barlomé San Juan, que algo tiene de un Pedro Páramo privado, con servicio a domicilio. La pareja de amantes es incestuosa, hermano y hermana. Los que caminan van muertos y los que han muerto hablan y caminan. ¿Qué mundo terrible es éste? Mucha guerra haremos contra Lucifer, pero, ¿quién podrá cuidarnos de nuestra religión, de nuestro padre y de nuestra madre?

En el nombre del padre, del Sagrado Corazón del hijo, y de los fantasmas, que la literatura nos ampare, que nos lleve de la mano hacia un cuerpo corpóreo, que sea carne de nuestra carne, y sangre de nuestra sangre. Amén. ♦



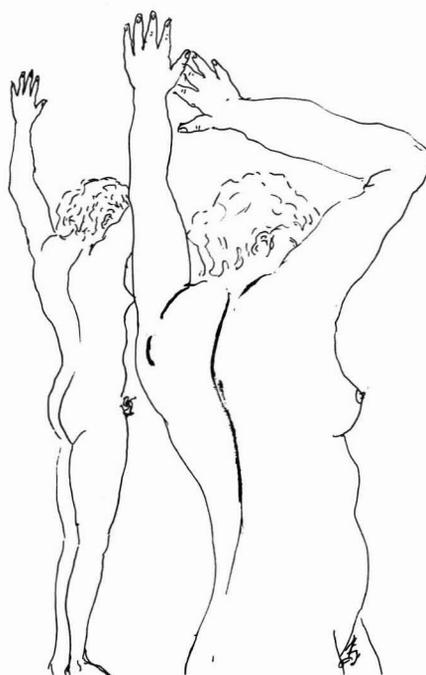
## Meditaciones y acciones

SANTIAGO GENOVÉS

Entendemos por universitario a aquel que empeña su vida en la búsqueda de mayor conocimiento. Que posee ya algunas bases históricas, químicas, biológicas, físicas, literarias, humanísticas, artísticas, psicológicas, económicas, filosóficas, lógicas, éticas, matemáticas, etcétera—primaria, secundaria, preparatoria—y se embarca en ir más allá de lo ya conocido y aparentemente establecido, bien sea a través de la difusión, la academia o la investigación. Así, nos dirigimos a los estudios *superiores* sin haber yo logrado saber jamás si existen y dónde se ubican los estudios *inferiores*, ya que se trata de una escalera cuyos escalones utilizamos: no se alcanza el más alto desde el cielo sino comenzando por el más bajo: no hay árbol y hojas sin raíces: no hay nada *superior* ni *inferior*.

En la Universidad ejercitamos y avanzamos gracias a cerebro y mente pero necesitamos buenos pies para llegar a ella. Uno de los medulares problemas de las universidades en nuestro país—lo sabemos bien todos—es que un alto porcentaje de los que a ellas acudimos vamos medio cojos, medio ciegos, medio sordos. ¿Por qué? Porque las bases que se nos dieron solieron ser unilaterales, carentes del sentido pedagógico, sociológico y psicológico de la ineludible necesaria transdisciplinariedad que exige toda búsqueda de mayor conocimiento, de mayores dudas.

Grandes hombres y mujeres, siempre y desde siempre, han demostrado, mantenido y mostrado (Herodoto, Horacio, Sócrates, Platón, Clitemnestra, Cervantes, Shakespeare, Ramón y Cajal, Machado, Einstein, Borges, Unamuno, Ortega y Gasset, Zambrano, etcétera—tan diferentes entre sí—) que no hay nada mejor para centrarnos en las verdaderas esencias de lo más fundamental, tanto en nuestras



breves vidas como en la búsqueda de lo desconocido, que una grave enfermedad, encamados, a disposición de los buenos galenos, solos y sólo con nuestra alma, cerebro, mente y corazón. Ahí, al borde de una posible ida al irreversible más allá, es donde, a fortiori, solemos ver claro; sin esfuerzo alguno se separan las cotidianas convencionales nimiedades de las esencias. Sin buscarlas, ellas solas vienen o se van. Es la real crisis base y sustento de la evolución del hombre en su forma más desnuda.

Encontréme en ello hace unos días. De ahí estas líneas.

Así, sin buscarlo, me hallé meditando, meditando mucho. Con más de cuarenta años en la UNAM y más de cincuenta en la investigación, académica y difusión, tranquilo y sin aspavientos se apareció el duende que, aunque muy flamenco y lorquiano, trasciende al cante y baile; a la literatura y a la poesía. Mi experien-

cia es que el duende nos da pautas, jugando, jugando, para todo lo trascendente, bello, válido y útil que constituye la cultura que somos. Sin cultura todavía andaríamos por las ramas o a cuatro patas. Tendríamos vida pero no transmitiríamos más que biología.

Aterrizo después de volar. No hay aterrizaje posible sin que antes haya vuelo, como no hay vuelo sin fuertes pies que inicien el despegue: “Perogrullo”; “el huevo y la gallina”; las innumerables “leyes de Murray”, etcétera.

Ya aterrizado leo algo, sólo los titulares del periódico: esas hojas llenas de palabras que anuncian, venden, plagadas de *noticias sensacionalistas*. En noventa y nueve por ciento nada esencial. Flores de un día que—aunque de papel—se marchitan antes de que la noche caiga.

Paro mientes, no obstante, en que por vez primera en nuestra historia (historia que no existe, sino sólo la interpretación de la historia [Toynbee, O’Gorman, etcétera]) vamos a tener en el D. F. un gobernante, un servidor público, elegido por sus pobladores.

Ahí va: la Universidad Nacional Autónoma de México se ubica en el D. F. La UNAM se rige—investigación, academia, difusión—autonómicamente. Por lo que delinea el señor rector, colaboradores, directores, maestros, alumnos, trabajadores universitarios; sin embargo no es cabalmente autónoma presupuestalmente. El gobierno federal la mantiene. ¿Se convertirá pues, en el próximo futuro, en universidad estatal? ¿Ganará así más *espíritu* universitario o lo perderá un poco? ¿Qué sucederá gane la hoy regencia capitalina el PRI, el PAN, el PRD o el nuevo partido de Camacho Solís? Medito sobre ello en mi casi aislado lecho de enfermo. No, no son fruslerías, son esencias—el duende—ya que la UNAM, sita en el D. F., y siendo Nacional es, al parecer y en casi todos los aspectos, algo más que todas las demás universidades del país juntas, sin que esto sea, para nada, peyorativo para ninguna de ellas.

En eso que se llama política y que yo, bien a bien, no sé qué es lo que es, se nos comienza a decir y oímos de voz de todos los posibles candidatos sesudas o no tan sesudas palabras acer-



ca de que les creamos, ya que ellos lo respaldarán con hechos. Las palabras son de hoy y se las suele llevar el viento. Los hechos son de mañana y nadie puede saber o adivinar si se realizará o no lo prometido. Lo de "que la nación me lo demande" jamás lo he visto plasmado en hechos en lo que a las grandes alturas políticas se refiere.

Amén de ello, en su momento se anunció, democráticamente, que comenzaban las campañas en las que cada candidato expondría —radio, televisión, periódicos, diversas entidades y comunidades, etcétera— sus razones para que por alguno de ellos votemos.

Muy bien, pero, yo mismo, creo no disponer del tiempo para oírlos a cada uno, a todos, y continuar con mi vida universitaria. ¿Qué hacer? Pienso que hay que inventar otra democracia, otras maneras de democracia participativa sin por ello estar todo el día pendiente y al tanto de la democracia. No somos la Atenas clásica. Somos alrededor de veinte millones de *defeianos*.

Todo esto, aún encamado. Salgo del hospital un tanto desmadejado y aún débil pero me reincorporo a mi vida universitaria, el mayor bien que poseo de vida y en el que quiero continuar. Leo, no obstante:

Hay 358 personas en el mundo cuya fortuna supera la renta anual de un conunto de países en los que vive 45% de la población mundial. Es decir, menos de cuatrocientas personas tienen más dinero que la mitad de los habitantes de todo el mundo. Al leer el Informe de las NU, el papa Juan Pablo II exclamó: "El contraste de ricos y pobres es insoportable."

Y más adelante:

Entre 15.5 y 18.5% de los niños latinoamericanos entre 10 y 14 años trabajan. Ello significa que en 1990, entre 8.8 y 10.5 millones de menores laboraban. Si se tiene en cuenta

que muchos niños empiezan a trabajar a los cinco o seis años de edad y existe la tendencia a subdeclarar el número de menores que trabajan, particularmente en áreas rurales, el total puede ser significativamente mayor, por lo que la cifra podría llegar a 15 o 18 millones, según información de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), contenida en la publicación *Panorama Laboral 1996*.

Entre cinco y diez por ciento de los niños realizan tareas en el ámbito familiar, pero cerca de cincuenta por ciento lo hace en condición de asalariados con predominio del trabajo rural. Cincuenta y seis por ciento de los menores de 18 años trabajaban en faenas agrícolas en 1990. En el caso de Brasil, 52% de los menores entre 10 y 14 años laboraba, mientras que 70% de los niños que trabajaban en Perú lo hacía en zonas rurales.

Todo esto, y mucho más, aparece en el "Informe sobre el desarrollo humano, 1996" de las Naciones Unidas.

La Universidad, los estudios superiores, pienso, éticamente, no pueden ser o estar ajenos a esta realidad del supuesto *desarrollo*, o caemos en *la torre de marfil*. La búsqueda de conocimiento —investigación, academia, difusión— está y es para encontrar maneras y for-

mas de que estos innobles, desiguales, antidemocráticos y vergonzosos hechos dejen de constituir una hiriente realidad.

Sean cuales sean las futuras relaciones formales con la política del inmediato futuro —gobernador del D.F.—, sin entrar en política y aun menos en politiquerías, es papel de la UNAM, querencia y deber ético y estético nuestro, ayudar seriamente a que no sea lo que es y que transcribí.

Es así que "Por mi raza hablará el espíritu". No podemos quedarnos ciegos, mudos y sordos, sino que con imaginación y método transformar el cuento —creo de Borges— en el que se le pregunta a un niño si es cristiano o mahometano. Responde el niño: "yo lo tengo es hambre y mi padre no tiene trabajo".

La posible solución nos corresponde a los que estudiamos, experimentamos, investigamos y difundimos, tanto o más que al *servidor público*. A los que hemos sido entrenados para que nuestros conocimientos no se queden sólo en un más o menos erudito trabajo que se publica y así obtener un más elevado PRIDE. Nos corresponde a los que con amor y pasión dedicamos nuestras vidas a ir más allá de tocar mejor que nadie una nota dada.

Tal vez ahora, con el venidero cambio y con transdisciplinario espíritu podamos lograrlo, en el ámbito de una seria meditación que conlleve a una aún más seria acción.

Me voy a la UNAM en donde hoy daré una clase sobre evolución del hombre. Desde luego no me referiré sólo a restos óseos fósiles nuestros o de otros primates, DNA, ambiente, cronologías. Me referiré a la evolución biológica integrada, a fortiori, a lo cultural.

Me voy tranquilo a la cama. Me siento como cuando, de niño, mi madre me ponía su suave mano sobre la frente y el mundo era un dulce sueño.

Callar, callar  
nada decir  
oír, soñar  
ir al mar  
callar...

Medité, impartí mi clase, dormí, soñé. Ahora, al levantarme, me encuentro todo acción. Es, creo, el equilibrio universitario el que nos lleva siempre a más, al cielo, sin alejar ni los pies de la tierra ni el alma de la mar, de la que venimos. ♦

# Tópica literaria en la poesía novohispana

ARTEMIO LÓPEZ QUIROZ

Si yo me pusiese a publicar... las obras de algún autor difunto siete siglos ha —decía José Cadalso en la “Introducción” a sus *Cartas marruecas* (1774)—, yo mismo me reiría de la empresa, porque me parecería trabajo absurdo el de indagar lo que quiso decir un hombre entre cuya muerte y mi nacimiento habían pasado seiscientos años.<sup>1</sup>

¿Y qué decir, a su muy particular modo de ver, de aquellos estudiosos interesados en la historia literaria de su competencia que se dan a la tarea de comentar y promover dichos vestigios documentales?; algunos, advertía el autor un poco antes,

descargan de notas, comentarios, corolarios, escolios, variantes y apéndices, ya agraviando el texto, ya desfigurándolo, ya truncando el sentido, ya abrumando al pacífico y muy humilde lector con noticias impertinentes, o ya distrayéndole con llamadas inoportunas, de modo que... adquieren para sí mismos, a costa de mucho trabajo, el no esperado, pero sí merecido, nombre de fastidiosos.<sup>2</sup>

Si a esas vamos, mucho tendría que retrucar el mismo Cadalso a quienes han editado sus obras —sin duda “a costa de mucho trabajo” — para que nosotros, sin tomarnos el esfuerzo que implica la investigación bibliográfica y la reflexión detenida, citeamos sus palabras con el fin de dar inicio a una reseña. Nada importa que sean “siete siglos” o poco más de trescientos años los que hayan transcurrido desde la muerte del escritor estudiado: las ideas del hombre trascienden la frontera trazada por la muerte, sobreviven al paso del tiempo y cobran valor histórico al momento en que algún “fastidioso” las reconoce en el escrito.

<sup>1</sup> José Cadalso, “Introducción” a las *Cartas marruecas*, prólogo de Ramón Solís, Salvat Editores/ Alianza Editorial (Biblioteca General Salvat, 100), Navarra, 1973, p. 23. Las itálicas son de Cadalso.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 22.

Una obra editada por el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM en 1996, *Tiempo y muerte en la poesía de Luis de Sandoval Zapata (la tradición literaria española)* de Arnulfo Herrera, es el ejemplo que aquí me propongo comentar.

A 326 años del fallecimiento de Luis de Sandoval Zapata (1618?-1671, “gran poeta, con toda la boca”, según lo hubo denominado su descubridor moderno, el padre Alfonso Méndez Plancarte), Arnulfo Herrera se propuso un análisis que libró con mucho las palabras de quien había descalificado el oficio filológico en torno a los poetas de pasados siglos.

Si, en efecto, no se trata de *agraviar* o *desfigurar* una obra de interés nacional, sí de documentarla con el fin de que los lectores *modernos* podamos comprender los móviles que impulsaron su realización. En ese sentido, el trabajo de Arnulfo Herrera pretende llevarnos a la época novohispana y, con base en argumentos propiamente documentados, mostrar las influencias gracias a las cuales Luis de Sandoval Zapata pudo convertirse en el gran poeta de

“los veintinueve sonetos”.<sup>3</sup> Tal vez sea por ello que Herrera dedicó la primera parte de su libro —“Tiempo”— al estudio de los tópicos que ambientaron a la poesía española durante los siglos XVI y XVII, y que, sin tanto esfuerzo, fueron adoptados por poetas como fray Miguel de Guevara, Cayetano de Ocha y Arín y el malmirado Manuel de Quirós y Camposagrado, entre otros. Aunado a ello, la intención un tanto pedagógica del investigador es móvil para reflexionar sobre la relevancia de los *géneros* y *subgéneros* literarios (divisiones temáticas algo despreciadas en nuestros días, cuando no ignoradas) al elaborar un estudio de intenciones filológicas. Es posible —dice Arnulfo Herrera, luego de los “Apuntes para una biografía de Luis de Sandoval Zapata”, con que inicia su estudio<sup>4</sup>—

que para nosotros resulte ambigua la división temática de los subgéneros literarios que se manejaba durante los Siglos de Oro de la literatura española. Sin embargo, para los poetas de aquella época estaba bien claro que cada

<sup>3</sup> Todos ellos fueron publicados, hace unos diez años, por el Fondo de Cultura Económica. Véase, para la obra hasta entonces conocida, Luis de Sandoval Zapata, *Obras*, FCE (Letras Mexicanas, s/n), México, 1996, 144 pp. Los sonetos aparecen en las pp. 80-108.

<sup>4</sup> Arnulfo Herrera, “Introducción”, a *Tiempo y muerte en la poesía de Luis de Sandoval Zapata (la tradición literaria española)*, IIE-UNAM, México, 1996, pp. 13-51.





tema requería de un tratamiento específico establecido por la costumbre y sancionado por la tradición, es decir, de una forma y un estilo “probados” que estuvieron acordes con el asunto que se habría de tratar.<sup>5</sup>

Luego de una lectura cuidadosa del primer apartado, resulta claro que ese “tratamiento específico” acostumbrado por los poetas peninsulares y novohispanos en cada uno de sus temas—muchos de los cuales fueron “recuperados y mezclados con temas bíblicos por la cultura medieval” y permanecieron vigentes todavía en el siglo XVIII—, a diferencia de hoy, era entendido por los lectores contemporáneos aún cuando los estilos “parecían no respetarse”. Arnulfo Herrera dilata su comentario en torno a los tópicos de la poesía española a lo largo de cincuenta páginas, y gracias a ellas es posible tener un panorama preciso sobre “El *relax* como subgénero poético” y, juntamente, descubrir su relación con otras temáticas (esto es, el estrecho vínculo que unía al *tópico del relax*, presente en la Nueva España ya desde el *Cancionero* de Pedro de Trejo, con, por ejemplo, los poemas del “Tiempo y la cuenta” analizados en el capítulo 3 de la

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 53.

parte primera: “El tiempo como ‘pasa-tiempo’”). En términos literarios, dice Herrera—hablando acerca de las composiciones hispanas y novohispanas que se insertan en esta forma de “tratamiento”—, “estos poemas están basados en los preceptos de la imitación y subyacen en ellos los planteamientos de los sonetos... de Garcilaso..., de Cetina... y, desde luego, del texto de Boscán ‘Un nuevo amor, un nuevo bien me ha dado’”.<sup>6</sup> Así, no sólo se descarta la aparente *autonomía* de un poeta como Sandoval Zapata en el panorama de la literatura colonial, sino que se pone de relieve la importancia que para él

y otras figuras del primer Siglo de Oro tuvo el recurso de la *imitación*.

Con todo, hay que subrayar la particularidad de Sandoval en el sentido de que, a diferencia de sus antecesores, “sus versos son humanos porque sin heroísmos o jactancias de palestra literaria recuperan la dignidad del hombre”. De él dice Herrera, en una breve caracterización:

Su fama póstuma, la que ha llegado hasta nosotros con sus escasos versos, proclama a un frecuentador del fuego y la ceniza; un gran poeta que, en el dominio de su arte, aprendió las míticas facultades de la salamandra y el fénix.<sup>7</sup>

¿Y cómo no?, si nos dejó poemas como el que en seguida traslado:

Riesgo grande de un galán  
en metáfora de mariposa

Vidrio animado que en la lumbre atinas  
con la tiniebla en que tu vida yelas,

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 87, en el capítulo 4: “Algunos relojes, avisos y despertadores en la literatura de la lengua española”.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 102, capítulo 6: “Los relojes ‘del fuego y la ceniza’”

y al breve tiempo del morir anhelas  
en la circunferencia que caminas.

En poco mar de luz ve oscuras ruinas,  
nave que desplegaste vivas velas;  
la más fúnebre noche que recelas  
se enciende entre la luz que te avecinas.

No retire tu espíritu cobarde  
el vuelo de la luz donde te ardías,  
abrásate en el riesgo que buscabas.

Dichosamente entre sus lumbres arde,  
porque al dejar de ser lo que vivías  
te empezaste a volver en lo que amabas.<sup>8</sup>

La segunda parte del trabajo está orientada al tema de la “Muerte”. Enfocado especialmente al soneto que Sandoval dedicó “A una cómica difunta”, el apartado se ocupa de comentar “la poética del barroco que se practicó en la Nueva España durante el siglo XVII”. Tomando como fuente primaria del subgénero llamado elegía funeral—el cual reunía las composiciones que tenían el propósito de evocar “los pasajes del fenómeno mortuorio”— el “Soneto XXV de Garcilaso,<sup>9</sup> Herrera evalúa la composición sandovaliana concluyendo que en ella se puede encontrar

la característica literaria más encomiable del novohispano: la obstinada voluntad de transformar su referencia de origen, de reducirla encerrándola en el ámbito estrecho de un solo tema para concentrarlo y reiterarlo en metáforas de intensidad creciente hasta la resolución final.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Luis de Sandoval Zapata, *op. cit.*, p. 95.

<sup>9</sup> Aquel que dice: “¡Oh hado esecutivo en mis dolores, / como sentí tus leyes rigurosas! / Cortaste el árbol con manos dañosas, / y esparciste por tierra fruta y flores. // En poco espacio yacen mis amores / y toda la esperanza de mis cosas, / tornadas en cenizas desdeñosas, / y sordas a mis quejas y clamores. // Las lágrimas que en esta sepultura / se vierten hoy en día y se vertieron / recibe, aunque sin fruto allá te sean, // hasta que aquella eterna noche oscura / me cierre aquestos ojos que te vieron, / dejándome con otros que te vean.” Véase Garcilaso de la Vega, *Poesía castellana completa*, edición de Consuelo Burell, primera edición, REI (Letras Hispánicas, 42), México, 1988, p. 195.

<sup>10</sup> Herrera, *op. cit.*, p. 104

No obstante el “evidente error” modificado, hace años, por el padre Alfonso Méndez Plancarte<sup>11</sup> —aquel que repite las rimas de los versos segundo y tercero (“hermosura”)—, el autor reitera que “ninguna de las otras piezas [de Sandoval Zapata] es tan emotiva e impresionante como el soneto a la cómica difunta”. Dice así (téngase en cuenta el referente garcilasiano para la cuestión de los *géneros*):

Aquí yace la púrpura dormida;  
aquí, el garbo, el gracejo, la hermosura,  
la voz de aquel clarín de la hermosa [sic]  
donde templó sus números la vida.

Trompa de amor para la lid convida  
el clarín de su música blandura,  
hoy aprisiona en la tiniebla oscura  
tantas sonoras almas una herida.

La representación, la vida airosa  
te debieron los versos, y más cierta;  
tan bien fingiste amante, helada, esquiva,

que hasta la muerte se quedó dudosa  
si la representaste como muerta  
o si la padeciste como viva.<sup>12</sup>

Si, en efecto, hoy comprendemos que los versos de Garcilaso tal vez tuvieron “menos elementos vitales de los que nos gustaría hallar... y en cambio, sí, mucho de literatura”, quizá podamos explicar el hecho de que en nuestro tiempo el concepto de ‘imitación’ resulte absurdo para el contexto de la poesía novohispana y española de aquellos años. Y es que a veces

los lectores en nuestro siglo no entienden por qué se dice que los mejores sonetos de Quevedo se deben a traducciones casi literales de DuBellay, Camoens, Séneca, Marcial, Virgilio, etcétera,

o por qué Sor Juana “tiene una inmensa deuda con Góngora y los principales poetas latinos, entre una serie incuantificable de mode-

<sup>11</sup> Arnulfo Herrera comenta la versión del padre Alfonso en el capítulo 6 de su segunda parte: “La edición de Alfonso Méndez Plancarte”, pp. 144-157. Véase Alfonso Méndez Plancarte, *Poetas novohispanos. Segundo siglo (1621-1721). Parte primera*, Coordinación de Humanidades-UNAM (BEU, 43), México, 1995, 260 pp.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 105 y 106. La adición entre corchetes es de Herrera

los españoles”.<sup>13</sup> La importancia del recurso de la imitación ha sido comentada por Arnulfo Herrera en el capítulo 9 y último de su libro, con el objeto no sólo de justificar esa *costumbre* entre los poetas de los Siglos de Oro, sino —mejor— de mostrar que el procedimiento era perfectamente aceptado por la mayoría en esa época. Se puede, pues, decir que Sandoval —tomando como modelo al Garcilaso del poema “¡Oh hado ejecutivo en mis dolores...!”—, o al Lope del soneto “A la muerte de una dama”<sup>14</sup>—

cumplió ampliamente con los requisitos exigidos por los estrictos cánones de la imi-

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 198, capítulo 9: “Un breve comentario al recurso de la imitación artística” (segunda parte).

<sup>14</sup> El que dice: “Yacen en este mármol la blanda, / la tierna voz, la enamorada lira, / que vistió de verdades la mentira / en toda acción de personal figura; // la grave del coturno compostura, / que ya de celos, ya de amor suspira, / y con donaire, que imitado admira, / del tosco traje la inocencia pura. // Fingió toda figura de tal suerte, / que, muriéndose, apenas fue creída / en los singultos de su trance fuerte. // Porque, con tan bien fingió en la vida, / lo mismo imaginaron en la muerte, / porque aun la muerte pareció fingida.” *Apud*, Herrera, pp. 190-191.

tación renacentista (a su vez remembranza de la *imitatio* clásica) que también rigieron al barroco, con lo cual se engrandece su figura de poeta.<sup>15</sup>

Es significativo que Arnulfo Herrera concluyera su estudio con este comentario. La conveniencia de que hoy comprendamos la *imitación* literaria renacentista —diríamos para concluir— responde a la necesidad de conocer (sin *desfigurar* ni *agraviar*) toda una época. Así es como lo entendió el investigador en su *Tiempo y muerte en la poesía de Luis de Sandoval Zapata*, y así es como lo requiere “nuestro escaso conocimiento de los mundos que alimentaban esta metaliteratura”; porque ello ha sido, sin duda, lo que “nos hizo mantener hasta hace pocos años los restos conocidos de la poesía novohispana en el ‘desdén y el olvido’” que, sin la menor consideración, deseaba Cadalso para los documentos del pasado. ♦

Arnulfo Herrera: *Tiempo y muerte en la poesía de Luis de Sandoval Zapata (la tradición literaria española)*, IIE-UNAM, México, 1996. 230 pp.

<sup>15</sup> *Idem.*



# Modernismo y modernidad en el México de 1900

GABRIELA VALLEJO CERVANTES

*¿Fue acaso ilusión de un momento?  
¿Qué rumor de tropel en las alas del viento  
pareció de muy lejos, salvando la espesura,  
venir como un funesto presagio de pavora?  
—¡Es el viento! —dice una de las ninfas heridas  
de pavor. —¡Es el viento! —dice otra, y conmovidas  
prosiguen espigando flores de la pradera  
y bordan el paisaje cual flores de quimera.*

Rubén M. Campos

Ilusión es una palabra que se contrapone a historia. O por lo menos así parece ser desde un punto de vista formal: la ilusión depende de fantasías, sueños, incluso de engaños o delirios donde la visión toma por real aquello que no existe. Y sin embargo, en los mundos aparentes que habitamos resulta cada vez más difícil decidir cuáles son las fronteras de la existencia o medir el momento exacto de la aparición o desaparición de ciertos fenómenos como la visión de una época, el nacimiento de una utopía, el fin de una insurrección. Se diría que los reconocemos por oposición, cuando entra en escena un hecho que representa su contrario, y este hecho, esta realidad está señalada por la brújula de la historia. Pero en el gran mapa de la realidad los movimientos de la historia también son misteriosos, pasos que esconden o revelan relaciones insospechadas entre los acontecimientos, vínculos que salen a la luz como respuesta a promesas, formulaciones y quimeras de siglos atrás.

El modernismo, y sobre todo el modernismo en México, dejó luego de los choques revolucionarios un sabor a ilusión, a paisaje de fuentes abrevadas por faunos y ninfas, a palacios de malaquita, gélidos fjords y aromas orientales, mientras por las calles de ciudades y pueblos una población luchaba por alimentarse, por el derecho para trabajar la tierra y poseerla. Desde fines del siglo XIX, la sociedad burguesa moderna se

interesó en los valores materiales, la industria, el comercio y el ascenso social. La mirada hacia el exterior, hacia los países más industrializados y las ciudades consideradas centros culturales, produjo un sentido de utopía alcanzable que fortaleció la imitación y la reproducción de los modelos extranjeros en las artes, en la moda, en la arquitectura, en la planeación urbana, en la alimentación. La burguesía buscaba la “representación”, cuya escenografía, la gran ciudad y la casa, era símbolo de su personalidad cosmopolita y grandilocuente. Este tipo de grupo social se caracterizó y se ha caracterizado por la continua autorreferencialidad. En la literatura modernista esto se tradujo en una visión nostálgica, que privilegiaba los recuerdos de un pasado señorial y confirmaba el predominio de sus valores.

En esta línea de trabajo de reconstrucción se encuentra la obra de Rubén M. Campos: *El bar. La vida literaria de México en 1900*, recientemente editada en la atractiva colección *Ida y regreso al siglo XIX*, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Esta obra representa un recorrido no sólo por el fin de siglo mexicano sino por acontecimientos concretos que revelan el contraste de los tipos de sociedad que coexistían en el México de 1900

y que chocarían abruptamente pocos años después: en contraposición a la burguesía (y a una clase media culta) con aspiraciones hacia Europa, el indigenismo era la visión de raíces antiguas aún no conciliada del país. En esta vertiente de caminos, el poeta funciona como un observador que proyecta las rutas que interrelacionan la parte y la contraparte: la modernidad en convivencia con la crítica a la modernidad, la fórmula del progreso con el recuerdo de sus limitaciones.

Rubén M. Campos, nacido en 1871 en el estado de Guanajuato, perteneció al grupo de poetas que junto con José Juan Tablada, Amado Nervo, Luis G. Urbina y Jesús Valenzuela fundaron la *Revista Moderna*. Con una obra literaria variada —desde la poesía, el cuento y la novela hasta la crónica—, su contribución más reconocida en su momento fue quizá su labor en las publicaciones periódicas —incluso en una de las más prestigiosas, la revista *Azul*, dirigida por Manuel Gutiérrez Nájera— y como cronista de la vida artística y literaria del país en esa época. Posteriormente tuvieron especial relieve sus trabajos sobre el folclor y la música de México, que le dieron renombre y relegaron a un segundo plano sus obras poéticas y narrativas (publicó dos novelas, *Claudio Orronoz*, reeditada por Premiá en 1982, y *Azilán, tierra de las garzas*), elogiadas por los poetas de principios de siglo. La obra que reseñamos, *El bar. La vida literaria de México en 1900*, corrió también con la suerte del olvido. Según Serge Zaïtzeff, en su prólogo a este libro, ciertos títulos, como las memorias de José Juan Tablada, se enunciaron en la prensa y nunca se publicaron. Desde 1907



se venía anunciando la salida de *El bar*, y en 1935, año en el que el autor fecha el manuscrito, sólo habían aparecido un par de capítulos en la *Revista moderna de México* y en *Gladios*. La suerte de ésta y otras publicaciones puede deberse a varios factores: por un lado es importante hacer notar que a pesar del auge artístico de fines del XIX y de las iniciativas de Justo Sierra a principios del siglo XX, las casas editoriales prefirieron publicar textos extranjeros y las librerías privilegiaban el comercio de libros españoles. Esto, aunado al cambio de visión político-social luego de la caída de Porfirio Díaz, propició el olvido de autores que nutrieron la vida cultural de la época. Con los choques revolucionarios, la añoranza por el pasado clásico y la exaltación de los valores burgueses fueron soslayados por una nueva mitología política de caudillos y otros centauros épicos que recorrieron no los verdes campos de la imaginación modernista sino la tierra viva y agrietada de los menos privilegiados. Los temas románticos como la vuelta a la naturaleza (que Rubén M. Campos alabó extensamente en su poesía paisajista) y el amor heroico e ideal se transformaron en los de la lucha encarnizada por la tierra y el heroísmo de la nueva patria, favoreciendo la pérdida del registro de la memoria y fortaleciendo el rechazo y el desvanecimiento de ese complejo mundo anterior de los cimientos y presupuestos teóricos de la *modernidad* de la nueva república recién constituida.

La recuperación, pues, de esta obra de Campos reviste una especial importancia: implica el rescate de los nexos con ese otro periodo finisecular, época clave donde se inició la experimentación formal y de donde se desprendería una nueva concepción del país que cristalizaría con las vanguardias latinoamericanas y definiría luego el sentido de lo mexicano dentro del gran entramado internacional. La visión extranjerizante, la búsqueda de la utopía y la contradicción de las exaltaciones materiales permanecieron como una réplica oculta en esa nueva ilusión de modernidad de un país más igualitario. Los intelectuales, continuadores del proyecto modernista, buscaron en el indigenismo ahora una voz propia, entre los ecos de las aspiraciones de sus antecesores. La voz que logró hacer perdurar en este caso Rubén M. Campos es la de los protagonistas de un momento singular de nuestra historia, los testigos de la inminente caída de un sistema cuyo futuro estaba construido fuera

del territorio nacional. En esa mirada melancólica y nostálgica irán desfilando por esas páginas Luis G. Urbina, Salvador Díaz Mirón, José Juan Tablada, Manuel José Othón, el pintor Julio Ruelas y Bernardo Couto en sus paseos a Xochimilco, en las noches de ópera, en los agasajos gastronómicos de Jesús Valenzuela en su casa de Tlalpan, o en las "faunalias de intelectuales", donde "las calorías de las viandas y de los clemoles, de los jugos fermentados de las uvas, del lúpulo y la malta de la cerveza y del fragante zumo de los agaves" propiciaban la conversación, la complicidad literaria, política y social, y donde se tenía la impresión de que la Ciudad de México era ya una de las grandes del mundo, un espejo del cosmopolitismo europeo, un logro del progreso del país. La publicación de *El bar. La vida literaria de México en 1900* nos permite realizar un viaje con la lente de los actores y recibir de primera mano los cuadros de la efervescencia cultural y política dentro del marco de control ideo-

lógico del porfiriato. Más allá de la amenidad y destreza en el trazo de personajes y situaciones, Campos nos ofrece una rica reseña de poetas y críticos que formaban parte de la escena literaria anterior a la Revolución, con lo cual llena una laguna informativa de nuestras letras.

Si bien el modernismo se caracterizó por la búsqueda de una utopía, nuestras búsquedas utópicas, señoriales y de integración no han terminado. La lectura y el rescate de fuentes documentales olvidadas nos permiten reconocer mejor los caminos que tomamos hacia una nueva modernidad, en relación con los nexos de nuestra historia y nuestra literatura. La tentación final, o fatal, es el eterno retorno. ♦

Rubén M. Campos: *El bar. La vida literaria de México en 1900*, UNAM (Col. Ida y regreso al siglo XIX), México, 1996. 316 pp.



**Hugo Aréchiga.** Véase el número 548.

**Fanny Blanck-Cereijido.** Colaboró en el número 518-519 de nuestra revista. Además de miembro titular, actualmente es analista didáctica de la Asociación Psicoanalítica Mexicana y profesora del Instituto de Psicoanálisis de dicha institución. Sus libros más recientes son *Mitos, certidumbre e incertidumbre* (Cuadernos de psicoanálisis) y *Moisés, Jacob y Sigmund* (Psicoanálisis). El texto que incluimos en este número es un extracto del libro *La muerte y sus ventajas*, que próximamente será publicado por el FCE.

**Carmen Boulosa** (Ciudad de México, 1954). Realizó estudios de literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es autora de los libros de poesía *El hilo olvida* (La máquina de escribir), *La memoria vacía* (Taller Martín Pescador) e *Ingovernable* (UNAM). En 1989 recibió el Premio Xavier Villaurrutia. Ha sido becaria de la Fundación Guggenheim, visitante distinguida de la San Diego State University y escritora residente de las ciudades de Berlín (1995-1996) y de Swansea, Gales (enero, 1995). Estuvo adscrita al Sistema Nacional de Creadores. Recibió el Premio Liberatur que otorga la ciudad de Frankfurt, en septiembre de 1996, por su novela *La milagrosa* (Era). Colaboró en el número 506-507 de esta revista.

**César Cansino.** Sus colaboraciones aparecen en los números 509, 538 y 540. Ganó el Premio Nacional de Periodismo 1996 en la modalidad de artículo de fondo. Es miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Actualmente es director del Centro de Estudios de Política Comparada y de la revista *Metapolítica*. Ha escrito, entre otros libros: *Construir la democracia. Límites y perspectivas de la transición democrática en México* (Porrúa), *Filosofía política de fin de siglo* (Triana-UIA), *Liberalism in Modern Times. Essays in Honor of José G. Merquior* (Central European University Press), *Gobiernos y partidos en América Latina. Un estudio*

*comparado* (Centro de Estudios de Política Comparada) y *América Latina: ¿renacimiento o decadencia?* (CIDE).

**Marcelino Cereijido.** Colaboraciones suyas se publicaron en los números 518-519 y 540. (Ver ficha de Fanny Blanck-Cereijido.)

**Manuel Cruz** (Barcelona, España, 1951). Doctor en filosofía por la Universidad de Barcelona y catedrático de filosofía en la misma institución. Autor de *Narratividad: la nueva síntesis* (Península), *Del pensar y sus objetos* (Tecnos), *Filosofía de la historia* (Paidós) y *¿A quién pertenece lo ocurrido?* (Taurus). Ha compilado los volúmenes *Individuo, modernidad, historia* (Tecnos), *En torno a Hannah Arendt* (Centro de Estudios Constitucionales), *Tiempo de subjetividad* (Paidós) y *Acción humana* (Ariel). Es codirector, junto con Juliana González y León Olivé, de la colección Biblioteca Iberoamericana de Ensayo.

**Luis Carlos Emerich** (Culiacán, Sinaloa, 1939). Estudió arquitectura en la UNAM. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores y, de 1970 a 1975, subdirector artístico de los Libros de Texto Gratuitos (SEP). Fue editor de *Casa Vogue*. Desde 1963 se dedica a la crítica

de artes plásticas. Es colaborador del suplemento *Imágenes* del periódico *Novedades* y curador independiente. Autor de, entre otros libros: *Figuraciones y desfiguros de los años ochenta. Pintura mexicana joven* (Diana), *Santiago Carbonell. Lo real, la realidad y el realismo* (Agroasemex) y *Arturo Rivera en los infiernos* (Serfin). Ha sido curador y autor de los catálogos de *Emerging Latin-American Art* (Nagoya Art Museum); *Nahum B. Zenil, presente* (MARCO), y *Leonora Carrington, Una retrospectiva* (MARCO), entre otras exposiciones. Actualmente prepara una retrospectiva de esta pintora para The Tokyo Station Gallery.

**Santiago Genovés.** Colaboró en los números 534-535, 539, 548 y 550.

**Patrick Johansson K.** Textos suyos aparecen en los números 520, 532 y 543 de esta revista.

**Felicitas López Portillo T.** Véanse los números 527, 534-535 y 549.

**Artemio López Quiroz.** Sus colaboraciones se encuentran en los números 531 y 533. Es coeditor del libro *La cultura literaria en la América virreinal. Concurrencias y diferencias* (Instituto de Investigaciones Bibliográficas-UNAM).

**Enriqueta Ochoa.** Es miembro del Consejo Editorial de esta revista. Los poemas "El viaje" y "Vejez", del poemario que publicamos en esta ocasión, fueron incluidos como primicias en los números 540 y extraordinario de 1994, respectivamente. Colaboraciones suyas aparecen también en los números 510, 514 y 528-529.

**Pedro Ángel Palou García.** Colaboró en el número extraordinario de 1993 y en el 506-507. Estudió el doctorado en ciencias sociales en el Colegio de Michoacán. Es profesor de la Universidad de las Américas, Puebla. Su novela más reciente es *Memoria de los días* (Joaquín Mortiz). *Bolero* (Nueva Imagen) y



*El último campeonato mundial* (Aldus) se encuentran en prensa.

**Ricardo Pozas Horcasitas.** Véanse los números 508, extraordinario de 1994, 534-535 y 543. Es miembro del Consejo Editorial de *Universidad de México*, director de la *Revista Mexicana de Sociología* y miembro de la redacción de revista *Fractal*. Desde 1995 es secretario del Consejo Directivo de la Academia Mexicana de Ciencias. Acaba de aparecer su poemario *Litoral de la memoria* (UNAM).

**Laura Quintanilla** (Ciudad de México, 1960). Licenciada en diseño gráfico por la Escuela de Diseño del INBA y maestra en artes visuales en la especialidad de pintura por la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. En 1992 recibió el Primer Premio de Adquisición en la Primera Bienal Monterrey que organiza el Museo de Monterrey y en 1995 obtuvo la beca del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes para Jóvenes Creadores. Desde 1987 ha presentado diversas exposiciones individuales en el país; las más recientes son *Fragmentos* (Centro Cultural San Ángel, Ciudad de México, 1996) y *Gestación* (Museo de Arte Contemporáneo, Aguascalientes, 1996). Colectivamente

ha expuesto en Japón, Canadá, Brasil y Costa Rica.

**Alberto Ruy Sánchez.** Véase el número 508. Escritor y editor. Maestro en estudios cinematográficos y audiovisuales (Universidad de Vincennes, París VIII) y doctor en comunicación (Universidad de Jussieu, París VII). En 1987 recibió el Premio Xavier Villaurrutia por su novela *Los nombres del aire* y en 1990 la beca del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; su libro *Una introducción a Octavio Paz* obtuvo en 1991 el Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares que otorga la Universidad de Ciudad Juárez y la New Mexico State University. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores desde 1993. Sus obras más recientes son: *Cuentos de Mogador* (CNCA), *Con la literatura en el cuerpo* (Taurus), *En los labios del agua* (Alfaguara) y *Cuatro escritores rituales* (Instituto Mexiquense de Cultura).

**Ernesto de la Torre Villar.** Véanse los números extraordinario de 1993, 522, 539 y 551.

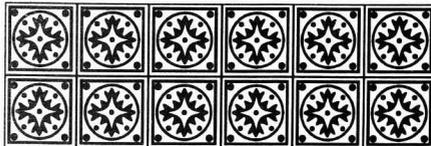
**Gabriela Vallejo Cervantes.** Sus colaboraciones aparecen en los números 531, 533, 541 y 546-547.



**Alberto Vital.** Colaboró en los números 516-517 y 540. Sus obras más recientes son *El banquete del más allá* (edición de autor) y *Conjeturas verosímiles* (UNAM).

#### ACLARACIÓN

La lectura errónea del nombre manuscrito del artista y antropólogo Miguel Covarrubias hizo que apareciera otro nombre de pila bajo su fotografía en la tercera de forros de nuestro número anterior (marzo-abril, 1997). Pedimos disculpas a nuestros lectores.



# La Gaceta

del Fondo de Cultura Económica

## Pintura

- MAX AUB: **Jusep Torres Campalans: El cuaderno verde**
- JOHN BERGER: **Un último tributo**
- CHARLES SIMIC: **Alquimia de tendajón**
- WILLIAM CARLOS WILLIAMS: **Pintando en la veta norteamericana**
- GUY DAVENPORT: **Balthus**
- ALBERTO BLANCO: **No hay paraíso sin animales**
- TOM WOLFE: **La danza apache**
- MIGUEL ÁNGEL ECHEGARAY: **Retrato franciscano de la patria celestial**

**Poesía de:** OCTAVIO PAZ, MINA LOY, ADAM ZAGAJEWSKI, SAINT-JOHN PERSE, ZBIGNIEW HERBERT, BLAISE CENDRARS



NUEVA ÉPOCA

NUMERO 316

ABRIL DE 1997

# LIBROS UNAM

**T**extos  
**U**niver-  
**s**itarios

Textos Universitarios aparece en 1966 como una colección que incluye libros de texto escritos por especialistas de diversas disciplinas del conocimiento como: economía, derecho, zoología, medicina, biología, administración, lengua, literatura y filosofía.

Nutrida por catedráticos y universitarios de facultades, institutos y centros, como Ramón Xirau, Fernando Salmerón, Francisco López Cámara, Rosa Krauze, Octavio Castro, Andrés Lira, Antonio Vilalta y Vidal y Vera Yamuni Tabush

Algunos títulos que la integran son: *La filosofía de Antonio Caso* de Rosa Krauze de Kolteniuk; *Introducción a la historia de la filosofía* de Ramón Xirau; *Teoría general del derecho y del Estado* de Hans Kelsen; *La palabra escrita* de Margarita Murillo; *Elementos de cálculo de probabilidades* de Tomás Garza; *Prostodancia total* de José Y. Osawa y *Origen y evolución del liberalismo europeo* de Francisco López Cámara.



Informes y ventas  
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial  
Av. del IMAN Núm. 5, Ciudad Universitaria  
C.P. 04510, México, D.F.  
Tel. 622 65 81. Tel. y Fax 665 27 78  
WWW: <http://bibliounam.unam.mx/libros>  
E-mail: [libros@bibliounam.unam.mx](mailto:libros@bibliounam.unam.mx)



## TIENDA UNAM

Aumentó los Descuentos en todos los departamentos

desde un **4%** hasta el **10%**

ABARROTOS COMESTIBLES

FRUTAS Y VERDURAS

LINEA BCA. Y ELECTRONICA

ABARROTOS NO COMESTIBLES

HOGAR

DAMAS

VINOS Y LICORES

PERFUMERIA

NIÑAS

FARMACIA

REGALOS

BEBES

SALCHICHONERIA

LIBROS Y REVISTAS

CABALLEROS

LACTEOS

PAPELERIA Y ESCOLARES

NIÑOS

PESCADOS Y MARISCOS

JUGUETES Y DEPORTES

BLANCOS Y ACC. P/BANO

CARNES

FERRETERIA Y ACC. P/AUTO

INSIGNIA

**APOYA TU ECONOMIA AHORA TU VALE, VALE MAS**

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

**RADIO EDUCACIÓN**  
KEEP, 1060 KHZ.

**CIRCO, MAROMA Y LIBROS**  
Viernes a las 16:30 hrs.

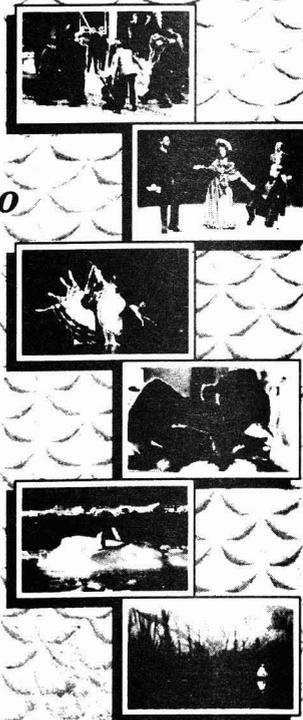
**NOTI-LOC**  
Sábados a las 08:30 hrs.

**ORIENTACIÓN QUE ES DIVERSIÓN SINTONIZA EL 1060 DE TU RADIO**



CULTURA CON IMAGINACIÓN

Descubra el espectáculo de la imaginación



SU IMAGEN PUEDE CAMBIAR  
Canal 22  
La cultura también se ve

Consulte nuestra programación marque Notitel sin costo 224 18 08

BIBLIOTECA NACIONAL  
FONDO RESERVADO

*Exposición astronómica del cometa....,*  
de Eusebio Francisco Kino

**EXPOSICION  
ASTRONOMICA  
DE EL COMETA,**

Que el Año de 1680. por los meses de  
Noviembre, y Diziembre, y este Año de 1681. por los meses  
de Enero y Febrero, se ha visto en todo el mundo,  
y le ha observado en la Ciudad de Cadiz,

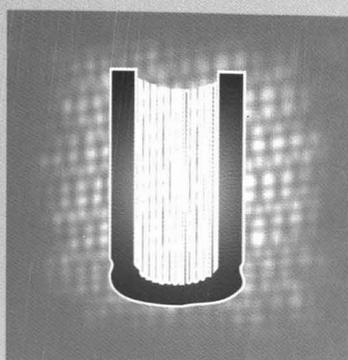
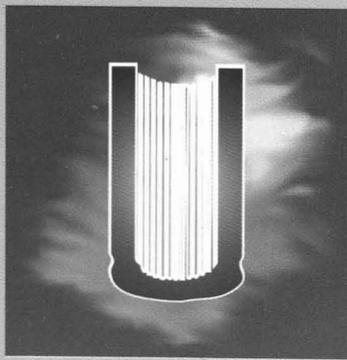
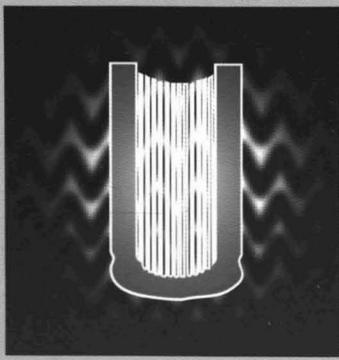
EL P. EUSEBIO FRANCISCO KINO  
De la Compañia de JESVS.



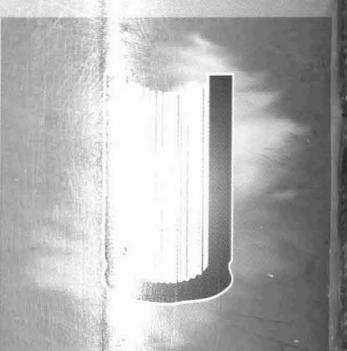
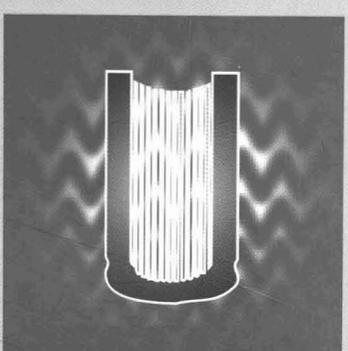
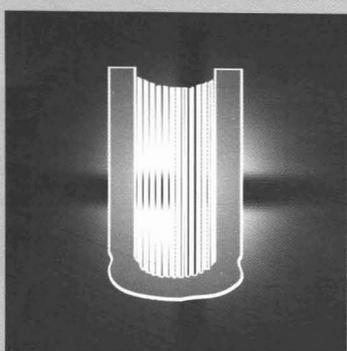
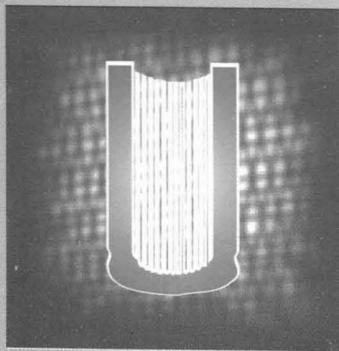
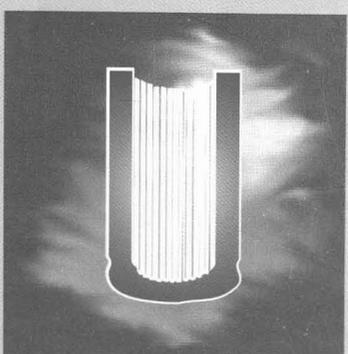
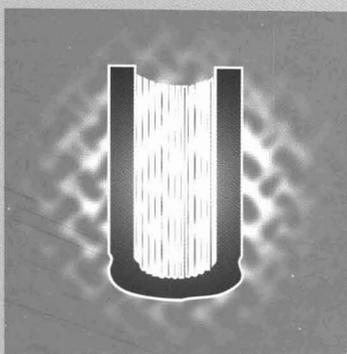
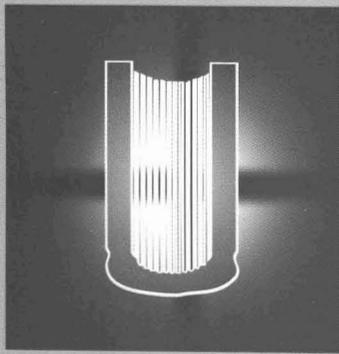
CON LICENCIA, en Mexico por Francisco Rodriguez Lupericio. 1681.

Esta obra del científico y misionero jesuita marca la culminación de la polémica desatada por la aparición de un cometa en noviembre de 1680 y sostenida con D. Carlos de Sigüenza y Góngora en su obra *Manifiesto filosófico contra los cometas despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*. A su vez, Kino se verá refutado por el anterior autor con la obra *Libra astronómica*, donde muestra la superioridad de los estudios astronómicos en la Nueva España frente a las supersticiones imperantes en la época.

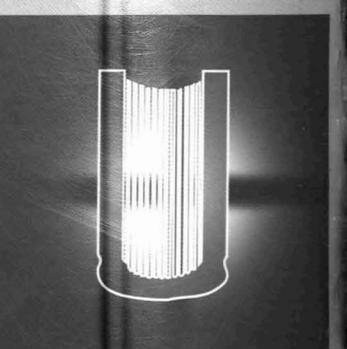
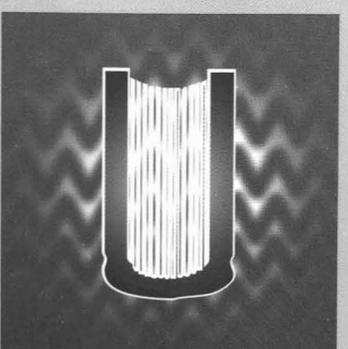
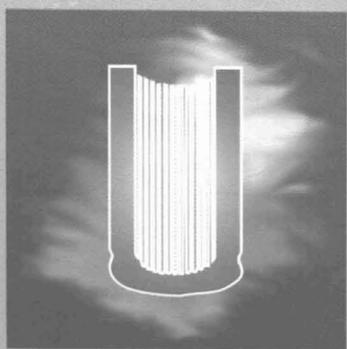
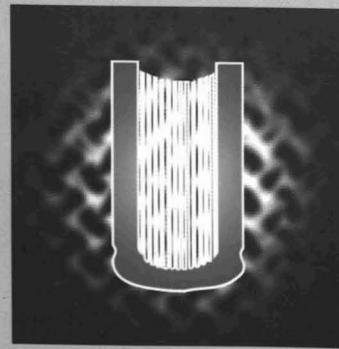
Elías Trabulse: *Historia de la ciencia en México*



# PUBLICACIONES UNAM



■ Ciencias sociales ■ Psicología ■ Filosofía ■ Ciencias puras ■ Artes ■  
■ Ciencias aplicadas ■ Historia ■ Literatura ■ Lenguaje ■ Obras generales ■



Secretaría General • Coordinación de Servicios Académicos • Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial  
Informes y ventas • Av. del IMAN No. 5 C.U., C.P. 04510, México D.F. • Tel. 622-6583 Tel. y Fax 622-6582